

COCHIN
PLATICAS



DINOMIA
BV43
C6
v. 5
RAL DE

008532



1080015170



EX LIBRIS
HEMETHIERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO X LIBRERÍA UNIVERSITARIA
3-23-83 MICROFILMADO R-50





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PLÁTICAS

Ó

INSTRUCCIONES FAMILIARES

SOBRE

LAS EPÍSTOLAS Y EVANGELIOS

DE TODO EL AÑO,

Y DE LAS PRINCIPALES FIESTAS

QUE CELEBRA LA IGLESIA.

ESCRITAS EN FRANCÉS

POR MR. COCHIN,

CURA PÁRROCO DE SANTIAGO EN PARÍS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO.

TOMO V.

CON LICENCIA.
POR DON BENITO CANO.

AÑO DE 1800.

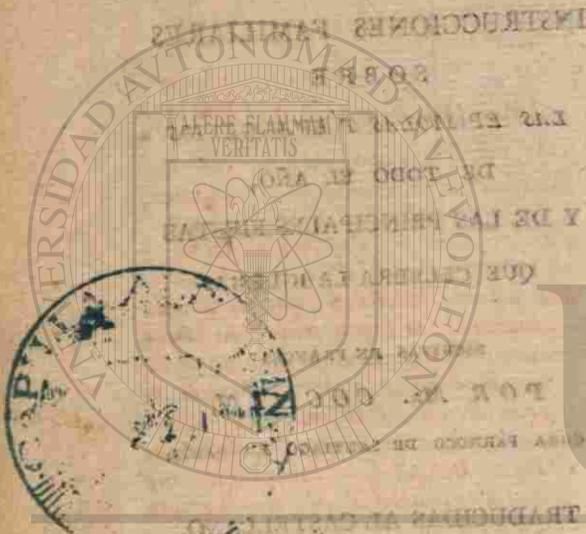
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BV.43

CG PLÁTICAS

V.5

0



FONDO VALVERDE

132942



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CAMPECHE

DOMINGO IV.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS, cap. 8. v. 18. 23.

Hermanos: Entiendo, que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros. Porque el gran deseo de la criatura espera la manifestacion de los hijos de Dios. Porque la criatura está sujeta á la vanidad, no de su grado, sino por aquel, que la sometió con esperanza: Y porque la misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupcion á la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos, que todas las criaturas gimen, y están de parto hasta ahora. Y no solo ellas, mas tam-

003382

Domingo IV.

4 bien nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu: aun nosotros gemimos dentro de nosotros, esperando la adopción de hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo.

INSTRUCCION.

En la Epístola de este día encuentro, mis hermanos, la solución de una de las mayores dificultades que nos presenta el amor de nuestra conveniencia y tranquilidad. La religión nos dice que Dios es bueno, compasivo, misericordioso, enemigo del pecado, y mas inclinado á perdonar que á castigar, á pesar de toda la enormidad de nuestros crímenes; pero la experiencia diaria parece que continuamente contradice esta idea. Por todas partes no se oye hablar sino de miserias, de enfermedades y de desgracias. No hay posesión tranquila, ni paz sin alteración, ni amigos sin perfidias, traiciones é ingratitudes. La tristeza penetra todos los estados, y reside en la

después de Pentecostes.

5 choza del pobre, como en los palacios mas soberbios. El rico la encuentra en aquellas mismas riquezas que hacen sus delicias, y el ambicioso en las gestiones y diligencias que hace para llegar á los altos puestos. Los frutos del deleite, de la sensualidad, y de la gula son las enfermedades, las amarguras y los dolores. El justo mismo no encuentra ni en su vigilancia ni en su justicia un medio para ponerse á cubierto de sentimientos y tentaciones. ¿Cuál será la causa, hermanos míos, de esta uniformidad de males? Escuchad la explicación de esta Epístola, y entonces comprenderéis los designios de Dios, aprenderéis el uso que debéis hacer de las aflicciones de la vida, y encontraréis los medios mas seguros para hacerlas útiles. Prestadme atención.

Si quando os veis agitados, hermanos míos, de las calamidades y miserias, os decimos con el Apóstol, que no son de comparar con la gloria venidera, inmediatamente nos respondeis que facilmente da consuelos quien no padece. Decir á un enfermo que lleve con paciencia los dolores y molestias de su enfermedad, á un ofendido que

perdone á sus enemigos, á un rico que abandone una parte de sus bienes para repartirla entre los pobres, y á un pobre que ponga su confianza en la Providencia seguro de que no le abandonará; es hablar de una manera qual conviene á la situacion en que se hallan respectivamente estas personas, y la política misma nos dicta esta conducta. Pero, hermanos míos, los Christianos tenemos todavía un motivo mas poderoso, y es la gloria venidera que se manifestará para todos los que sufran y padezcan. En esta Epístola nos habla un Apóstol, que por sí mismo había experimentado toda suerte de trabajos. Las cárceles, los azotes, los naufragios, las persecuciones, las miserias, lo que puede pensarse de mas triste y penoso en la vida, todo lo había padecido en el discurso de sus predicaciones; y sin embargo dice que nada es de comparar con la gloria venidera. Si vosotros, siguiendo su exemplo, meditaseis en la excelencia de esta gloria, tendriais en nada los males que os afligen. Entónces sabriais que la esperanza y el deseo de las criaturas tiene por objeto la manifestacion de los

hijos de Dios, y participariais de este deseo con la esperanza de participar un día de esta manifestacion.

¿Pero acaso todos los Christianos esperan y desean esta felicidad del cielo? Son tan pocos, hermanos míos, los justos que caminan por las sendas de la virtud, que se hacen del cielo el objeto de su meditacion, y que se preparan á esta manifestacion prometida por el Apóstol con una vigilancia exácta y una fidelidad perfecta, que puede decirse con verdad, que la mayor parte temen este día léjos de esperararlo; y así alejan sus pensamientos de la patria celestial.

La respuesta á esta pregunta importante se contiene en las palabras siguientes: la criatura está sujeta á la vanidad, no de su grado, sino por aquel que la sometió con esperanza. En efecto toda criatura se dirige á librarse de esta esclavitud, y en esto prueba un deseo sino reflexionado, á lo ménos presumido, de la manifestacion universal. Así es, hermanos míos, como Dios hace servir á su gloria las pasiones mismas de los hombres. Mientras que los justos le honran y le glorifican obe-

deciendo las órdenes de su Providencia, conformándose con su ley, y manifestando su ardiente deseo de la salvación, los malos publican su gloria de otra manera, que no es ménos eloqüente ni ménos sensible: publican su misericordia exercitando su paciencia infinita con sus desórdenes: publican su sabiduría persiguiendo y ultrajando al justo, y contribuyendo sin conocerlo á su perfección: publican su justicia con los remordimientos interiores de que se ven atormentados, y que no pueden dexar de manifestar en muchas ocasiones. Aquella misma seguridad que quieren ostentar, dexa traslucir una inquietud que anuncia su forzada sumision á aquel que les somete no de su grado.

Ya pues, hermanos míos, que es preciso servir y corresponder á las miras de Dios, ó bien por medio del exácto cumplimiento de la ley, ó con una obediencia libre y meritoria, ó con los remordimientos de la conciencia, ó con la sumision inevitable á los decretos de su sabiduría, procuremos ser del número de aquellas criaturas, que no solo esperan el día de la manifesta-

cion, sino que le desean, le piden, trabajan para llegar á él, y se anuncian como los hijos de la adopción divina: consideremos la inestabilidad de las cosas de este mundo como una prueba, y un medio eficaz para llegar á conseguir esta renovacion espiritual, y entónces comprobaremos la verdad que dexa sentada el Apóstol al principio de la Epístola; á saber, que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera. ¿Podremos en efecto comparar una enfermedad de algunos años, ó de dias con una eternidad de felicidad y de gloria? La pérdida de los bienes de fortuna fragiles por su naturaleza, y limitados en su duracion son dignos de ponerse al lado de la posesion de un Dios, en el qual no hay vicisitud ni mudanza? ¿Los honores y altos puestos que solicitamos en el mundo con tanto afán, y que tantos peligros suelen acarrearlos son comparables con el de sentarse á la mesa del Cordero? ¿Las turbaciones, las agitaciones é inquietudes de la vida presente son mas que una sombra, comparándolas con la inmensidad de siglos, de dias y de años eternos, en que el

Sol de justicia estará siempre luciendo? Este destierro, en el qual á qualquier parte que volvamos los ojos nos vemos rodeados de peligros, podrá entrar en paralelo con esa patria celestial, donde no pondrá los pies el enemigo de la salvacion, con esa mansion eterna de donde serán desterradas las lágrimas y los dolores? No lloremos, hermanos míos, porque el Señor nos oculte las delicias de la celestial Sion: ¿podremos vivir un instante separados del Dios que nos ha criado para sí? Hoy nos representa el Apóstol á todas las criaturas sumergidas en un profundo sentimiento, aunque ignoran en la mayor parte lo que deben desear. ¿Qué seria si conociesen toda la extension de su esperanza? Entónces aquellas que se dexan dominar por los objetos sensibles y percederos apartarian su corazon de la tierra, y fixarian sus deseos en el cielo: ni los peligros, ni la pérdida de sus bienes, ni los placeres engañosos serian capaces de contristarlos y seducirlos. El espíritu de penitencia, de mortificacion, de abnegacion y de sacrificio seria poderoso para hacer á los Christianos fieles y respetuosos á su

Dios, sensibles á las necesidades y trabajos de sus hermanos y vigilantes sobre sí mismos.

Pero la fe producirá en nosotros, hermanos míos, el mismo efecto si tenemos el cuidado de fortificarla, y de revivirla con obras edificantes; porque como dice el Apóstol, nosotros que tenemos las primicias del espíritu, gemimos dentro de nosotros, esperando la adopcion de hijos de Dios, la rescencion de nuestro cuerpo. En efecto en el bautismo es donde se nos ha comunicado esta gracia; aquí hemos adquirido el derecho á la gloria eterna; aquí ha empezado el espíritu á formar en nosotros esos gemidos propios de los desterrados; aquí se nos ha dado el derecho de llamar á Dios y nuestro Padre. Este espíritu es el que debe conducir nuestros pasos, dirigir nuestras intenciones y animar nuestras esperanzas; ¿pero correspondemos á sus impresiones? ¿acaso es el principio de la verdad, de la discrecion y de la sabiduría de nuestras palabras? ¿es el móvil de nuestras acciones? ¿este espíritu es el que nos comunica la luz, y la discrecion que necesitamos para

preferir los bienes del cielo á los de la tierra, las virtudes christianas á los honores temporales, las aflicciones y los trabajos á las falsas alegrías del siglo? De qué nos servirá, hermanos míos, el haber recibido el espíritu de adopcion si no conseguimos sus efectos; pero para esto es preciso haber suspirado por la redencion, porque como dice el Apóstol, en la esperanza hemos sido hecho salvos.

¿Qué ageno está este deseo de esos Christianos, que si Dios se lo permitiese, no quisieran otra patria que el mundo, ni otros consuelos que los del siglo, y que renunciarían de buena gana á la bienaventuranza, si estuviesen ciertos de gozar eternamente los bienes de la tierra! Estos hombres carnales para quienes todo lo presente vale más que lo venidero, se resienten de cualquier contratiempo que les sucede, se turban del menor peligro, se desesperan quando la muerte los amenaza. Si el Profeta viene á decirles que ya no hay tiempo, y que van á sufrir la sentencia que ha dictado contra ellos el Juez supremo, exclaman inmediatamente como Saul, diciendo: así es co-

mo la cruel muerte nos separa de todos los objetos que han arrastrado nuestro corazón. Si la muerte, hermanos míos, se presentase á muchos de vosotros; no encontraría quizá las mismas disposiciones? ¡Oh, qué distintos son los motivos por donde se conducen los hijos de la adopcion! Ellos esperan, y suspiran por la redencion de su cuerpo. Si permanecen en este siglo, es en virtud de las órdenes de Dios árbitro de su destino; y esto les basta para estar tranquilos á la vista de todos los sucesos de la vida. Como según el orden de la Providencia, y de la misericordia de Dios debe el Christiano para obrar su salvacion, affligirse y probarse, el hijo de adopcion lleva con gusto la cruz que el Señor le impone; pero su paciencia no modera sus deseos, sino que suspira tras la redencion de este cuerpo mortal, y así la carne del pecado le sirve de una carga, porque ella se rebela continuamente contra el espíritu. Si alguna vez no puede executar todo el bien que medita, y se ve conducido al mal que tanto teme, se entristece sobre manera: la pesadez de su espíritu, y la in-

clinacion desgraciada de su corazon, excita sus lágrimas; pero al mismo tiempo vela y ora, para que el Señor ordene sus pensamientos, y le quite la pesada carga que le oprime. En fin si las tribulaciones y trabajos que padece le son soportables, es porque le sirven para rectificar sus caminos, y para acelerar el instante de su redencion y de su felicidad.

Estos son, hermanos míos, los pensamientos del hijo de adopcion; pero ya que el mayor número de Christianos no tiene la fortuna de sentirlos, nosotros por nuestra parte debemos obrar conforme á ellos.

O Divino Espíritu, te suplicamos humildes que formes en nosotros este deseo en nuestros corazones. Ya que no podemos gozar la tranquilidad, sino quando estes con nosotros, inspiranos el deseo de tí; y pñes que todas las oriaturas gimen y estan de parto hasta ahora esperando la adopcion de hijos de Dios y la redencion de su cuerpo, haz que seamos hechos salvos, por toda una eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 5. v. 1. II.

En aquel tiempo: Aconteció que atropellándose la gente, que acudia á Jesus para oír la palabra de Dios, él estaba á la orilla del lago de Genesarêth. Y vió dos barcos, que estaban á la orilla del lago: y los pescadores habian saltado en tierra, y lavaban sus redes. Y entrando en uno de estos barcos, que era de Simón, le rogó, que le apartase un poco de tierra. Y estando sentado enseñaba al pueblo desde el barco. Y luego que acabó de hablar, dixo á Simón: Entra mas adentro, y soltad vuestras redes para pescar. Y respondiendo Simón, le dixo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, sin haber cogido nada: mas en tu palabra soltaré la red. Y quando esto hubieron hecho, cogieron un tan crecido número de peces, que se rompía su red. Y hicieron señas á los

otros compañeros, que estaban en el otro barco, para que viniesen á ayudarlos. Ells viniéron, y de tal manera llenaron los dos barcos, que casi se sumergian. Y quando esto vió Simón Pedro, se arrojó á los pies de Jesus, diciendo: Señor, apartate de mí, que soy un hombre pecador. Porque él, y todos los que con él estaban, quedaron atónitos de la presa de los peces, que habían cogido: Y asimismo Santiago, y Juan, hijos de Zebedéo, que eran compañeros de Simón. Y dixo Jesus á Simón: No temas: desde aquí en adelante serás pescador de hombres. Y tirados los barcos á tierra, lo dexaron todo, y le siguieron.

INSTRUCCION.

Si los dogmas de la fe no nos parecen, hermanos míos, tan incontestables, como lo son en efecto, es porque voluntariamente cerramos los ojos á los testimonios en que se apo-

yan. Cada una de las verdades de nuestra religion santa no solo se funda en la revelacion; esto es, en la autoridad de Dios, sino que tiene la relacion mas íntima con las otras verdades, que estan al alcance del espíritu humano; y por esto para que tengan lugar las dudas y dificultades que suscitan los incrédulos, es preciso abandonar del todo el plan que nos ha trazado la Divina Sabiduría. Si por exemplo se duda de la unidad de la Iglesia, cuyo carácter la distingue de todas las otras sectas, que tanto se han afanado para dividirla y obscurecerla; si se duda de la primacia que Jesu-Christo dió á la cátedra de San Pedro sobre todas las Iglesias, y de la jurisdiccion, y honor que conviene al Vicario de Jesu-Christo, es preciso para sostener estos monstruosos sistemas, y contradecir verdades tan fundamentales, negarse del todo á la evidencia de las pruebas mas convincentes; y á ménos que se ponga en duda, ó se niegue lo que el Evangelio de este día nos enseña sobre estas materias, no creo que sea posible sostener las otras opiniones que forman en contra aquellos que no profundizan las

verdades. Por lo demas, hermanos míos, sé muy bien que vuestra fe no corre peligro en este punto, y confío en la misericordia de Dios, que en adelante conservareis su pureza, y procurareis fortalecerla de modo que no se dexa arrastrar de qualquier viento de doctrina; pero en este Evangelio hay verdades prácticas, cuya meditacion es infinitamente útil, y para que pueda ponerlas á vuestro alcance con toda claridad, pedid al Espíritu de Dios que me comunique las luces que necesito. Prestadme atencion.

Aconteció en aquellos días de la mision de Jesu-Christo que atropellándose la gente que acudia á él para oír la palabra de Dios, él estaba á la orilla del lago de Genesareth, y vió dos barcos que estaban á la orilla del lago, y entrando en uno de ellos, que era de Simon, le rogó que le apartase un poco de tierra. Estas palabras tomadas á la letra nos dan una idea muy natural de la conducta del Salvador, porque en efecto hallándose instado de la multitud no tenia otro medio de hacerse oír de todos los que le rodeaban. ¿Pero cuántos misterios contienen tomadas en su sentido

espiritual? ¿Por qué causa estaban á la orilla del lago estos dos barcos, sino para anunciar que la Sinagoga estaba separada entónces de las otras naciones, y que la Iglesia de los Gentiles no tenia parte alguna en las misericordias del Señor? ¿Por qué escoge entre los dos barcos el de Pedro, sino para prevenir su vocacion? Desde entónces le designa por xefe de su Iglesia: demarca su cátedra, como el centro de la unidad que debe caracterizarla, y reprueba de antemano esas sectas, que habiéndose formado en otros barcos, han naufragado tantas veces en la fé. ¿Por qué exige de Pedro que apartase un poco de tierra el barco, sino para enseñarnos á los Ministros de su Evangelio, que si queremos que obren buen efecto nuestras instrucciones, debemos detestar los usos y costumbres que condenamos en nuestros hermanos, alejarnos de sus placeres, y huir de sus concurrencias? En efecto entre el que enseña, y el que escucha, el que reprehende, y el reprehendido ha de haber una notable diferencia. Los Ministros de la palabra santa deben distinguirse de los demas en la pureza de costumbres, y en la sabiduría de su

conducta ; pero tambien deben acercarse á los pecadores con dulzura y paciencia compadeciendo sus flaquezas.

Si los Fariseos entendieran esta verdad, no hubieran echado en cara á Jesu-Christo tantas veces la familiaridad con que vivia entre los pecadores, y su condescendencia para comer á su mesa. Si vosotros, hermanos míos, estuviérais tambien convencidos de ella, las acciones de los Ministros de la Iglesia no serian materia de escándalo para vosotros, y la pureza de los motivos excusaria á vuestros ojos los actos que mirais como indiscretos ó criminales, porque os dexais llevar de juicios precipitados.

Estando sentado Jesu-Christo enseñaba al pueblo desde el barco. Si este barco, hermanos míos, es una figura de la Iglesia, tambien es evidente que la ciencia de la salvacion debe proceder de esta Iglesia misma, de manera que separándose de ella, hay un peligro evidente de perder la sana doctrina. En efecto, no hay otro camino para encontrar la verdad. Donde Jesu-Christo no está sentado, deben esperarse perpetuas variaciones, y donde no ense-

ñan los Pastores de su Iglesia, deben temerse freqüentes errores.

¿A qué barco pertenecen aquellos Christianos, que despues de haber buscado inútilmente la verdad, dexándose llevar de las guias ciegas que los han conducido, se ven en el caso de no conocer ninguna? Estos temerarios sin atender á su insuficiencia se atreven á insultar todavía á la Iglesia de Jesu-Christo. Ellos tienen tantos barcos como sectas: tantos pilotos, como son los diferentes xefes del error, y por conseqüencia tantos escollos y precipicios como sistemas contrarios á la enseñanza de la fé ; pero deben tener entendido que Jesu-Christo no se ha sentado en los dos barcos, y que si alguno se atreve á profetizar en su nombre, será contado en el número de esos insensatos, á quienes reprehenderá en el dia de sus venganzas de haber hablado, sin que les hubiese hecho partícipes de su autoridad, y de su mision.

Vosotros, hijos dóciles de una Iglesia única, santa, universal, que fundada por los Apóstoles, reconoce por autor al mismo Dios, por xefe á Jesu-Christo, y por guia á la verdad: ¿que-

réis que el soplo del error no apague en tiempo alguno la antorcha de la fé que habeis recibido en el bautismo? Pues acordaos que no hay mas que un barco donde enseña Jesu-Christo, aunque hay otros muchos donde se pretende enseñar en su nombre: que la Iglesia representada en este barco se ve agitada muchas veces por el viento de las opiniones, y de los sistemas; pero que siempre está firme é inalterable, á pesar de las violentas olas que la combaten: que el naufragio es cierto si tenemos la temeridad de abandonarla; pero que estando firmes en su seno, y siguiendo su doctrina, se resisten las tempestades mas fuertes: que tambien tiene señales por las cuales es fácil conocerla, y son la conformidad de su doctrina, que nunca se ha desmentido desde los días de Jesu-Christo su esposo: una sucesion en sus Pastores, que no ha sido interrumpida desde el tiempo de los Apóstoles: una santidad en su moral, que no ha podido obscurecerse á pesar de todos los desórdenes de los siglos mas corrompidos. A ella sola pertenecen las promesas: en ella reside la caridad, la verdad y la gracia, y por

ella alcanzamos la salvacion. Ella sola tiene derecho á exigir la docilidad, la veneracion y la confianza: ella es vuestra verdadera madre: ella es quien os ha parido á la gracia, quien os alimenta con el pan de la palabra; y ella hasta la consumacion de los siglos no dexará de formar un pueblo de verdaderos adoradores.

¿A quién sino á la Iglesia, dixo Jesu-Christo, en la cabeza de San Pedro y de los demas Apóstoles, entra mas adentro, y soltad vuestras redes para pescar? Estas palabras explican sensiblemente la autoridad que Dios la confió, y la desgracia de las sectas que se han separado de ella, las cuales á la manera de las olas en una tempestuosa borrasca se estrellarán contra las rocas de la mar. A pesar de todos sus esfuerzos solo ocuparán un puñado de tierra en el universo, y sin embargo de todos sus artificios no conseguirán extender el número de sus prosélitos. Importa poco que dediquen todos sus conatos al estudio de la religion, por que como su ánimo depravado no intenta buscar sino motivos para desacreditarla, no iluminará su entendi-

miento el Espíritu de las luces, ni llegarán á profundizar ningun misterio. Pero á la Iglesia de Jesu-Christo se le ha dado la potestad de soltar sus redes sobre la faz de la tierra para pescar en ellas á todas las naciones orgullosas que resistian llevar otro yugo que aquel que se imponian á sí mismas.

Este mandamiento que da Jesu-Christo á sus Apóstoles parece muy extraño á primera vista para unos pescadores por oficio desde sus mas tiernos años; pero si lo consideramos atentamente, conocerémos el misterio que contiene, y quán oportuno era en aquellas circunstancias. En efecto, toda la noche habian trabajado sin haber cogido nada, como dixo Simon Pedro; pero el Salvador habia preparado este suceso para darlos á conocer su poder, y probar su confianza y su obediencia. La humildad es, hermanos míos, la causa de que nuestros trabajos fructifiquen. ¿Sabeis por qué son muertas é inútiles para la salvacion eterna esas obras, que al parecer nacen de un principio de piedad y de caridad, tan loables en sí mismas, y tan conformes en la apariencia á las miras de la religion? La soberbia

de vuestro corazon que presume conseguirlo todo por sus propias fuerzas, es la causa que produce esta desgracia. Importa poco trabajar sino estamos en compañía de Jesu-Christo. Las obras de las tinieblas jamas alcanzan la victoria, y de aquí sin duda proviene el que aborten con tanta frecuencia los planes de conversion y de reforma que haceis todos los dias. Por esta razon manteneis vuestras costumbres criminales, sin embargo de lo que trabajais para destruirlas, y por esto hacen siempre su efecto las tentaciones, aun las menos violentas y peligrosas.

Estos trabajos de los Apóstoles en la noche nos dan una idea del corazon del hombre abandonado á sí mismo, entregado á su propia sabiduría, y á las luces de su razon; y á la verdad que considerando el poco fruto que producen, deberiamos perder el ánimo y la confianza; pero el Evangelio en las siguientes palabras de San Pedro nos da un motivo para revivirla. En tu palabra, dice, soltaré la red.

Espíritus pusilánimes, ¿adónde está esa obscuridad de la ley de Dios? ¿adónde esas pretendidas dificultades con

las quales quereis excusar su observancia? ¿dónde está vuestra fé? Quando Dios manda, quiere ser obedecido, y como no quiere sino lo que es justo y santo, tambien tiene cuidado de que las tentaciones nunca excedan vuestras fuerzas. Los preceptos del Señor, dice San Juan, no son gravosos; pero vosotros, despreciando siempre los auxilios que concede para cumplirlos, los considerais como un yugo pesado. Decis, por exemplo, que es casi imposible sufrir sin mormurar: ver la influencia de los bienes de este mundo, sin poner los medios para adquirirlos: recibir una injusticia sin tratar de vengarla: conocer la felicidad de esos hombres que el mundo ha elevado al mayor grado de fortuna, y no tenerles una secreta envidia; y finalmente conservar en el siglo donde los escollos y los peligros se multiplican á cada paso, una vigilancia escrupulosa, que resista todos los malos pensamientos, y una constancia tal en la virtud, que sepa vencer todas sus máximas y placeres seductores. Conozco, hermanos míos, la violencia de estas tentaciones, y la imposibilidad absolu-

ta de cumplir los mandamientos sin la oracion y sin la gracia; pero yo con el auxilio de estos dos medios, diré con el Apóstol San Juan, que no son gravosos en manera alguna. Debeis pues, tener una humilde sumision que no raciocina quando Dios habla, y una confianza entera, que no disputa quando manda.

Pero tened presente, hermanos míos, que no podemos querer ni obrar, sino en virtud de la gracia de Dios. El mismo don de la oracion es una gracia, dice San Agustin, que no debe el hombre esperar sino de Dios. Los buenos deseos son dones excelentes que jamas puede encontrar el hombre dentro de sí mismo. Es verdad que oigo la voz de Dios que habla para mandar; ¿pero quién me dará la atencion que se requiere para meditar la ley, el fervor que pide su execucion, y la fidelidad que la reduce á práctica? Si todas estas gracias me faltan, el mandamiento mas fácil será de un peso que no podré sostener. Este pensamiento, hermanos míos, me llena de amargura, y trastorna todas las ideas de mi espíritu; pero sin desmentir ninguno de estos principios incontestables,

que establecen la impotencia de nuestros esfuerzos, y la necesidad de la gracia, no pudo menos de decirnos con Jesu-Christo que la observancia de sus mandamientos no es en manera alguna gravosa para aquellos Christianos que se prestan á ella con un corazon dócil.

Entonces la letra misma los animará y dará confianza para decirle, como Pedro, en tu palabra soltaré la red.

No debemos pues, hermanos míos, dudar de la palabra de Dios al ver como se disipan y desvanecen las dificultades que parecian mas invencibles. El lago de Genezareth, que por toda una noche no habia premiado la fatiga de los Apóstoles, recompensa con usura la prontitud de su obediencia, y así dice el Evangelio: que quando hubieron hecho lo que Jesu-Christo les mandaba, cogieron un tan crecido número de peces, que viendo que se rompía su red, hicieron señas á los otros compañeros que estaban en el otro barco para que viniesen á ayudarlos. Pero, hermanos míos, este Dios que concede á las aguas esa prodigiosa fecundidad de peces de todos tamaños, y en tan crecido número, ¿no podia tambien dar á la red

de Pedro aquella firmeza necesaria para contenerlos? ¿por qué permite que se rompa? Escuchad, hermanos míos, las siguientes reflexiones, sacadas de los Santos Padres, y por ellas vendreis en pleno conocimiento de este pasage.

Este barco y esta red nos representan á la Iglesia. Nosotros hemos sido sacados del océano vergonzoso en donde nos habia sumergido el pecado, y somos los peces reunidos en una sola red. Esas roturas, causadas por una pesca tan abundante, representan las divisiones y cismas que se han producido entre los Christianos por la diversidad de opiniones, de pasiones, y caracteres. Pero Jesu-Christo, que tan de antemano las habia previsto ¿no podia tambien evitarlas? Hermanos míos, no nos toca á nosotros indagar las miras que ha tenido su justicia, permitiéndonos que estas divisiones despedacen el seno de su esposa; pero debemos considerar la importante leccion que ha querido dar á los Ministros de su Iglesia. En efecto, tenemos obligacion estrecha de prevenir estas desuniones funestas, y de trabajar, para que se destier-

re el cisma de los pueblos que ha puesto á nuestro cuidado. Para este fin ha dispuesto que haya en su Iglesia el número suficiente de cooperadores que formen una especie de liga contra el espíritu de división; y para contener en la red á tantas almas que podría arrancar el cisma, ha querido que Pedro llamase en su socorro á los otros compañeros que estaban en el otro barco, y que con él habían de participar de los trabajos del Apostolado.

Dos barcos se llenaron de peces, y de tal manera, que casi se sumergían, según dice el Evangelio. Aunque estos dos barcos se distinguían antes por el diferente uso á que Jesu-Christo los destina, no tienen ahora mas que un mismo fin: es decir, que la Iglesia de los Gentiles, figurada en uno de ellos, no tendrá ya con la Sinagoga despues de su vocacion, sino una misma fé, un mismo culto, y unas mismas esperanzas.

Este suceso le sorprende sobremanera á Simón Pedro; y como no tenía las luces necesarias para penetrar el misterio, se contenta con admirarlo, y se arroja á los pies de Jesus, diciendo, Señor apartate de mí, que soy un hom-

bre pecador. Tú que eres el Santo y el Poderoso por esencia, no debes tener á tu lado unos hombres tan frágiles, y pecadores. La misma sorpresa se comunicó á los demas compañeros, y así quedaron atónitos de la presa de los peces que habían cogido. Los dos hijos del Zebedeo Santiago y Juan se sienten igualmente penetrados de admiración á la vista de un suceso tan extraordinario, y no encontrando palabras para expresarse y dar gracias del beneficio, guardan un profundo silencio.

Jesu-Christo interrumpe este silencio para enseñar á Pedro que esta milagrosa pesca no era sino una sombra de sucesos mas milagrosos todavía; y que despues de haber exercido una profesión tan baxa en la opinion comun, les ha de ennoblecer con un cargo sumamente honroso. Así le dice: no temas: desde aquí en adelante serás pescador de hombres.

Admiremos, hermanos míos, en el cumplimiento de esta profecía el poder, la sabiduría y la ciencia del Señor que ha obrado este prodigio. En la pesca milagrosa que nos refiere el Evangelio vimos evidentemente el dedo de

Dios; pero ella, dice San Agustín, es una figura de otra pesca mas milagrosa todavía qual es la conversión del mundo entero. En efecto, todos los pueblos de la tierra están de acuerdo para seguir la misma fe, y practicar el mismo culto. La supersticiosa Atenas se somete á la simplicidad del Evangelio: la orgullosa Roma adopta la humildad de la cruz: Corinto y Epheso abandonan sus deleites y sus placeres sensuales para crucificarse y hacer penitencia: los Galos, el Scita, y el Bárbaro se despojaban de su ferocidad para imitar la mansedumbre de Jesu-Christo: los Emperadores renuncian su aparato faustoso: los Reyes deponen sus diademas: los filósofos renuncian también sus opiniones: todo el universo es Cristiano en fuerza de la palabra de unos hombres discípulos de un Maestro, que había muerto en un suplicio ignominioso; de unos hombres de un origen desconocido, sin estudios, pobres y abandonados á padecer todo género de miserias. Qualquiera que no se rinda, dice San Agustín, á la evidencia de este milagro, él mismo es un prodigio que debe causarnos la mayor admiración.

Vosotros, hermanos míos, que hacéis profesión de creer este prodigio, ¿conformáis con él vuestras obras? Yo sé muy bien que quando se trata de los dogmas de la fe, es muy raro entre vosotros el que no les presta su creencia, y que en general no se combaten á menos que así lo exija algun interés particular, ó el deseo de singularizarse y hacerse prosélitos con doctrinas nuevas y extravagantes. En efecto, supongo que todos estais firmes en la fe; pero examinemos la conformidad de vuestras costumbres con la doctrina de Jesu-Christo y de sus Apóstoles. Ya que teneis una religion tan pura y santa, ¿tiene vuestro corazón las disposiciones que se requieren para ser buenos Christianos? ¿Ofreceis á la fe un espíritu dócil, á la esperanza una alma firme y constante, y á la caridad un corazón sensible? ¿Estimais vuestra vocación? ¿Correspondéis á vuestra adopción? Trabajais para vuestra santificación? Es verdad que por la misericordia de Dios, por la atención de Jesu-Christo, y por el cuidado de sus Ministros, no sois todavía del número de esos peces que no han roto la red; pero no lo sois de aque-

llos que deberán arrojarse por haber ocupado en la barca un lugar inútil? Temblad, hermanos míos, al considerar esta verdad.

Señor Jesús, entrad dentro de nuestros corazones, á fin de que nos mantengamos firmes en vuestra Iglesia por medio de la fé, de la esperanza, y de la caridad: haced que seamos para vos y para los Apóstoles, que os habeis dignado asociar á vuestros trabajos, una materia de alegría, de consuelo y de gloria en el tiempo y en la eterna bienaventuranza. Así sea.

DOMINGO V.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PEDRO,

cap. 3. v. 8. 15.

Carísimos: Sed todos de un mismo corazón, compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos, modestos, humildes: No volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario bendiciendo: pues para esto fuisteis llamados, para que poseais bendición por herencia. Porque el que quiere amar la vida, y ver los días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño. Apartese del mal, y haga bien: busque paz, y vaya en pos de ella: Porque los ojos del

Señor sobre los justos, y sus orejas á los ruegos de ellos: mas el rostro del Señor está sobre los que hacen mal. ¿Y quién es el que os podrá dañar, si abrazais el bien? Y tambien si alguna cosa padeceis por la justicia, sois bienaventurados. Por tanto no temais por el temor de ellos, y no seais turbados. Mas santificad en vuestros corazones al Señor Christo.

INSTRUCCION.

Todo el objeto de mis discursos, hermanos míos, se dirige á encaminaros á la union y á la caridad fraterna. Ojalá que cada vez que trato esta materia pueda tener la satisfaccion de haber destruido algunos odios y enemistades, y haber producido algunos movimientos de sensibilidad y de caridad; pero no temo, que acostumbrados á oír hablar tantas veces de vuestras obligaciones, os acostumbreis tambien á despreciarlas. Será acaso infructuoso este nuevo esfuerzo que voy á hacer para inspiraros la

caridad mutua? El Apóstol San Pedro trata hoy esta materia de una manera tan circunstanciada y tan sensible que irremisiblemente nos conduce á la caridad. Los motivos que nos presenta son los mas propios para cimentar entre los christianos un amor sólido y generoso; y si por nuestra parte siguiésemos constantemente sus consejos, reynaria sin duda en la Iglesia de Jesu-Christo el orden y la armonía: la sociedad de los christianos seria la mas dichosa que puede existir, y el gobierno del rebaño de Jesu-Christo estaria lleno de consuelos para todos los que baxo su autoridad exercen la funcion de Pastores. Ya pues, hermanos míos, que en los consejos del Apóstol tenemos los medios para llegar á esta felicidad, no dexeis de trabajar para conseguirla; y á fin de que pueda yo exponerlos con toda sencillez y claridad, pedid á Dios que me conceda sus auxilios.

Sed todos de un mismo corazon. Estas palabras del Apóstol no quieren decir, que seamos todos de un mismo caracter, y de un mismo temperamento y humor, porque esto es imposible: tampoco dicen que nuestra vo-

luntad, y nuestro modo de pensar sean unos mismos, porque esto es impracticable; sino que debemos conducirnos segun las miras del espíritu del christianismo; porque de otro modo el espíritu de caridad no inspirará en vuestros corazones los sentimientos de un amor mutuo. Si no sois sensibles á las desgracias de vuestros semejantes, si el espíritu de conmiseracion no trata de aliviarlos, si no sufris interiormente al ver tantos pobres sumergidos en trabajos y miserias, si no teneis la generosidad que se requiere para privaros de los gastos superfluos, y aun algunas veces de lo necesario para socorrer á vuestros hermanos, ó no teneis caridad, ó careceis de disposiciones para conseguirla. La compasion nos conduce á la union fraterna, ó por mejor decir la supone, y ella sin duda es la causa de nuestra sensibilidad á vista de las miserias de nuestros semejantes. Si no estuviésemos convencidos de que tenemos todos un mismo origen y un mismo fin; que por consecuencia no hacemos mas que una familia, en la qual la desgracia de uno de sus individuos excita la atención de todos, y que somos los miembros de un

mismo cuerpo, en el qual no puede sufrir una parte sin que se resientan todas las otras, podemos asegurar que no tenemos caridad. Por esta causa llama el Apóstol á la caridad de los christianos un afecto de ternura, muy diferente de esos actos de generosidad que tanto ostentaba el paganismo, y que no tenian otro principio que el orgullo. La caridad del christiano superior á esas limosnas farisaicas donde no se buscaba sino la ostentacion, está fundada sobre un afecto sincero ácia el próximo, en cuya virtud sentimos sus males como los nuestros, y procuramos remediar su necesidad con toda aquella atención y cuidado que emplearíamos para nosotros mismos; pero para exercer esta obligacion de un modo irreprehensible se requieren dos disposiciones esenciales, que son la modestia y la humildad. La modestia, es decir, una sabia moderacion, que nos impele á sacrificar nuestros derechos, en vez de hacerlos valer á expensas de la caridad: la humildad, por la qual nos sometemos aun á nuestros inferiores, y este es un escollo donde se estrella la caridad mas sólida en la apariencia. Hay muchos chris-

tianos sensibles, que llevados del espíritu de caridad se asocian á todos los cuerpos caritativos, y toman sobre sí el cargo de practicar ciertas buenas obras abandonadas por otros que las tienen á ménos: no puede hablarse en su presencia de una miseria que no traten inmediatamente de socorrerla, y no contentos con esto ejercitan su actividad y su zelo buscando los pobres hasta en los parages mas ocultos y miserables; pero estos christianos tienen el cuidado necesario de ocultar sus buenas obras, y de tomar aquellas precauciones debidas para que su caridad no se haga pública? Si el acaso descubre sus limosnas, lejos de entristecerse ¿no se llenan de vanagloria? Por ventura sufren con paciencia los desprecios, la ingratitude y las injurias ya de su familia, ya de sus amigos, y de las personas á quienes molestan para lograr los fines de caridad que se proponen? En una palabra, ¿son como manda el Apóstol, misericordiosos, modestos y humildes?

Pero si estos vicios son causa de no tener, ó de perder la caridad, todavía hay otro que por desgracia tiene mucha parte en la sociedad, y es el de

volver mal por mal. Esto es lo que nos prohíbe tambien hoy el Apóstol, segun el santo Evangelio; y deseoso de que reyne la paz entre los hombres, y se corten de raiz las divisiones, y las querellas que tanto perturban el orden público y privado, nos da un precepto con el qual podremos seguramente conseguirlo. No volviendo, dice, mal por mal, ni maldicion por maldicion, sino por el contrario bendiciendo; pues para esto fuisteis llamados para que poseais bendicion por herencia. Este no es un simple consejo, dice el Apóstol, sino el espíritu esencial de vuestra vocacion, de manera que si procurais satisfacer vuestros odios y enemistades, ya no sois christianos mas que en el nombre, ni teneis derecho al reino de Jesu-Christo, porque este solo está destinado para los pacíficos.

Este precepto, hermanos míos, es de grande importancia entre los christianos, y de su inobservancia resultan fatales consecuencias. El que quiere amar la vida, y ver los dias felices tras que suspiramos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño. Pero el mundo nos habla muy de otra manera, y

sus principios estan en contradiccion con los preceptos del Apóstol. Si hemos de escuchar sus máximas, nos dirá que nunca debemos ceder y ser humildes, porque esto trae funestas conseqüencias: que los enemigos se hacen mas insolentes quando no se vengan los agravios que nos hacen: que se autorizan las calumnias, quando no se toma una satisfaccion violenta. Este es el lenguaje y la conducta del mundo; pero el Evangelio, este libro divino, escrito para servirnos de guia en todas nuestras acciones, nos da una doctrina muy diferente, y nos prueba que los christianos que tienen la debilidad de escuchar las máximas mundanas son victimas por lo regular de sus mismas pasiones; y que al contrario aquellos que se someten y padecen, disfrutan con el tiempo los consuelos, y logran las satisfacciones que de otro modo no tendrían. Un christiano que sabe disimular un agravio, encuentra en su mismo disimulo un motivo para consolarse; pero aquel que busca la venganza, se dispone para un sentimiento nuevo si vence á su enemigo, ó para un nuevo peligro, si éste tiene valor y esfuerzo para resistir.

le. Estos son los males temporales que ocasiona el espíritu de venganza; pero de aquí podeis inferir el riesgo que corre el vengativo, y los castigos que le tiene preparados el Dios de la paz.

El Apóstol entre las obligaciones que miran al próximo comprehende expresamente la de no mentir, y considera con justicia la mentira como uno de los mas grandes agravios que podemos hacerle. Este vicio es, hermanos míos, muy peligroso. El mentiroso abusa de la confianza del próximo é insulta su ignorancia. Este es un vicio que quando directamente no atacase la soberana verdad del mismo Dios, debería desterrarse de la sociedad.

El Espíritu Santo nos dice, que todo hombre es mentiroso, y en efecto todos tenemos una disposicion natural á ocultar lo que puede degradarnos en alguna manera; á exágerar las cosas de que podemos sacar algun provecho, á debilitar todo lo que puede elevar y dar honor al próximo, y á aumentar todo lo que le deshonra y desacredita. Todas las conversaciones participan regularmente de la mentira. Los que por falta de memoria no pue-

den contar las cosas como han pasado, las suplen disfrazándolas á su modo, y exágerándolas quanto pueden: los gemios naturalmente placenteros y amigos de excitar la risa en sus concurrencias, sazonan sus conversaciones con mil cuentos, y con todos aquellos chistes que pueden hacerlas agradables, sin reparar muchas veces en las personas con quien hablan, ni la alteracion que padecen los hechos, porque todo esto les importa poco, con tal que consigan pasar el rato, y que los tengan por hombres decidores. Los coléricos y arrebatados se descargan siempre con inyectivas, en las cuales se atiende poco á la verosimilitud. En una palabra cada vicio tiene sus mentiras que son como su propiedad. Se miente por orgullo, con el fin de sacar gloria de las virtudes que no hay, y muchas veces de las faltas que no se han cometido. Se miente por amor al placer, y la mentira saca su origen en alguna manera de las pasiones mas vergonzosas. Se miente por avaricia haciendo relacion de contratos lucrativos y usurarios, hechos con buen éxito con el fin de incitar á otros que se dexan llevar del espíritu de

interés: los avaros unas veces aparentan ganancias donde no las hay; otras las disminuyen; en muchos casos hablan de los pleytos que han ganado sobre materia de sus intereses, con el fin de dar una prueba de su exáctitud en sus cuentas, y de su moderacion en sus ganancias. En fin, la codicia no dexa mentira por tocar, y por este medio alucinan y empuñan á los incautos, en un tiempo que tal vez estan muy cerca de hacer una quiebra, á poner en su casa sus caudales. Se miente por ociosidad: ¿quién pensaria que éste fuese el recurso mas ordinario de ciertas gentes ociosas que andan vagando sin destino, ni empleo alguno de casa en casa, y de tertulia en tertulia, haciéndose los bufones entre toda la gente que tratan? Estos embusteros en nada se detienen: su fecunda y acalorada imaginacion les suministra siempre materia abundante: sus delirios los hacen pasar por verdades incontestables: mienten con tal aparato que creen ellos mismos sus mentiras, y en lo general sus discursos son tan falsos como depravado su corazon.

Temamos, hermanos míos, contraer una costumbre que fomenta y mantiene

todos los vicios. Amemos la verdad, y honrémosla siempre con nuestras palabras, y de esta manera lograremos apartarnos del mal, y hacer el bien, segun el Apóstol nos ordena conforme á los consejos del Profeta. Todo lo que hay de positivo ó de negativo en la ley está contenido en estas pocas palabras, y su observancia fiel nos dará un medio seguro de encontrar la paz; no esa paz de que el mundo es tan zeloso, la qual consiste en la seguridad, en el placer y en la ociosidad, sino aquella paz que sabe unir con un trabajo no interrumpido una violencia continua, y una vigilancia invariable; no aquella que con el tiempo produce los remordimientos del corazon, y los disgustos mas amargos, sino la que proviene de la buena conciencia, y que conduce á una eterna tranquilidad. Feliz aquel christiano, á quien Dios se digna conceder esta paz, porque el Señor, como dice el Apóstol, le mirará con ojos de misericordia, y tarde ó temprano oirá los ruegos y deseos de su corazon.

En esto consiste, hermanos míos, el consuelo, y la paz del justo. Dios me ve, dice, y es el testigo de todos mis

pensamientos y deseos: quando mis acciones se encaminan á buen fin, es él quien las inspira. Si mis oraciones se conforman con su voluntad, ¿no deberé estar cierto de su buen efecto? él es quien se las dicta á mi corazon y á mis labios. Si alguna vez no corresponde tan pronto, á lo ménos estoy cierto que las escucha; y que tiene miras de misericordia sobre mí aun quando dilate sus favores.

De esta manera se explica, hermanos míos, el justo, y este lenguaje forma necesariamente en su corazon un sentimiento de alegría y de consuelo inefable; pero la conciencia del pecador no puede darle este testimonio. El rostro del Señor, dice el Apóstol, está sobre los que obran el mal. El impio puede como el justo decir, Dios me ve; pero las conseqüencias que debe sacar son muy diferentes y terribles. Dios me ve, debería decirse un pecador: no concibo una injusticia, no formo un mal deseo, no hago un pecado que inmediatamente y con pleno conocimiento de toda mi malignidad no pese sus efectos y sus conseqüencias, y que no le señale un castigo, el qual me impone

muchas veces en la vida para confundirme y servir de escarmiento á los demás. Estos deberían ser sus pensamientos; pero por desgracia los arroja de sí siempre que le importunan, temiendo perder la injusta tranquilidad que goza su corazón. ¡Ah! El rostro del Señor está sobre los que hacen mal.

El Apóstol deduce de esta verdad un motivo poderoso de paciencia. Si Dios mira á los justos con los ojos de su misericordia, y á los pecadores con los de su justicia, ¿quién podrá dañarlos sobre todo si abrazan el bien? Es decir, ¿quién podrá dañar su alma, y privarlos de la felicidad que se goza en la justicia? El Apóstol no quiere decir por esto que la atención de Dios sobre sus escogidos los dispense de las tribulaciones de la vida. La experiencia nos hace ver que ellos sufren males espantosos, que padecen toda suerte de persecuciones, y que viven sumergidos en la mayor miseria y abatimiento; pero el Evangelio nos dice que si alguna cosa padecen por la justicia serán bienaventurados. Las aflicciones y los trabajos nos dan, hermanos míos, un título poderoso para dirigirnos á Dios con

mas confianza. La conformidad mas perfecta de una criatura con Jesu-Christo consiste en padecer por la justicia, con tal que sea con paciencia, porque de otra manera le injuriamos, en lugar de honrarle como verdaderos hijos suyos. Sin embargo como nuestros males son el fruto y el castigo de nuestros pecados, todavía queda una grande diferencia entre Jesu-Christo y el hombre, esto es, entre un Dios que se ha revestido de la naturaleza humana, pero santo, puro y sin mancilla, y una criatura perecedera y pecadora. Quando padecemos alguna injusticia sin haber dado causa para ella con nuestra desobediencia á los divinos preceptos, entonces somos en alguna manera santos, puros é inocentes como Jesu-Christo, y en esta circunstancia nos consigue nuestra paciencia la paz que hace saludables y meritorias las aflicciones y molestias de la vida.

El Apóstol concluye diciendo: por tanto no temais por el temor de ellos, y no seais turbados. No temais pues, hermanos míos, los males que os amenazan quando se dirigen á turbar vuestra santa tranquilidad, y á desviaros de

las virtudes y de la práctica de las buenas obras: alejad á mucha distancia esa tristeza que suele ser la causa que os detiene en el camino de la vida eterna: honrad á Jesu-Christo amando la verdad, siendo fieles para conservar la paciencia, y hambrientos de la justicia. Estas son las disposiciones que exige el Apóstol, y con ellas conseguiremos los consuelos y ventajas que nos promete.

¡Dios mio, quando reynarán entre los christianos la paz, la union, y la misericordia! Como la caridad vive desterrada de nuestros corazones, no podemos experimentar estos dulces sentimientos; pero infundidnos, Señor, esta virtud, y con ella os honraremos con nuestra paciencia, y mereceremos la posesion de la bienaventuranza. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 5. v. 20. 24.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus Discipulos: Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y de los Phariseos, no entrareis en

el reyno de los cielos. Oisteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare, obligado quedará á juicio. Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio: y quien dixere á su hermano raca, obligado será á concilio: y quien dixere insensato, quedará obligado á la gehenna del fuego. Por tanto si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares, que tu hermano tiene alguna cosa contra tí: Dexa allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano; y entonces ven á ofrecer tu ofrenda.

INSTRUCCION.

Aunque Jesu-Christo, hermanos míos, dice á sus Apóstoles que su yugo es suave, parece por otra parte que quiere imponerlos unas obligaciones casi imposibles de cumplir. Los Phariseos eran fieles al parecer en la observancia de los mandamientos; y Jesu-Christo

los reprueba. Todas las señales exteriores eran de una piedad sólida y verdadera, y sin embargo los condena. Ellos edificaban con sus palabras, eran modestos en su porte, y austeros en sus costumbres: todas sus conversaciones eran de Dios; continuamente meditaban en sus designios de misericordia y de bondad, y procuraban indagar y socorrer las necesidades de los pobres; pero Jesu-Christo que conocia á fondo su corazón, se queja de la esterilidad de su justicia, y amenaza con cerrar la puerta de su reyno á todos los que no la posean con mas abundancia y solidez.

¿Pero Jesu-Christo exige de nosotros disposiciones superiores á nuestras fuerzas? No, hermanos míos, sus mandamientos no son imposibles: si alguna vez parece su ley escabrosa y difícil á las almas débiles, su gracia les da todos los medios que necesitan para cumplirla; y así vamos á verlo en la explicación del Evangelio de este día.

Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y de los Fariseos, no entrareis en el reyno de los Cielos. Esta es una verdad que vamos

á demostrar poniendo en paralelo su conducta con la de Jesu-Christo. Los Fariseos habian recibido la ley por mano de Moysés, pero esta ley tan santa en su principio, como que venia del Dios de toda santidad: tan santa en sus preceptos, porque dirigia sus costumbres, y reprimia sus pasiones: tan santa en su fin, porque debia conducirlos á la ley de amor y de gracia: esta ley pura, y sin mancha, segun el Profeta, estaba tan desfigurada por causa de su orgullo y de sus intereses particulares, que Jesu-Christo se vió obligado á reprobear una multitud de máximas que una justicia hipócrita habia introducido en ella. La justicia exterior de los Fariseos no estaba animada, ni del espíritu que vivifica, ni de la caridad que santifica las acciones del hombre. Su principio era el orgullo, su objeto la avaricia, y su fin una ambicion que no conocia límites. Jesu-Christo sin embargo no les despoja del nombre de justos, porque sabe que este nombre es muchas veces arbitrario, y que puede conciliarse muy bien con un corazón corrompido con impuras costumbres, y perversas intenciones. Por esto solo in-

siste en los caracteres de su justicia; pero deseoso de enseñar á todos los medios de santificarse, establece algunas máximas particulares de la moral cristiana, y entre ellas las que tienen por objeto la reforma de los vicios mas comunes entre los hombres, y que les acarrear funestas conseqüencias. Oisteis, les dice, que fué dicho á los antiguos: no matarás, y quien matare obligado quedará á juicio. Mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio.

En estas palabras teneis, hermanos míos, un motivo poderoso para conocer al defensor y restaurador de la ley. Decíase en lo antiguo, no matarás, y aqui parece que terminaba el precepto; de modo que si reprimia por una parte los efectos sensibles de la ira, por otra parece que permitia el odio secreto, y el resentimiento interior; pero Jesu-Christo, para no dexar duda en esta materia, nos describe los diferentes grados de la ira, aplicando á cada uno el remedio conveniente. La ley no solo prohibe el homicidio, sino tambien qualquier disgusto con nuestros hermanos, de manera que si les injuriamos de palabra, ó

marchitamos su reputacion con sátiras y burlas picantes, ya somos reos de juicio. Una sola indiscrecion será el objeto de la venganza divina. Si alguno dixere á su hermano raca, obligado será á concilio; y quien le dixere insensato, quedará obligado á la gehenna del fuego. En esto se nos prohiben las indiscreciones, las palabras infamatorias, y aun las chanzas de que usamos con frecuencia con todas las gentes para adquirirnos por este medio su benevolencia.

No sé, hermanos míos, si alguna vez habeis parado la consideracion sobre este lugar del Eyangelio; pero él es tan terminante que no dexa duda alguna sobre el modo de conducirnos con vuestro próximo. Pero mo direis, ¿es posible que no habiendo atentado contra su vida, ni despojádole de sus bienes, ni vulnerado su honor, una sola palabra indiscreta dicha en el calor de una disputa, ó por un resentimiento de poca monta, nos ha de traer castigos eternos? En efecto, así lo declara el Salvador. No necesito, mis hermanos, para ponderar esta verdad, valerme de los lugares, y de los artificios

de una eloqüencia humana, porque bastan las palabras de Jesu-Christo para conocer la enormidad de un delito semejante; y así os digo solamente que estais obligados á ser contenidos en vuestras palabras, si no quereis ser reos de juicio.

La ira es un movimiento del alma contrario á las leyes de la naturaleza, que proviene del disgusto que nos causan los varios sucesos de la vida. Si es involuntario, nada tiene de criminal; pero si es reflexionado, nos hace reos delante de la divina justicia, aunque sea momentáneo. En efecto, este movimiento es contrario al espíritu de dulzura y de paz que Jesu-Christo recomienda á sus discipulos, y produce en la sociedad todo género de males. Las injusticias, las traiciones, las muertes tienen aquí su origen. Un solo movimiento reflexionado de ira es un juicio contra el próximo, en el qual le citamos al tribunal de nuestro corazón para condenarle. Pero, hermanos míos, tened entendido que el Señor es el que juzga las justicias mismas, y que cometemos un delito de usurpacion de sus derechos, y nos hacemos responsables en

su tribunal, quando dexádonos llevar de motivos, en realidad bien despreciables, damos á nuestro hermano una respuesta picante y áspera, ó le despreciamos é insultamos con burlas y sátiras muy ajenas de un christiano.

En esta materia hay un error muy comun que conduce á muchos á la perdicion eterna, y es el de persuadirse que pueden conservar la devocion con cierto mal genio que los hace prorumpir en expresiones poco decentes é insultantes. Estos infelices que practican constantemente las virtudes, y que se dedican á todo género de obras caritativas, regularmente se producen con su familia y sus criados en términos poco comedidos, y son causa de mil impaciencias y disgustos. A las veces vienen del Templo y chocan con todas las personas de la casa, porque un mueble no está en su lugar, ó por qualquier otra friolera de este jaez; pero no es esto lo peor, sino que tienen tal opinion de sí mismos, y hacen tan poco caso de su mal humor, que todavía piensan que des será Dios deador de que no le manifiesten con otros modos mas sensibles.

Quisiera, mis hermanos, que fijais la consideracion sobre este punto. Sé muy bien que un solo movimiento de cólera de corta duracion, y de poca consequencia en sus efectos no será castigado con penas eternas; pero á lo ménos será preciso espiarle en esta vida ó en la otra con castigos proporcionados á la calidad del pecado.

Pero todavía no es éste el que traerá sobre vosotros la ira del Señor en toda su plenitud: hay otro que sin duda es de mucha trascendencia, y Jesu-Christo lo designa por las siguientes palabras: quien dixere á su hermano raca, obligado será á concilio. En efecto, hermanos míos, quando teneis un resentimiento no deseais otra cosa que ocasiones para poderlo manifestar; pero no con aquella franqueza propia de los hombres de bien, sino con invectivas y desprecios. Se estudian, por decirlo así, aquellas palabras que pueden herir más á nuestro próximo; y si alguna vez tenemos cierta debilidad en este punto, nos culpamos á nosotros mismos de no haber usado de aquellos términos más picantes para ofenderle. A esto se agrega las sugestiones de los

amigos pérfidos que nos rodean, los quales en vez de pacificarnos disminuyendo la ofensa, y excusando á lo ménos la intencion y el motivo que ha tenido nuestro enemigo, nos tratan de imbeciles y de neciamente moderados. Yo en el caso vuestro, os dicen, no hubiera sufrido semejante injuria, y á la verdad que la tolerancia no sirve mas que para aumentar y autorizar su insolencia: en vuestro lugar no hubiera yo sido tan indiferente. ¿No teniais á la mano mil respuestas que darle, con las quales no solo hubiera quedado vengado el agravio, sino que le hubierais puesto un silencio perpetuo?

Hermanos míos, huid de estos consejeros peligrosos como de los mas crueles enemigos. No por esto quiero decir que los odieis personalmente; pero debéis evitarlos como pestes vivas que andan buscando el medio de derramar en un corazon ulcerado el veneno de la enemistad y de la cólera. Estos hombres merecen toda la indignacion de Dios, y así lo declara por la boca del Sabio quando dice: que de los muchos desórdenes que corren sobre la faz de la tierra hay seis que principalmente

aborrece; pero que el séptimo excita toda su ira, y es el de ciertos pecadores que solo se ocupan en sembrar rencillas y querellas entre sus hermanos. Jesu-Christo en esta sola palabra *raca*, contiene todas las expresiones injuriosas y picantes, todas las imputaciones odiosas y malignas que empleamos contra el próximo en el calor de las disputas; y sometiéndolas al concilio, nos da una idea de la parte que toma en el insulto que se hace al próximo con semejantes palabras.

¿Pero cuáles son aquellas para quienes el Evangelio reserva las penas eternas? Oídlas, hermanos míos: quien dixere insensato, quedará obligado á la gehenna del fuego. Si esta palabra es pues una señal de reprobación, ¿habrá muchos entre nosotros que puedan escaparse de este terrible anatema? ¿Esos christianos que llevados de su cólera prorrumpen en expresiones las mas denigrativas ácia el próximo; que contradicen abiertamente su voluntad; que infaman y deshonran su conducta, sin reparar en las consecuencias y daños que pueden sobrevenirle; que publicamente le tratan de insensato, y que le

quitan el crédito y la confianza que tiene entre sus amigos: ¿no serán dignos de padecer las penas eternas que Dios ha reservado no solamente á Satanás y sus Angeles, sino á todos los que participan con ellos del espíritu de animosidad y de rencor? Temed por tanto, hermanos míos, los efectos de la ira, y orad para que el Señor la aparte de vuestro corazón. ¿No veis todos los dias en el seno de las familias á muchos padres y madres que con disputas continuas dan á sus hijos y á toda la vecindad el espectáculo mas escandaloso? ¿En estos casos no se valen de los términos mas groseros y picantes para injuriarse sin reparar en el descrédito que se causan? Si alguno movido de caridad quiere templarlos, y evitar las consecuencias fatales de semejantes quimeras, ¿no suele ser víctima de su mismo zelo? ¿Qué pensaremos, hermanos míos, de esas casas donde reyna la discordia y las rencillas? El mundo con justa causa las llama un infierno anticipado, y yo añado que aquellos que se dexan llevar del exceso de esta pasión, anuncian en su misma rabia el fuego devorador que ha de consumirlos por toda una eternidad.

Entre todas las pasiones la ira es la que obscurece y degrada mas la razon. El hombre iracundo y furioso á nadie conoce, ó por mejor decir, se desconoce á sí mismo. En el momento de su ira ni entiende lo que se le dice, ni encuentra con las palabras: sus ojos encarnizados, su herizado pelo, sus ademanes descompuestos excitan el desprecio de todos los que le miran. No contento con descargar su furor en quantos se le ponen delante, prorrumpe en imprecaciones contra sí mismo, maldice todas las criaturas, y su boca infernal ni aun reserva la misma Divinidad. Christianos, ¿es posible que reyne entre vosotros una passion que así os reduce al estado de fieras? ¿Es posible que despreciando los fines de vuestra vocacion santa, abandonais de esta suerte todos los derechos de hijos de Dios para ser unos miserables esclavos de Satanás? ¿Así atropellais todos los respetos humanos? ¿así maltratais las cosas mas queridas? ¿Acaso estan libres de vuestro furor ni los amigos, ni los mismos hijos, esos pedazos del alma por quienes tal vez habeis pasado tantos trabajos? Pero el iracundo no para en esto. Las con-

sequencias que se siguen de esta passion, si cabe, son mas terribles. En efecto por un solo acceso de ira se contraen enfermedades que suelen durar largos años, y algunas veces sobrevienen muertes repentinas. Tiemblo, christianos, al considerar estos estragos; pero todavía hay un estado mas funesto, y es el de la impenitencia: porque en efecto ¿cómo es posible que en estas tristes circunstancias pueda dar el iracundo señales de conversion y arrepentimiento? Las leyes Eclesiásticas los tratan en estos casos como á pecadores públicos y escandalosos, y previenen que se les niegue la absolucion.

A estas reflexiones añadiré otra, hermanos míos, de mucha importancia para todos los que estan encenagados en este vicio, y es: que sin embargo de que otros pecadores consiguen dar de mano á sus malos hábitos, y hacer penitencia, hay pocos iracundos que se conviertan y adquieran el espíritu de dulzura y de paz. En qualquiera otra passion se admiten y se oyen con gusto los consejos y las amenazas; pero quando se habla de los peligros y fatales consecuencias de la ira, siempre ale-

ga razones el iracundo para probar que la suya es legitima. Para libertarnos pues de caer en este vicio, debemos trabajar con todo cuidado en reprimir nuestro temperamento y mal humor, porque si damos entrada á impaciencias interiores y pasageras, además del peligro de pasar á otras mas graves, seremos reos de juicio.

Si la ira se manifiesta con palabras picantes, con injurias é invectivas, la justicia de Dios castigará esta libertad peligrosa obligándonos á concilio; y si acaso degenera en rabia, y traspasa todos los límites, de manera que no esten seguros, ni la vida, ni los bienes, ni el honor de nuestros próximos, seremos reos de las penas eternas.

En estas pocas palabras habia dicho Jesu-Christo lo bastante para reprimir los efectos exteriores de la ira; pero era preciso subir hasta su origen, profundizar los corazones, y curar otro vicio que por la relacion esencial que tiene con el primero merecia su atencion y su zelo. Este vicio es el resentimiento y la venganza. Para evitar las llamas eternas no basta imponer silencio á nuestra animosidad, y contener-

la en los límites de la honestidad y la decencia. La caridad prescribe otros mas estrechos todavía. Jesu-Christo dice: si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí: dexa allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven á ofrecer tu ofrenda. ¿Pero qué interes podia tener el Señor en una reconciliacion tan pronta y sincera? ¿No basta, diréis, para solicitar la misericordia de Dios el perdonar al enemigo de corazon? ¿Todavía será preciso comprometerse y solicitarle? ¿Si él no nos busca, deberémos sujetarnos á una accion de tanta humillacion? Por otra parte Dios quiere ser amado con un amor de preferencia, y así no debemos abandonar sus altares, ni dexar nuestras ofrendas por una paz muchas veces incierta. ¿Qué importa que yo esté dispuesto para perdonar á mi enemigo, si él no lo está para corresponderme? ¿Será justo que sufra sus desayres? Sobre todo si soy de una condicion superior á mi enemigo; si mis gestiones de paz no sirven sino para dar fomento á su insolencia, y exasperarle mas contra mí; si mi

estimacion peligra entre las gentes que me vean dar estos pasos de abatimiento y humillacion; si de aquí resulta un juicio poco favorable de mi persona; ¿no será justo que difiera la reconciliacion? Hermanos míos, la doctrina de Jesu-Christo contradice abiertamente estas reflexiones y excusas, diciendo: ve primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entónces ven á ofrecer tu ofrenda.

Si Jesu-Christo, hermanos míos, no recibe ni agradece otras ofrendas que las que le hacen los corazones pacíficos, ¿quántas veces habrá reprobado las vuestras? Decidme, ¿quáles son ahora vuestros sentimientos? ¿En qué disposicion estan vuestros enemigos con vosotros, y en qual estais con ellos? Pero me direis: ¿caso estamos obligados á responder de los sentimientos de nuestro próximo? Sí, hermanos míos, tenéis esta obligacion hasta cierto punto. Si habeis dado á vuestro hermano ocasiones de descontento, si lo habeis despreciado y calumniado, no podeis dudar de la disposicion de su corazon ácia vosotros, y en este caso estais obligados á procurar la paz y la reconciliacion por

quantos medios sean posibles. Este precepto no admite modificaciones. Si no procurais reconciliaros y dar la satisfaccion competente á vuestro hermano por los agravios que le habeis hecho, no es el reyno de los Cielos para vosotros.

He dicho que debeis tambien examinar la disposicion en que os hallais para con vuestro próximo, porque si bien es verdad que él os ha ofendido, tambien lo es que esta ofensa puede nacer de alguna ligereza sobre la qual ni aun conserve la memoria; ¿pero por vuestra parte estais satisfechos del agravio? ¿Le dais parte en vuestras oraciones? ¿Le socorreis si tiene necesidad? ¿Le hablais con dulzura, y le procurais todos los bienes espirituales y temporales que necesita? ¿Podeis verle con tranquilidad? ¿Habeis apagado ese fuego que renovaba el resentimiento siempre que se presentaba á vuestra vista? Si careceis de estas disposiciones, no tenéis que presentar vuestras ofrendas; id primero á reconciliaros con vuestro hermano.

Estudad por tanto las obligaciones de la caridad ántes de dedicaros á los

ejercicios de la piedad christiana. La ofrenda que venimos á presentar al Padre Eterno no puede ménos de serle agradable, porque es la victima de la paz; pero esta victima excluye de la participacion de su sacrificio á todos los vengativos; y así sotocad en vuestro corazon el grito del resentimiento, y entónces vuestras oraciones penetrarán hasta el trono de la Magestad Divina.

Hermanos míos, yo no puedo dexar de repetiros estas palabras, y oxalá que penetren vuestros corazones: ve primeramente á reconciliarte con tu hermano. Mirad que así os lo pide Jesu-Christo, que es el soberano Pastor de vuestras almas. Por mi parte, os confieso que entre todos los desórdenes que afligen esta Parroquia, no hay uno que llegue mas á mi corazon que el espíritu de enemistad y de venganza. Yo trabajaré quanto pueda para extirpar los demas pecados, y sacrificaré con gusto mis bienes, el tiempo y todo lo que valgo; pero si mis exhortaciones no bastan para apaciguar las disputas, y contener los efectos de la ira, derramaré con gusto hasta la última gota de mi sangre con tal que

consiga restablecer la paz entre vosotros, porque vivó intimamente persuadido que la menor division en un pueblo ó en una familia debe ser el objeto del dolor del Pastor, y la causa de la dispersion del rebaño. Amémonos pues, hermanos míos, amémonos en Jesu-Christo: sacrifiquemos todos nuestros intereses por el gusto de la paz, perdonemos las injurias, busquemos á nuestros enemigos, esfuérzemonos en fin para procurarlos los bienes espirituales, y satisfacer las necesidades del cuerpo.

Dios mio, vos amais los corazones pacíficos, y los llamáis felices: oxalá que nosotros por vuestra gracia gustemos de esta felicidad en el tiempo, y participemos de la alegría que gozarán por toda una eternidad. Así sea.

70
DOMINGO VI.

DESPUES
DE PENTECOSTES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
VERITATIS LIBERABIT VOS
EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. 6. v. 3. II.

Hermanos: No sabeis, que todos los que hemos sido bautizados en Jesu-Christo, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo: para que como Christo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre; así tambien nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente con él á la semejanza de su muerte: lo seremos tambien á la de su Resurreccion. Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con él, para que se destruido el cuerpo del pecado, y

despues de Pentecostes. 71
no sirvamos ya mas al pecado. Porque el que es muerto, libre está del pecado. Y si somos muertos con Christo: creemos, que juntamente viviremos tambien con Christo: Ciertos, que habiendo Christo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará mas de él. Porque en quanto al haber muerto por el pecado, murió una vez: mas en quanto al vivir, vive para Dios. Así tambien vosotros consideraos, que estais de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesu-Christo.

INSTRUCCION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
En la Epístola de este dia nos enseña el Apóstol las relaciones que tienen los Christianos con Jesu-Christo, y la Iglesia nos enseña tambien el uso que debemos hacer de todos los misterios de la vida del Salvador que en el discurso del año propone sucesivamente á nuestra meditacion. El Apóstol considera asimismo á Jesu-Christo en las

circunstancias mas interesantes de su vida mortal y gloriosa, y con este motivo nos enseña las obligaciones mas esenciales é indispensables del Christianismo. Por tanto debemos aplicarnos á estudiar estas lecciones teniendo presente que hemos sido con relacion al pecado hombres verdaderamente muertos, y que por medio de una vida santa, uniforme y perfecta, somos anunciados como los hijos de la resurreccion. La Iglesia, para que entremos al exámen de la impresion que han hecho en nuestros corazones los diferentes misterios que hemos celebrado, escoge este passage de la Epístola del Apóstol á los Romanos, como el mas propio para conseguir el fin: prestadme atencion.

El Apóstol nos manifiesta en el bautismo tres grandes misterios: primero, la muerte de Jesu-Christo figurada por la destrucción del pecado: segundo, la sepultura de Jesu-Christo, representada por la separacion total del mundo, que el bautismo impone al Christiano: tercero, la resurreccion de Jesu Christo, anunciada por la renovacion que se hace en el alma del que se bautiza. De estos tres grandes misterios deduce el

Apóstol conseqüencias ciertamente muy instructivas.

No sabeis que todos los que hemos sido bautizados en Jesu-Christo; hemos sido bautizados en su muerte? Este es el fruto de la muerte de Jesu-Christo que nos ha sido aplicado en el bautismo, y esta muerte que es la causa de nuestra vida, supone la detestacion y odio del pecado. En efecto, un Christiano debe aborrecer el pecado, separarse de todos los objetos que puedan seducirle, y vivir en una continua pelea contra todas las tentaciones. Para reconocer si tiene esta disposicion, y si cumple con la fidelidad que corresponde las obligaciones que se le han impuesto en el bautismo, debe exáminar si detesta realmente el pecado; si segun el precepto del Espiritu Santo huye del pecado como de una serpiente, y por conseqüencia de todas las ocasiones que se le presentan; y en fin, si quando trata de humillarse, y pedir perdón por sus faltas diarias, no se vale de pretextos ni excusas para disminuir la idea verdadera de ellas. De este exámen deducireis, hermanos mios, la conseqüencia de que esta muerte que impone el

bautismo á los Christianos es en muchos puramente imaginaria é ilusoria. Pero veamos pues si su sepultura es mas real. El Apóstol dice: porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo; para que como Christo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así tambien nosotros andemos en novedad de vida. Esta sepultura no consiste en otra cosa que en la separacion del mundo. En efecto, ¿qué cosa es un cuerpo en el instante que el alma le abandona? El hombre en este estado se queda inmóvil, y ya no experimenta aquellas sensaciones que quando disfrutaba de la vida. Esta misma es la situacion de un Christiano con relacion al mundo; y aunque vive en él, vive, segun la expresion del Apóstol, como si no viviese, y vive en una total abstraccion. El mundo tiene sus leyes, el Christiano no guarda ninguna: el mundo sigue el torrente de la costumbre, el Christiano se separa: el mundo busca la disipacion, los placeres, y la agitacion tumultuosa, el Christiano vive en el recogimiento y el retiro: el mundo escucha el language de las pasiones, el Christiano le sofoca para que

hable él de la virtud. En una palabra, el Christiano encerrado dentro de su propio corazon como en un sepulcro, no sale de él sino para dar pruebas de su perfecta resurreccion viviendo al exemplo de Jesu-Christo de una manera enteramente nueva. Este es el tercero y mas interesante de los misterios que el Apóstol San Pablo nos presenta hoy como la imagen de la vida christiana. ¿Pero qué cosa es andar, me preguntareis, en una vida nueva, y caminar al exemplo de Jesu-Christo? Es, hermanos míos, conservar con los pecadores aquellas relaciones que la caridad hace indispensables: probar con una buena conducta que somos verdaderamente de Dios: hacer del cielo el objeto habitual de nuestros deseos: practicar sin interrupcion las virtudes christianas: no participar en nada de las falsas alegrías del siglo, y substituir á ellas el gusto de la oracion, la asistencia frecuente á los ejercicios de la religion, y el amor de todas las buenas obras. Este, segun la bella comparacion del Apóstol, es el Christiano que ha sido inxerto en Jesu-Christo. Para conocer la fuerza de la comparacion, y sacar las conseqüen-

cias que se deducen de ella, es necesario suponer que una rama no saca su vigor y su fuerza sino del tronco en que ha sido inxerta, y que quando el jardinero escoge con todo cuidado y diligencia una pua sana y perfecta, debe esperar con fundamento que ha de producir abundantes frutos.

Jesu-Christo, hermanos mios, es el tronco, y nosotros las ramas; él es la cepa de la viña, y nosotros los sarmientos, ¿á quién podremos culpar si no llevamos dignos frutos de justicia? ¿Acusaremos á Jesu-Christo quando por espacio de treinta y tres años ha guardado constantemente la ley de su Dios? No, hermanos mios, culpemos á las ramas que son indignas de tal tronco; porque habiendo podido sacar de él todo el xugo necesario para producir abundantes frutos, han buscado en sí mismas su fuerza y su virtud. ¿Deberemos admirarnos pues de su esterilidad? ¿No traerán sobre sí con justa razon la maldicion del jardinero? ¡Ah que semejante es nuestra suerte á las de esas ramas malditas! Hagámonos, hermanos mios, semejantes á Jesu-Christo en su muerte y en su resurreccion, y no ol-

videmos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Jesu-Christo para que se destruyese el cuerpo del pecado y saliesemos de la esclavitud. Este es el precio de la muerte de un Dios: este es el efecto anunciado por el Profeta Daniel, quando dixo que la hostia debía ser inmolada para que se desterrase la iniquidad de la tierra, y la justicia ocupase su lugar.

Pero ya que se ha obrado esta mudanza por la muerte de Jesu-Christo ¿subsisten todavía entre los hombres los desórdenes y las injusticias? ¿Se observan por todas partes las leyes de la sabiduría y de la santidad? ¿El cuerpo del pecado está destruido? Para responder, hermanos mios, á estas preguntas, no consultemos á los enemigos de Jesu-Christo, es decir, á esos hombres que se hacen un Dios de su vientre: un ídolo de sus riquezas: una mansion de delicias de su destierro: un juego de su religion, y una ocupacion diaria de su sensualidad y sus placeres. Tales hombres hacen revivir el cuerpo del pecado, y crucifican á Jesu-Christo de nuevo; pero bien pronto tendrán su fin en una muerte eterna, y perece-

rá con ellos el pecado que la justicia de Dios permitió que subsistiese por un tiempo.

Si queremos, hermanos míos, asegurarnos de la destrucción del pecado, examinemos si hemos adoptado aquellos mismos medios que Jesu-Christo empleó para abolirlo, á saber: una vida santa é irreprehensible: una muerte violenta é ignominiosa: las máximas de la moral mas pura: los sacramentos de donde corren con abundancia la justicia y la santidad: una Iglesia siempre subsistente para iluminar á los que siguiendo las máximas de un mundo seductor pretenden separarse de su seno. Estas son las señales por donde Dios se da á conocer por enemigo del pecado; y si el pecado subsiste todavía, solo es en algunos miembros á quienes ha seducido la malicia de los pecadores. El cuerpo, es decir, la esencia del pecado, está destruido enteramente.

El que es muerto, prosigue el Apóstol, libre está del pecado; y si somos muertos con Jesu-Christo, creemos que juntamente viviremos tambien con Christo: ciertos que habiendo Christo resucitado de entre los muertos ya no muere;

la muerte no se enseñoreará mas de él. El objeto mas digno de la esperanza christiana, y el mas poderoso motivo de una santa emulacion es el de hacernos imitadores de Jesu-Christo en su muerte y en su sepultura, á fin de ser asociados á esa vida nueva donde la muerte ya no exerce su imperio. Sin embargo no debemos lisongearnos de este privilegio en esta vida. Quanto el Christiano es mas rico en dones de la gracia, tanto mas está expuesto á violentos ataques. El vaso donde se contiene su alma, aunque esté robustecido con los ejercicios de mortificacion y penitencia, siempre es frágil y quebradizo: no obstante hay una cierta estabilidad en el bien, la qual hace al Christiano desde esta misma vida conforme á Jesu Christo resucitado. Si vive en una separacion total del pecado y del mundo; si no tiene con los malos otras relaciones que aquellas que la Providencia le prescribe; si huye cuidadosamente de los placeres del siglo, y si trabaja en la penitencia y en las buenas obras; se puede decir en un cierto sentido que la muerte no tendrá poder para dominarle. Importa poco que ella se esfuer-

ce para ganar su corazón, la penitencia y la vigilancia le quitarán el triunfo de las manos, y no pudiendo al cabo adelantarse un paso á pesar de todos sus artificios, se verá confundida y derrotada.

El Apóstol acaba esta comparación con una exhortación muy sensible. Jesu-Christo dice: murió una vez por el pecado: mas en quanto al vivir vive para Dios. Así tambien vosotros consideraos que estais de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesu-Christo.

Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo no ha muerto mas que una vez por el pecado, y nosotros, segun el Apóstol, tampoco debemos morir mas que una sola vez tambien al pecado. Esta muerte se obra por el bautismo, y si alguno despues que ha recibido este Sacramento tiene la desgracia de caer en un pecado mortal, quebranta el precepto que le impone el Apóstol, porque restituye á la muerte un imperio de que le habia despojado la gracia de Jesu-Christo.

Si nosotros, hermanos míos, tenemos la desgracia de experimentar esta pérdida, debemos llorar amargamente

para expiarla. Si los pecados que se han cometido despues del bautismo excitan la ira de Dios sobre el Christiano, ¿quál será la suerte de aquellos que habiendo conseguido por la penitencia los efectos de un segundo bautismo, tienen la debilidad de reincidir en sus primeras faltas; de aquellos que en alguna manera se familiarizan con la muerte eterna, exponiéndose á ser sus tristes víctimas? ¿Podrán decir que son imitadores de la muerte y de la resurrección de Jesu-Christo?

¡Qué terrible, hermanos míos, es el pecado de reincidencia! Por tanto debeis concluir con el Apóstol que la obligación de un Christiano es vivir para Dios en nuestro Señor Jesu-Christo, esto es, hacer de Dios el objeto de su amor y el fin último de todas sus obras: detestar todo aquello que condena la ley: practicar lo que manda: seguir constantemente los principios inmutables de santidad, de justicia y de bondad esenciales al mismo Dios: tributar á su nombre en pensamientos, palabras y acciones aquellos homenajes que debe esperar el Criador de la criatura; en una palabra, poner toda la diligencia

posible para alcanzar una perfeccion proporcionada á la fragilidad de su naturaleza. Esto es lo que el Apóstol llama vivir para Dios; pero vivir en nuestro Señor Jesu-Christo es tomarle por modelo: seguir su Evangelio: esperar-lo todo de su gracia: solicitarla con oraciones freqüentes: atraerla con la práctica de la humildad: conservarla con la vigilancia: aumentarla con la participacion freqüente de los Sacramentos: en una palabra, mostrarse Cristiano en la paciencia, en la dulzura y en el desprendimiento de las cosas sensibles.

Esto es en compendio lo que nos prescribe la Epístola de este dia. Debeis por tanto meditarla con toda atencion para que sea la regla de vuestra conducta. Entónces vivireis en Dios por Jesu-Christo en la tierra, y reynareis con Dios por Jesu-Christo en los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MARCOS,
cap. 8. v. 1. 9.

En aquellos dias como el pueblo hubiese concurrido otra vez en grande número, y no tuviesen que comer, llamando Jesus á sus discípulos, les dixo: Compasion tengo de estas gentes: porque tres dias ha que están conmigo, y no tienen que comer: Y si los enviare en ayunas á su casa, desfallecerán en el camino: pues algunos de ellos han venido de lejos. Y sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguno hartarlos de pan aquí en esta soledad? Y les preguntó: ¿Quántos panes teneis? Ellos dixeron: siete. Y mandó á la gente que se recostase sobre la tierra. Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y dió á sus discípulos para que los distribuyesen, y los distribuyéron entre la gente. Tenim tambien unos pocos pececillos: y los bendixo, y

mandó, que tambien se los distribuyesen. Y comiéron, y se hartáron, y alzaron de los pedazos que habian sobrado, siete espuestas. Y eran los que habian comido como quatro mil: y los despidió.

INSTRUCCION.

Jesu-Christo penetrado segunda vez de las necesidades de un pueblo numeroso que le seguia para oírle, obra en su favor un milagro portentoso. En otra ocasion le vimos saciar el hambre de cinco mil almas en la montaña, y hoy le vemos reiterar este prodigio con mas de tres mil que le siguen en el desierto.

A primera vista parece que son idénticas las circunstancias de uno y otro suceso, y que por lo mismo no necesitan de explicacion particular; pero como entre todos los milagros de la vida de Jesu-Christo, es éste el mas propio para probar su Divinidad, demostrar su misericordia, y justificar la con-

ducta admirable de su providencia con sus criaturas; no será fuera de propósito el ofrecer á vuestra consideracion algunas breves reflexiones que darán lugar para sacar nuevas consequencias, y bendecir y cantar la infinita bondad de nuestro Dios.

Sigamos pues hoy á Jesu-Christo en el desierto. Por una parte el pueblo que le sigue, y que le oye, nos enseñará de la manera que debemos servirle, y por otra el interes que toma en sus necesidades, y los recursos de que se vale para socorrerlas, reanimarán nuestra confianza y nuestro amor. Esforcémonos por tanto, hermanos míos, para meditar todas las circunstancias de nuestro Evangelio, á fin de deducir las verdades que contiene; pero para esto debeis purificar el corazon, y prestar á la palabra divina el respeto y docilidad que ella exige de los Christianos.

Aunque Jesu-Christo tomando carne humana quiso humillarse, y anonadarse; de quando en quando, y en la misma humillacion que quiso constituirse dexaba entreveer ciertos rasgos de grandeza y de gloria. Una muchedum-

bre prodigiosa de milagros confirmaban su divinidad, y el Evangelio nos dice, que por donde quiera que pasase dexaba señales de su bondad y misericordia. Tal era la fama que llegó á tomar por todas aquellas regiones, que inmediatamente que llegaba á un pueblo se le presentaban los enfermos confiados en que su presencia sola bastaba para curar todas sus dolencias. No habia necesidad que por su mediacion no tuviese pronto remedio. Estas señales tan sensibles de su beneficencia eran ocasion de que muchos dexasen sus hogares, sus familias y ocupaciones para seguirle, sin atender á la intemperie, ni á los trabajos que debian pasar por caminos ásperos y fragosos: hoy nos dice el Evangelio que le siguió un numeroso pueblo en el desierto.

Notad, hermanos míos, que el interés es el móvil de casi todas estas gentes. Aunque la moral que Jesu-Christo predicaba era tan pura, tal vez si no la hubiera confirmado con sus milagros, se hubieran manifestado indiferentes; pero como cura las enfermedades y alivia todos los males, le si-

guen sin reparo. Sin embargo hay algunos que no se mueven por el interés, y que dexándose llevar de la sublimidad de su doctrina, se olvidan de que Jesu-Christo es el hijo del hombre, de quien estaba escrito que no tendria donde reclinar su cabeza. Nosotros, hermanos míos, ¿imitamos este pueblo? Ya que por fortuna ha penetrado el Evangelio por todas las regiones de la tierra, y que los adoradores del verdadero Dios no están reducidos solo á la Judéa, sino que se extienden desde el uno al otro polo; ya que nos ha enriquecido con los sacramentos, y que todos los dias nos dispensa tantos y tan singulares beneficios; ya que estamos unidos todos á Jesu-Christo por los vínculos de la caridad, y que tenemos una doctrina pura, con la qual se nos dan los medios de alcanzar la bienaventuranza, ¿correspondemos á estos beneficios? ¿Es la santidad de la doctrina quien nos mantiene en el seno de la Iglesia, ó acaso los motivos particulares de intereses? Ah, ¡quántos la abandonarían si su interés no se lo impidiese! ¿No quedaria desierta, ó reducida á muy cor-

to número si arrojásemos de ella á todos los que solo tienen el exterior y la corteza de la piedad, y que no practican la virtud sino por miras humanas y de ambición?

Jesu-Christo, hermanos míos, no reconoce por suyos sino á los que le sirven con sinceridad y desinterés, y así se ve en el suceso de este día. En otras ocasiones no busca los enfermos para curarlos, sino que aguarda que se los traigan. Tampoco indaga y previene las necesidades para socorrerlas. Algunas veces lo difiere, por un tiempo para experimentar la fe de los que imploran su protección; pero ahora sin esperar que este numeroso pueblo se tome la molestia de pedir, llama á sus Apóstoles para consultarlos el medio de satisfacer su hambre.

La conducta de Jesu-Christo con este pueblo sin duda es admirable; pero también es muy de notar la que tiene con los Apóstoles. En aquel momento que destina para obrar el milagro los llama y consulta. ¿Pero este Señor tenía por ventura necesidad de consejos? ¿Podía esperar algún auxilio de unos hombres impotentes pocos días

antes para lanzar un demonio del cuerpo de un niño? ¿Jesu-Christo les pregunta quando sabe que solo le han de responder con dudas y dificultades? No es, hermanos míos, la necesidad de socorro quien obliga á este Divino Salvador á convocar á sus Apóstoles. Si los llama, es para instruirlos, y enseñarlos que el espíritu de su vocación es un espíritu de dulzura y de misericordia: que por consecuencia si se tienen por discípulos suyos deben interesarse en las necesidades de su próximo, y que será muy difícil de otra manera llegar á penetrar las perfecciones de todo un Dios.

¡Ojalá, hermanos míos, que esta lección que da hoy á sus Apóstoles, no sea un terrible cargo para vosotros! ¿Podrá conformarse su espíritu con las divisiones, y las querellas que reynan entre la mayor parte de los Christianos? ¿Autoriza su espíritu esos resentimientos que dividen entre sí los miembros de un cuerpo que deberían estar unidos con estrechos vínculos de caridad? ¿favorece esa dureza, esa frialdad é indiferencia que ostentan la mayor parte de los hombres en las mi-

serias del pobre? ¿Cuál será el espíritu que os anima, Christianos, si tan contrario es á vuestras disposiciones el espíritu de Jesu-Christo? ¿Quereis conocer este espíritu? Escuchadle, y fixad vuestra consideracion en sus obras. **Compasion**, dice, tengo de estas gentes, porque tres dias ha que están conmigo, y no tienen que comer. Ellos me han escuchado con toda la atencion posible, y lo han abandonado todo por seguirme. Si los enviase en ayunas á su casa, desfallecerán en el camino: pues algunos de ellos han venido de léjos.

Reconozcamos, hermanos míos, la conducta de Dios para con nosotros en estas palabras de Jesu-Christo. Admiramos sus favorables disposiciones para este pueblo; pero no paremos aquí toda la consideracion. Exâminémonos á nosotros mismos, y meditemos las bondades de nuestro Dios.

Consideremos que aun antes de tomar la resolucion de representarle nuestras miserias, ya tiene adoptados los medios de aliviárlas. Su misericordia y su indulgencia se contenta con qualquiera disposicion de nuestro co-

razon, y con tal que sea recta y sincera, se dexa obligar hasta de los menores sacrificios y esfuerzos. Aunque ve la distancia infinita que separa su Magestad de nuestra bajeza, no por eso dexa de oirnos. Si resistimos sus llamamientos, no se cansa su paciencia, y á medida que son mayores nuestros pecados, y que procuramos alejarnos de su mano, exercita mas su misericordia, y manifiesta mas solitud para remediar nuestras necesidades.

En el Evangelio de hoy además de las instrucciones que dá á sus Apóstoles, quiere tambien experimentar su fe; pero estos hombres tantas veces testigos de sus prodigios, y que jamas habian carecido de las cosas necesarias para la vida desde que tomaron la resolucion de seguirle; considerando ahora con tanta desconfianza como admiracion el numeroso pueblo que habia venido con ellos, le dicen: ¿de dónde podrá alguno hartarlos de pan aquí en esta soledad?

Confieso, hermanos míos, que es muy de admirar que los Apóstoles no hubiesen conocido aun toda la sensibilidad del corazon de Jesu-Christo, y

la extension de su poder; pero hay una cosa que debe admirarnos mucho mas, y es, que experimentando nosotros todos los dias los efectos de este poder, vivamos sin embargo en una desconfianza criminal sobre los milagros que obra, y en una desconfianza mas criminal todavía de los socorros que debemos esperar. Esto es lo que nos conduce necesariamente á resistir sus designios y su voluntad.

Para que los Christianos calmasen todas sus inquietudes y temores, seria de desear que traxesen á la memoria con frecuencia la conducta y las disposiciones favorables de Jesu-Christo con este pueblo; pero ved la sabiduría con que prepara el milagro, y la prudencia con que se acomoda al estado de debilidad de sus Apóstoles; ¿ cuántos panes teneis? les pregunta: ellos dixéron: siete. Aquí tenemos, hermanos míos, el fundamento para deducir consecuencias de mucha importancia. En esta pregunta nos enseña Jesu-Christo, que no será una excusa legítima á sus ojos el dexar de socorrer á nuestros hermanos, á pretexto de no tener bienes sobrados. A la verdad vivimos en

un siglo en el qual se ponen tan pocos límites á lo necesario, que no es de admirar que con grandes riquezas apenas puedan soportarse los gastos de una casa por lo comun excesivos y superfluos. Escuchad esto, ricos: Dios os ha constituido por dispensadores de los bienes que ha puesto en vuestras manos, y si los convertís en lisonjear vuestro orgullo, y en satisfacer todos los antojos y apetitos que produce el deseo del placer y de la conveniencia, os tratará como á disipadores, y os impondrá penas terribles.

Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo no pregunta á sus Apóstoles si tienen mas panes que los que necesitan para su propia subsistencia. Esto seria manifestar en algun modo desconfianza de su poder, y así dispuso que la gente se recostase sobre la tierra; y tomando los siete panes, y dando gracias, los partió, y dió á sus discípulos para que los distribuyesen.

Una de las causas que contribuye para hacer criminal la posesion de las riquezas, es nuestra falta de reconocimiento al Señor que se ha dignado concederlas. Quizá los ricos dexarian de

vivir en el pecado si traxesen á la memoria los fines á que estan destinados sus bienes. Si los pobres tienen un derecho á esperar el reyno de los cielos quando sufren su miseria con paciencia, tambien lo tienen los ricos por medio de su gratitud y liberalidad; y así cada uno puede fundar sus pretensiones con justicia. Dios no quiere ni la pérdida del rico, ni la del pobre; y aunque en el Evangelio maldice con frecuencia á los ricos y poderosos del siglo, esto no se entiende quando contribuyen con sus bienes á la gloria de Dios, á la edificación de sus hermanos, y á su propia santificación. Por tanto deben los ricos recibir con reconocimiento los bienes que Dios les concede por un efecto de su bondad; y de esta manera conociendo la desproporcion que hay entre Dios y las riquezas, detestarán el afán y la sollicitud que han empleado para adquirirlas, al mismo tiempo que han mostrado la mayor indiferencia por el bien supremo. Entónces les parecerán las pérdidas ménos sensibles, y descargados del peso peligroso que los oprimia, caminarán con mas agilidad por el camino de la salvacion. Entónces sa-

carán de estas riquezas mismas abundantes recursos de salud, y restablecerán los derechos que podian mirar como perdidos. Tales son, hermanos míos, las importantes lecciones que nos dá Jesu-Christo dando gracias á su Padre.

El Evangelio dice que partió el pan, y le dió á sus discípulos para que lo distribuyesen, y en esto los quiso dar tambien una importante leccion, asociándolos á las obras de misericordia. Vosotros, hermanos míos, debeis imitar este exemplo. Quando por un efecto de compasion quereis remediar las necesidades de vuestros hermanos, disponed que vuestros hijos y domésticos sean los inmediatos dispensadores; y de esta suerte los ireis acostumbrando poco á poco á conocer sus obligaciones, y viendo por sí mismos las necesidades del pobre, tomarán interes en su socorro. Esta leccion es muy importante. Quando tenemos una idea vaga de las miserias, solo manifestamos una compasion estéril; pero quando nos acercamos á la habitacion del infeliz, y le vemos constituido en un estado deplorable, rodeado de hijos hambrientos

y desnudos, la naturaleza misma á vista de tales objetos nos mueve á compadecerlos.

Los discípulos cumpliendo con las órdenes de su Maestro distribuyéron el pan entre la gente, y asimismo unos pocos pececillos que tenían, y comieron y se hartaron, y alzaron de los pedazos que habian sobrado siete espuertas.

¿Será posible, hermanos míos, que al oír este prodigio nos llenemos de admiración, y no consideremos tantos otros que la Divina Providencia obra diariamente á nuestra vista? ¿Por ventura se necesita ménos poder y bondad para fertilizar nuestros campos, y para reproducir cada año los frutos que necesitamos, que para hartar tres mil hombres en un desierto? El grano de trigo que se deposita en la tierra, y produce ciento por uno; será ménos milagroso que estos siete panes que sacian el hambre de esta multitud? San Juan Chrisóstomo considerando los discursos de los hombres faltos de fe, decia á sus oyentes en una ocasion: vosotros miráis con envidia la felicidad de esos hombres que fuéron testigos de los mi-

lagros de Jesu-Christo, y quisierais haber vivido en aquellos felices tiempos en que el Señor daba tantas pruebas de su bondad. Algunas veces abandonais vuestras familias, pasais los mares, y emprendeis largos y penosos viages para visitar aquellos lugares en que se obraron tantos prodigios, y teneis la mayor satisfaccion quando os dicen: aquí curó un leproso: allí resucitó un muerto: en este lugar libró un endemoniado: en este camino recobró la vista un ciego; á la orilla de esta piscina dió la salud á un paralítico de treinta años: sobre esta montaña multiplicó los panes y satisfizo el hambre de un pueblo numeroso. Confieso, hermanos míos, que nó es facil visitar estos lugares que Dios hecho hombre honró con su presencia, sin que se llene el alma de un gozo indecible; pero consideremos que su poder y su misericordia no se limitó á aquellos tiempos; y sin buscar tan léjos unos prodigios de que ya no queda mas que la memoria, admiremos los que obra á nuestra vista, y solicitemos la curacion de nuestras propias enfermedades. Si teneis fe, lo conseguireis todo, hermanos míos.

¿Qué importa que el demonio os tenga presos con las fuertes cadenas del pecado, si Jesu-Christo tiene poder para romperlas? Si por desgracia estais ciegos, Jesu-Christo os alumbrará con la luz de la verdad mucho mas excelente sin duda, que la que recibió el ciego con tanto reconocimiento. Si vuestros crímenes os han quitado la vida del alma, la voz que en un día hará salir del sepulcro á tantos muertos, penetrará en vuestro corazon para resucitarle. Si el hambre espiritual os mortifica, no será ya un pan material el que multiplique para alimentaros, sino que se dará él mismo como un alimento incorruptible. El pan de los Angeles se multiplica diariamente sobre nuestros altares, y Jesu-Christo á la voz de los Sacerdotes se hace un alimento de nuestras almas. Comparad pues, hermanos míos, estos prodigios con los que el Divino Salvador obraba en los dias de su vida mortal, y reconocereis la distancia infinita que hay de unos á otros.

Esta es la exposicion mas sencilla que puedo hacer del Evangelio de este dia: medita sus conseqüencias. Si tene-

mos fe, recibiremos con reconocimiento los bienes que nos concede la Providencia, y con resignacion las aflicciones y las penas que nos envia: estudiaremos con toda atencion la conducta y los designios que tiene con nosotros: sabremos corresponder á sus cuidados con nuestra docilidad, la referiremos nuestros talentos y nuestras obras, como que es el principio y fin de todas las cosas; en fin esperaremos de Dios todos nuestros méritos y virtudes, como que es el origen de ellos en el tiempo, y que los ha de recompensar en la eternidad. Así sea.

DOMINGO VII.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS,
cap. 6. v. 19. 23.

Hermanos: Cosa humana os digo por la flaqueza de vuestra carne: que como para maldad ofrecisteis vuestros miembros, que sirviesen á la inmundicia, y á la iniquidad; así para santificacion ofreced ahora vuestros miembros, que sirvan á la justicia. Porque quando erais siervos del pecado, fuisteis libres de la justicia. ¿Y qué fruto tuvisteis entónces en aquellas cosas, de que ahora os avergonzais? Pues el fin de ellas es muerte. Mas ahora que estais libres del pecado, y que

despues de Pentecostes. 101

os habeis sido hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en santificacion, y por fin la vida eterna. Porque los wages del pecado son muerte: mas la gracia de Dios es vida perdurable en nuestro Señor Jesu-Christo.

INSTRUCCION.

Si los Ministros del Altar se afligen quando se ven obligados á reprehender á los pecadores sus desórdenes, tambien se llenan de consuelos, quando á imitacion del Apóstol con los fieles de la Iglesia de Roma, pueden decirles que ya no viven baxo la ley del pecado, y que la sinceridad de su penitencia y de su conversion ha suspendido la ira del Señor, y movido su misericordia.

Sin embargo estos consuelos, hermanos míos, no son muy frequentes, porque si bien procuramos con las palabras de Jesu-Christo y sus Apóstoles ordenar su vida, y sacarlos de los vicios donde se ven encenagados, no

por esto conseguimos el efecto. Pero á vista de esta indiferencia deberemos guardar silencio los Ministros de la palabra santa? Podremos verlos correr tras el crimen, y no detenerlos en la carrera? No, hermanos míos, los pecados de los hombres deben excitar nuestra conmiseracion: debemos proporcionar los consuelos á las necesidades, y si la llaga es profunda, el remedio debe ser activo y penetrante. El Apóstol con este fin nos presenta en la Epístola de este día verdades sumamente importantes, de que podremos deducir muchas conseqüencias para nuestro aprovechamiento: ellas se dirigen á reformar vuestra conducta, y por tanto debeis meditarlas con toda atencion.

Cosa humana os digo por la flaqueza de vuestra carne. Esta advertencia del Apóstol por donde empieza el detalle de una verdad, que siempre se oye con disgusto por los pecadores, y aun tambien por los justos, nos da una regla segura á los Ministros de la palabra santa, para tratar aquellas materias que pueden ofender en algun modo la delicadeza del espíritu y del corazón. Si por una

parte deben hablar siempre la verdad, y reprehender los vicios, ponderando las conseqüencias funestas que suelen producir, tambien deben hablar con discrecion para que no se ofendan ni se retraigan aquellos á quienes se quiere corregir. Pero esta leccion que nos da á los Ministros no habla tambien con vosotros, hermanos míos? En efecto, quando el Ministro habla es necesario en los oyentes, qualquiera que sea su clase, qualquiera que sean sus costumbres y talentos, una suma prudencia y discrecion para no escandalizarse del modo con que reprehende, teniendo presente que estamos obligados á proporcionar nuestras instrucciones al estado y capacidad de los oyentes. Quando hablamos con sabios, debemos usar expresiones decentes é ilustradas para que nos oigan con gusto. Esta misma conducta debemos tener con aquellas personas que dedicadas á la virtud, se presentan en nuestros templos á oír las instrucciones sagradas con el fin de conocer y temer las justicias de Dios, y afirmarse en sus caminos; pero quando hablamos con pecadores, y con gentes que no tienen los mayores alcances, debe-

mos expresarnos con energía y con términos acomodados á su capacidad; de manera que vengan en conocimiento de la gravedad de sus pecados. Las frases y los modos han de ser sencillos y claros, valiéndonos si puede ser de sus mismas locuciones para que así no les quede duda; pero siempre con el decoro y el respeto que se debe á la palabra de Dios y á su templo. Es decir en todo esto, que imitando á los Apóstoles, tenemos necesidad de contemplar la flaqueza de nuestra carne.

Después de este consejo establece el Apóstol una verdad aplicable á todas las circunstancias y á todos los estados. Como para maldad, dice, ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad; así para santificación ofreced ahora vuestros miembros que sirvan á la justicia. En efecto en todos los tiempos se ha considerado que la penitencia debe estar siempre en razon del crimen, y que por consecuencia se han de emplear para la reparacion los mismos medios que han servido para el mal. El Apóstol señala con particularidad el vicio vergonzoso de la impureza, porque en

el son los combates mas frecuentes, las victorias mas peligrosas, y la curacion mas difícil; pero tambien se vale de la palabra iniquidad para darnos á entender que igualmente comprehende todos los desórdenes de qualquier naturaleza que sean, y que no hay uno por el qual no estemos obligados á hacer una condigna penitencia.

Si por desgracia, hermanos míos, estais sumergidos en ese pecado que el Apóstol nombra siempre con repugnancia, y en el qual insistimos á nuestro pesar, observad con exâctitud el consejo que nos da en esta Epístola: como ofrecisteis los miembros para inmundicia, así para santificación ofreced ahora vuestros miembros que sirvan á la justicia.

Del abandono de esta obligacion nace, hermanos míos, la dificultad de romper con las malas costumbres. Muchos Christianos piensan que toda su conversion debe consistir en la cesacion del pecado, ó á lo mas, en la separacion de los objetos que le causaban; pero dónde estan esas obras de justicia que deben substituirse? ¿Qual es el tiempo que dan á la meditacion de la

ley de Dios para reparar los momentos que han sacrificado á peligrosas lecturas, á visitas sospechosas, á miradas atractivas, y á palabras poco decentes? ¿Por ventura pasan en el silencio algun tiempo, para expiar el escándalo de esas conversaciones inmodestas, donde se traga el veneno del crimen, donde se vierte con profusion en el seno mismo de la inocencia y del pudor? ¿En dónde estan esas obras de caridad para reparar esos gastos enormes que se han hecho en obsequio del ídolo de nuestro corazon, para manifestarle un amor que se fundaba sobre las qualidades mas detestables? ¿En dónde estan esas penitencias para castigar una carne siempre rebelde, cuyas inclinaciones no es fácil venter, si la mortificacion no las pone un freno? Hermanos míos, mientras que no acostumbréis vuestros miembros á servir á la justicia, se rebelarán continuamente, y se entregarán á la iniquidad con mas furor. La poca docilidad de los pecadores para reducir á práctica los medios que les insinuamos es la causa sin duda del corto número de conversiones.

El Apóstol no habla solamente del

vicio de la inmundicia, sino que tambien se extiende á toda suerte de iniquidad, cuyas obras deben repararse con otras del todo contrarias. El avaro que no sabe apagar la sed de las riquezas repartiéndolas entre los necesitados; el orgulloso que no se acostumbra á sufrir con paciencia las humillaciones que la Providencia le prepara; el maldiciente y el embustero que no se imponen la estrecha obligacion de guardar un silencio riguroso, y que no expian el abuso que han hecho de sus conversaciones, aun de aquellas que tenían por mas legítimas; el Cristiano entregado á la disipacion que no rectifica sus acciones, que huye de nuestras asambleas, y que frecuenta los espectáculos y las concurrencias profanas; todos estos no pueden prometerse una conversion sólida y verdadera, mediante que su corazon no está fortificado con los combates del enemigo, contra el qual no han tenido fuerzas bastantes: todos estos son del número de los que el Apóstol llama siervos del pecado, porque no han roto sus cadenas para someterse á la justicia. ¿Pero cuáles son los frutos que

tuvieron entonces en aquellas cosas de que ahora se avergüenzan? ¿El fin de ellas no es la muerte?

¿Qué inconsequencia, y qué contradicción, hermanos míos, la de los pecadores! Ellos practican lo mismo que desaprueban: se avergüenzan de las faltas que han cometido, y vuelven á cometerlas con tanta seguridad, como si les resultase algún beneficio. Si en sus espectáculos y en sus tertulias oyen decir que la ambición es la pasión de las almas grandes, y que la venganza tiene sus deleites, aplauden esta moral, y la siguen arrastrados del fuego de sus pasiones; pero sin embargo lloran la extravagancia de aquellos que pierden su vida siguiendo una quimera de grandeza; que arriesgan sus días por una falsa gloria; y que arruinan su salud en los banquetes, y en las concurrencias desarregladas.

Si vosotros, hermanos míos, habeis tenido la desgracia de entregaros á estas funestas pasiones, decidme: ¿qué ventaja habeis sacado? ¿por ventura gozasteis días mas largos, mas felices y tranquilos? ¿No os habeis avergonzado mas de una vez de haber sido ven-

tidos por las mismas tentaciones que mil veces os habiais prometido vencer?

¿Qué distinta es la suerte de los que sirven al Señor! ¿Qué satisfacción, hermanos míos, es el verse contados en el número de los siervos del mas grande, del mas poderoso y generoso de los Señores! ¿Qué consuelo tan dulce el de ver recompensadas con ventaja de ciento por uno las buenas obras, y que ellas sean la prenda de una vida eterna y gloriosa! Ahora que estais libres del pecado, dice el Apóstol, y que habeis sido hechos siervos de Dios, teneis vuestro fruto en santificación, y por fin la vida eterna. Pero siendo cierto que cada año nos acercamos mas al término, ¿lo es igualmente que cada obra nos da un nuevo derecho á la gloria de la eternidad? Responded á esta pregunta, Christianos, que vivis en un olvido casi habitual de Dios. ¿Habeis pasado muchos días empleados unicamente en su servicio? Entre todas las acciones de vuestra vida ¿habeis hecho algunas que sean dignas de referirse á su gloria, y á vuestro fin último?

No abandoneis tampoco esta consideracion, hermanos míos, vosotros

cuya vida parece mas regular y christiana. ¿Dios es el único objeto de vuestra atencion, y el único fin de vuestras acciones? ¿No reconocéis en vuestra piedad misma ciertos sentimientos inferiores de satisfaccion, ciertos motivos de respeto humano que contienen los progresos que deberiais hacer en el camino de la salvacion? Si consideraseis atentamente esta sentencia del Apóstol; á saber, que los gages del pecado son la muerte, sin duda que vuestras acciones serian mas christianas y mas santas; pero como por desgracia hemos nacido en el pecado, estamos sujetos á sufrir la pena que se le ha impuesto, y executando Dios la sentencia que dió á nuestros primeros padres, castiga el pecado que cometieron, y los que nosotros hemos añadido á esta primera prevaricacion. ¿No vemos todos los dias que la muerte detiene la carrera de infinitos pecadores que andaban por los caminos de la iniquidad? ¿No pierden su vida en el seno mismo de los placeres? ¿No destruye Dios sus proyectos quiméricos tal vez en el mismo instante que se gloriaban de conseguirlos? Quando mas encenagados estan en el

amor de sus riquezas, quando viven con mas tranquilidad en medio de la opulencia, quando inflado su corazon con la vanidad y el orgullo, levantan su cabeza para despreciar y oprimir al miserable; ¿no es entónces quando viene la muerte, y les corta los dias fatales que han empleado en tantos vicios? Ellos se rebelaban contra su Criador, y la naturaleza parece que les pagaba su altanería, dispensándoles todos sus favores; pero su soldada estaba reservada para otro tiempo: la muerte viene y les quita de entre las manos todo aquello que cautivaba su corazon. Así es como pagan esa secreta idolatría que los hacia tan culpables á los ojos de la Divinidad. Terribles gages, hermanos míos, pero nada son si se comparan con los que Dios les tiene reservados para toda una eternidad. Si la muerte temporal es el tributo que se nos ha impuesto por el pecado de nuestros primeros padres, la muerte eterna es propiamente el sueldo, y la satisfaccion de todo lo que debe Dios á su gloria, para vengarla de los ultrages del pecador. Pero, hermanos míos, apartemos ya la vista con el Apóstol de este horri-

ble sueldo, y digamos para consuelo nuestro, que hay otra paga y otra recompensa que debemos conseguir, y no podemos merecer por nosotros mismos, y es la gracia de Dios, que es vida perdurable en nuestro Señor Jesu-Christo. Esta recompensa debe ser el motivo poderoso para excitar nuestra emulacion. La codicia, quando mira á los objetos terrenos y perecederos, es un crimen; pero es una virtud quando se dirige á esta recompensa. La economía es sordida y miserable, quando solo procura juntar los bienes de la tierra; pero muy noble y generosa quando tiene por fin el adquirir este tesoro que está en los cielos. Pero, hermanos míos, para adquirir este tesoro es preciso desearlo. ¿Sabeis por ventura lo que es desear la vida eterna? ¡Ah, cuántos Christianos limitan sus deseos sobre esta materia á decir friamente: vénganos, Señor, el tu reyno, y sin embargo nada temen mas que el cumplimiento de esta oracion! Su constante amor á todas las cosas terrenas; el temor de la muerte, su impaciencia en las enfermedades de que se sirve Dios para darlos que merecer; su language, sus con-

versaciones, todas sus obras en general son tan poco dignas de la felicidad á que deben aspirar, que mas bien debe mirárseles como los ciudadanos de la tierra, que como los herederos del cielo.

¡Quando podré yo, Dios mio, de-
ciros con tanta verdad y eficacia como el Profeta: mi corazon y mi carne desfallecen hasta que llegue aquel día en que por vuestra infinita misericordia me lleveis á unirme con vos! Yo bien conozco, Señor, que mi corazon está agitado, y fuera de su centro quando está separado de vos; pero enseñadme los medios de arreglar esta agitacion, de caminar con firmeza por los senderos que nos dirigen á vuestra mansion celestial, y de alcanzar esa vida de que Jesu-Christo es el principio y el fin por los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,

cap. 7. v. 15. 21.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus
discípulos: Guardaos de los falsos
Prophetas, que vienen á vosotros
TOM. V. ✠

con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores; Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? Así todo árbol bueno lleva buenos frutos: y el mal árbol lleva malos frutos. No puede el árbol bueno llevar malos frutos: ni el árbol malo llevar buenos frutos. Todo árbol, que no lleva buen fruto, será cortado, y metido en el fuego. Así pues, por los frutos de ellos los conoceréis. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos.

INSTRUCCION.

¿Qué impresion harán, hermanos míos, sobre nosotros las palabras del Evangelio de este día? ¿Acaso excitarán un justo y saludable temor, ó reanimarán nuestra confianza? Por un lado veo á Jesu-Christo, que como un Pas-

tor caritativo y cuidadoso advierte á las ovejas los peligros que las amenazan, y los medios que han de tomar para precaverse de las asechanzas de los lobos robadores que andan á su alrededor para devorarlas; y por otro oigo las sentencias y maldiciones de este Juez inexorable contra el árbol infructuoso y estéril, de manera que si por una parte me asegura su misericordia, tambien sus juicios terribles me atemorizan y sobresaltan.

Jesu-Christo parece que queria inspirar á su pueblo en sus frecuentes instrucciones estos dos sentimientos, y los mismos quiere la Iglesia producir en nuestros corazones. El temor es un medio muy saludable para obrar la conversion; pero ésta no es perfecta quando no se acompaña de un amor filial. Por tanto, hermanos míos, corresponded á los designios de esta tierna Madre, excitando estos saludables sentimientos en vuestras almas, y aunque el temor y el amor parecen dos cosas tan opuestas, el Evangelio de este día nos enseñará el medio de conciliarlas. Para ello espero vuestra atencion.

¿Podia Jesu-Christo caracterizar me-

jor su amor y su bondad ácia nosotros, que comparándose á un pastor caritativo, y llamándonos las ovejas de sus pastos? No contiene esta idea todo el valor de sus misericordias? En efecto, hermanos míos, por esta causa se sirve con frecuencia en el santo Evangelio de esta parábola como la mas propia para figurarnos su amor, y en el día por una consecuencia de esta comparacion nos describe á los enemigos de nuestra fe, no solo como falsos Profetas, de quienes es preciso desconfiarse en un todo, sino tambien como lobos robadores que vienen cubiertos con la piel de ovejas, para sorprehendernos entre tanto que meditan interiormente los mas crueles designios contra el rebaño de Jesu-Christo.

Ya pues que este Divino Salvador nos manda guardarnos de estos falsos Profetas, corresponde poner la diligencia y el estudio necesario para saberlos discernir. Hay dos clases de Profetas falsos que afligen la Iglesia, que destruyen el rebaño de Jesu-Christo, y extienden el reyno de Satanás y del pecado. Los unos, enemigos de la doctrina del Evangelio, se dedican á turbar

y alterar nuestra fe; los otros, disgustados de sus máximas, trabajan quanto pueden para corromper nuestras costumbres: aquellos se introducen en las casas, y con sofismas y falsos discursos combaten los dogmas y los misterios mas esenciales de la religion: estos se insinuan en las concurrencias, y con todo género de personas, y baxo el pretexto de dar sal á las conversaciones, inspiran insensiblemente el disgusto, y el desprecio de la virtud. Los primeros se transforman algunas veces en Angeles de luz, y para dar mas crédito y autoridad á los errores que enseñan, se adornan con una austeridad de costumbres que les concilia el respeto y la atencion de quantos tratan: los últimos, para ocultar mejor las perversas disposiciones de su corazon, aparentan un cierto ayre de dulzura y de bondad que sorprende á todos, y borra qualquiera desconfianza que pudieran ocasionar sus discursos.

No sé ciertamente, hermanos míos, qual de estas dos clases de falsos Profetas hace mas daños á la religion de Jesu-Christo; pero sí puede asegurarse que los golpes que dan unos y otros son muy funestos, y que por tanto debe-

mos temerlos y detestarlos. Sin embargo, para daros algunas armas con que podais defenderos de estos seductores, os diré con relacion á los primeros que si quereis evitar las fatales impresiones de sus discursos, el mejor remedio es cerrar los oidos á todo lo que puede alterar el precioso depósito de la fe que habeis recibido en el bautismo. Ya que por medio de una santa educacion estais imbuidos de todos los misterios y dogmas de nuestra creencia, debeis conservarlos con toda fidelidad; y si alguno intentase entrar en discusiones sobre estas materias, y no podeis evitarlas, es necesario contradecirle con vigor para que no triunfen sus artificios, y arrastre tras de sí á los incautos y poco instruidos que le escuchan. De esta manera sabreis vencer esos seductores que atacan la doctrina de Jesu-Christo.

¿Pero habremos llegado á esos miserables y peligrosos tiempos que estaba previendo el Apóstol San Pablo quando escribía á su discípulo Timoteo? ¡Ah, hermanos míos, temamos á nuestro siglo que tanto abunda en esos hombres parecidos á los falsos Profetas de que hoy nos habla Jesu-Christo, los

quales baxo la apariencia de regularidad, de piedad y caridad ocultan las disposiciones mas criminales! Si, estos hombres que se introducen por todas partes son los emisarios de Satanás para hacer prosélitos. ¡Qué máximas tan peligrosas, qué libros tan impios! Ellos han sabido adquirir las gracias del estilo, y por este medio se grangean el crédito, y la opinion de sabios, haciéndose venerar como oráculos entre gentes que aman la libertad. De aquí proviene esa tendencia general que se observa al sistema de incredulidad, y por consecuencia el desprecio y la burla de nuestros dogmas y misterios.

¿Pero qué diré de esos seductores de las costumbres? ¡Ah! vivimos, hermanos míos, en un siglo en que se multiplican á cada paso, y por lo mismo debeis poner toda la diligencia posible para conocerlos. Estos perversos que han sofocado ya todos los remordimientos de su conciencia, trabajan para tranquilizaros y familiarizaros con el crimen, tratando de debilidad de espíritu la justa repugnancia que manifestais para imitarlos y seguirlos. Vereis á muchos de ellos que infestados de las máximas de-

testables de este siglo, procuran con mucho arte inspiraros el disgusto de las prácticas de la Religión, y que ridiculizan la santa severidad del Evangelio. Vereis otros que habiendo perdido su primera inocencia, os miran con envidia, porque la conservais, y que no estan satisfechos hasta que han conseguido alterarla y arrancarla de vuestras almas.

¡Oh, qué propio es el nombre de falsos Profetas que da Jesu-Christo á estos hombres! Ellos para introducirnos en los caminos de la iniquidad os prometen una paz que en realidad no existe sino en su imaginacion. Por consecuencia son Profetas del error, y vienen á la verdad cubiertos con la piel de ovejas. En efecto, se venderán por amigos vuestros, os hablarán un language de paz, la suavidad de su conversacion seducirá vuestros corazones, y disipará todas las dudas é inquietudes: tal será su arte y artificio en el trato, que no tendreis momentos mas preciosos que aquellos que paseis en su compañía; ¿pero son en la realidad tales como parecen exteriormente? Escuchad, hermanos míos, á Jesu-Christo: son por dentro lobos robadores, su lengua

es un dardo venenoso que emponzoña el corazon, de su boca sale un tósigo mortal, tanto mas funesto quanto es mas insensible. Así no debeis juzgarlos por la falsa seguridad que afectan. Si quereis conocerlos, exáminad las peligrosas máximas que inspiran sus conversaciones y sus discursos, y las funestas impresiones que producen sus exemplos. La pérdida total de la inocencia, el abandono general de todas las obligaciones, el disgusto de los exercicios, y prácticas de la religion, el desprecio de las verdades mas incontrastables, la muerte eterna del alma, estos son los frutos que llevan tales hombres, y por ellos podreis conocerlos, como dice el Salvador.

Quando parais, hermanos míos, la consideracion sobre vosotros mismos, ¿no teneis datos suficientes para comprobar esta verdad? ¿No habeis sido muchas veces víctimas desgraciadas de estos lobos robadores? Escuchad como se explica el Profeta en uno de sus Salmos, y aprendereis el modo de desvanecer sus esfuerzos. Señor, los impios me convidaron para entrar en su compañía, y me contaron sus fábulas; pero

comparando su doctrina y su conducta con vuestra ley, conocí la distancia que mediaba, y los detesté y arrojé de mi presencia.

En efecto, la compañía de los malos es siempre muy peligrosa. Jesu-Christo dice: ¿por ventura cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? Así todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos. No puede el árbol bueno llevar malos frutos: ni el árbol malo llevar buenos frutos.

Este lugar del Evangelio presenta á primera vista una dificultad que merece alguna consideracion; pero los Padres de la Iglesia la desvanecen explicándonos el sentido verdadero de esta parábola. Por una parte tomando estas palabras á la letra, parece que el Cristiano no puede perder su justicia, y por otra que no hay recurso para el pecador una vez que ha llegado á perder la gracia. Si el buen árbol no puede llevar malos frutos, ¿será verdad que el justo quando ha entrado en el camino de la virtud no está expuesto á mirar lo que dexa detras? Si el mal árbol no puede llevar buenos frutos, ¿no

podrá el pecador que ha perdido la gracia reconciliarse otra vez con su Dios?

Si tal fuese, hermanos míos, la doctrina de Jesu-Christo, el justo tendría sobrados motivos de presuncion, y el pecador llegaria á desesperarse; pero Jesu-Christo nos enseña, y la experiencia lo confirma, que muchas veces un árbol bueno degenera y pierde su fertilidad mientras que otro malo corresponde á los cuidados y afanes del labrador, llevando abundantes frutos. Es decir, que el justo disgustado muchas veces de la virtud, se introduce en los caminos del crimen, mientras que el pecador fatigado de la contradiccion que sostiene con su Dios, y de los peligros de que está rodeado, empieza á llevar dignos frutos de penitencia y salvacion. Aquel que una vez ha llegado á conseguir la gracia, debe siempre estar en desconfianza de su propia flaqueza para no caer. Hermanos míos, imploramos siempre al Señor, porque si retira su mano, bien pronto darémos una caída tanto mas terrible quanto mas nos hayamos elevado en gracias y virtudes; pero no por esto debeis perder el ánimo. Si estais oprimidos con la carga

del pecado, probad vuestras fuerzas para levantaros, llorad amargamente, é instadle con eficacia en el seguro de que vuestra conversion será bien recibida, y que conseguireis el perdon. Estos árboles, de quienes espera el Señor frutos abundantes, somos los Christianos; y en efecto el Profeta compara á los justos, á las palmas plantadas en su casa. Si el fruto designa la bondad y la calidad del árbol, ¿qué frutos habeis llevado hasta el día? ¿Quáles son las buenas obras que habeis hecho? ¿Caminais acaso por los senderos de la virtud? ¿Observais constantemente los preceptos de la ley? ¿Correspondéis con prontitud á los llamamientos de Dios? ¿Haceis el uso que corresponde de sus gracias? Si el Padre de familias viniese ahora á recoger los frutos, ¿nuestra esterilidad no excitaria su indignacion y su ira? Escuchad, pecadores, la sentencia que Jesu-Christo pronuncia. Todo árbol que no lleve buen fruto, será cortado y metido en el fuego.

Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo no solo juzga digno del fuego eterno el árbol que haya llevado malos frutos, ó el que no haya llevado nin-

guno, sino tambien el que no los haya llevado buenos y con abundancia. Temblemos al considerar estas palabras, en las cuales está confirmada aquella otra sentencia del santo Precursor. La segur está ya cerca de la raiz, y solo falta un golpe para derribarla. Hermanos míos, ¿quándo dará Dios este golpe al árbol estéril? Su sabiduría se ha reservado el conocimiento de este instante para estimularnos á vivir siempre prevenidos. ¿Serémos tan insensatos como otros muchos que viven en el pecado? ¿La robustez de nuestro temperamento podrá defendernos? ¿No viene la muerte y atropella con todos de qualquiera clase y condicion que sean? ¿No mueren los viejos como los niños y los mozos? ¿Hay algun poder que pueda resistir este golpe? Ricos y poderosos de la tierra, ¿de qué sirven esas riquezas? ¿Podeis con ellas rescatar el tributo de la muerte? Orgullosos que insultabais al Señor negando su misma existencia, ¿podeis libraros ahora de su mano? Pero Christianos, quando Jesu-Christo venga para juzgarnos, ¿qué podremos responderle? ¿Aguardarémos esta hora para practicar las virtudes? No, im-

porta poco el llamarle, porque ya se acabó entónçes el tiempo de merecer. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reyno de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reyno de los cielos.

Meditemos, hermanos míos, estas palabras por un momento para deducir las conseqüencias que contienen, y escuchemos como las explica San Ambrosio, porque las reflexiones de este santo Doctor nos demostrarán de lleno esta verdad. El pecador en el último día, dice este Padre, querrá dirigirse á Dios é implorar su misericordia, y valiéndose de las palabras de los justos, le dirá: Señor, Señor, yo soy la obra de vuestras manos, y no podeis desconocer vuestra imágen. Vos me habeis sacado de la nada, y no he vivido sino por un efecto de vuestra misericordia; me habeis rescatado con vuestra preciosa sangre, y por tantos títulos debo precisamente ser vuestro. ¿Pero qué responderá Jesu-Christo? Ah, temblemos, hermanos míos, al considerar los tremendos cargos que ha de hacernos! Os lisongeaís, nos dirá, de ser míos; pe-

ro durante vuestra vida habeis sido esclavos de vuestras pasiones, habeis obedecido la ley de vuestros miembros, os habeis sometido á la carne y á la sangre. Miserables, ¿ignorabais en esos fatales días que el menor pecado insultaba mi soberana Magestad, y que yo era el Dios de toda pureza? Os lisongeaís de ser míos; pero habeis vivido despreciando las leyes de la justicia, haciendo una ley de vuestros intereses é inclinaciones, y usurpando los bienes del próximo. ¿Ignorais que yo aborrezco la iniquidad, y los latrocinios, porque soy el Dios de toda justicia? Os lisongeaís de ser del número de mis siervos, pero la ira turbaba vuestra razon, las animosidades, los resentimientos y las envidias reynaban sucesivamente en vosotros, y mortificabais con un trato duro y cruel á todos los que tenían la desgracia de vivir baxo vuestra dependencia. ¿Habeis olvidado que yo detesto la ira y las discordias, porque soy el Dios de la paz? Apartaos de mí, porque no quiero tener á mi vista tales siervos que vienen á ofrecerme su corazon despues de haber prodigado sus servicios, su tiempo y sus talentos al mundo, y á

sus propios apetitos. ¡Ah, qué tiempo este tan calamitoso, dice el Padre San Ambrosio! Entónces las pasiones se reunirán al rededor del pecador, y le dirán alternativamente, tú eres mio. El demonio mismo, gloriándose de su conquista alegará tambien sus derechos á la propiedad de este miserable, y dirá este es todo mio, porque ha inclinado la rodilla delante de mí, y ha llevado con mucho gusto el yugo que he querido imponerle.

¿Quién será pues el que tenga derecho de entrar en la heredad de Jesu-Christo? El Profeta le hacia esta misma pregunta al Señor, y el espíritu de Dios le hizo saber que su reyno seria la herencia de todos aquellos cuyas manos fuesen puras é inocentes, y de limpio corazon. Jesu-Christo en el Evangelio de hoy nos dice tambien: que el que hace la voluntad de su Padre que está en los cielos, ese entrará en el reyno de los cielos.

La posesion del reyno celestial depende en efecto, hermanos mios, de nuestra fidelidad y de la observancia exacta de la ley del Señor. Esta voluntad está bastante conocida. El Apóstol

San Juan nos dice: que sus mandamientos no son gravosos, y por tanto debemos con nuestras obras manifestarnos dignos ciudadanos del cielo: llevemos frutos que nos merezcan la gracia de ser contados en el número de aquellos árboles, cuya cosecha se ha reservado el Padre de Familias. Esta es la consecuencia mas útil que podemos sacar de nuestro Evangelio.

Permitidme, hermanos mios, que para concluir este discurso os refiera otra parábola que tiene mucha relacion con la que acabo de exponer. Un hombre, dice Jesu-Christo, tenia una higuera plantada en su viña, y fué á buscar fruto en ella, y no le halló. Y dixo al que labraba la viña: mira, tres años ha que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo: córtala pues: ¿para qué ha de ocupar aun la tierra? Mas él respondió, y le dixo: Señor, déxala aun este año, y la cabaré al rededor, y le echaré estiércol; y si con esto diere fruto: y si no, la cortarás despues.

¿Qué impresion hace sobre vosotros, hermanos mios, esta parábola? ¿No sois esta higuera infructuosa que ocu-

¿para inútilmente un lugar en el campo del Padre de Familias? ¿No sereis dignos de que el Señor manifieste toda su ira y la mande cortar? En este caso ¿no tendreis necesidad de que Jesu-Christo y sus Ministros procuren tem-plarle para que la dexé otro año?

Dios mio, confieso que hasta el dia han sido muy abundantes vuestras gra-cias sobre nosotros, y que nos habeis concedido todos los bienes de que ne-cesitabamos para llevar frutos de justi-cia; pero cansado de nuestra esterili-dad, estais resuelto á arrancarnos de una tierra, donde ocupamos un lu-gar tan inútil. Señor, dignaos suspen-der las venganzas: vuestros Ministros redoblan su atencion y su cuidado, y vuestros escogidos interceden por no-sotros con oraciones fervorosas, ablan-dad, Señor, vuestra ira, y dadnos gracia para que no queden inútiles tantos re-cursos: colmadnos de bendiciones en el tiempo, y haced que llevemos abun-dantes frutos para la eternidad. Así sea.

DOMINGO VIII.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS,
cap. 8. v. 12. 17.

Hermanos: Somos deudores no á la carne, para que vivamos segun la carne. Porque si viviereis segun la carne, morireis: mas si por el espíritu hiciereis morir los hechos de la carne, vivireis. Porque todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios. Porque no habeis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habeis reci-bido el espíritu de adopcion de hi-jos, por el qual clamamos: Abba, Padre. Porque el mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu, que somos hijos de Dios. Y si hijos, tam-

bien herederos : herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Christo : pero si podemos con él, para que seamos tambien glorificados con él.

INSTRUCCION.

Para que el Christiano cumpla con fidelidad todo lo que el Apóstol exige en la Epistola de este día, debe, hermanos míos, conocer, estimar y honrar la dignidad de su carácter : debe estudiar la causa por qué tiene el nombre precioso de hijo de Dios : debe tomar la instrucción competente de los derechos que le da esta prerogativa, y penetrarse de las obligaciones que se le imponen. Si estudia la naturaleza de este título, verá que no hay una nobleza en el mundo que pueda corresponder á la antigüedad del nombre Christiano, porque Jesu-Christo nuestro xefe es eterno como Dios. Si se instruye de los derechos que le corresponden por este título, sabrá que un Christiano es un hijo de Dios, y que como tal goza

del privilegio de ser heredero de Dios mismo, y coheredero de Jesu-Christo; pero tambien para que no sean estériles é infructuosos este título y estos derechos, corresponde que por su parte cumpla con toda exáctitud las obligaciones que se le imponen : que tenga siempre á la vista el respeto y la veneración que debe á la santidad de este nombre, y que se conforme en todas sus acciones y sentimientos con la vida de Jesu-Christo, el primogénito de los hijos de Dios, su xefe y su modelo. Si un Christiano llegase, hermanos míos, á penetrarse de estas verdades, y obrase segun las luces que la fe le presenta, correspondría sin duda al grande título con que le ha honrado la gracia. Pedid por tanto al Espíritu de Dios que os comunique el don de inteligencia, y os dé fuerzas para practicar la virtud.

El Apóstol se sirve hoy para persuadir y convertir á los pecadores de un razonamiento muy sencillo, pero verdadero, el qual sin duda produciría sobre sus almas las impresiones mas vivas si el encanto de las pasiones no les cegase su corazon. En este razona-

miento nos demuestra que la esclavitud del pecado es la mas injusta, la mas trabajosa y peligrosa de las esclavitudes, quando el servicio del Señor es el mas racional, el mas dulce y ventajoso. Somos deudores, dice: no á la carne para que vivamos segun la carne. Es decir, la carne no tiene derecho alguno sobre nuestro corazon: nuestros bienes, ya sean espirituales ya temporales, no provienen de semejante principio. Si la carne produce en nosotros algun efecto, solo es el de las molestias y las inquietudes que nos fatigan, las enfermedades que nos afligen, las necesidades que nos atormentan, y las miserias que nos humillan. Estos son los efectos que puede producir la carne, y por tanto si ella toma el ascendiente sobre nuestro corazon es contra toda justicia.

Preguntemos ahora á los pecadores si estan persuadidos como deben de que la carne no tiene derecho para mandar á su voluntad, y si estan convencidos de que no puede cedérsele este imperio sin humillarse y degradar su razon. Este lenguaje será para muchos una piadosa exâgeracion, y una inven-

cion sugerida por una devocion indiscreta: para otros será una verdad, pero infinitamente ménos sensible que las pasiones que dominan su corazon, y así la carne tendrá siempre el mismo número de esclavos. Los apetitos desarreglados serán escuchados siempre, y seguidos por el mayor número. El mundo estará siempre lleno de esos hombres de carne y de sangre que refieren á una felicidad temporal todos sus pensamientos y sus deseos, y que buscan con todo cuidado aquello que puede lisonjear mas su sentido. Así el luxo, los gastos excesivos, la suntuosidad de las mesas, el regalo y el placer, los pasatiempos, las diversiones, los trages y todo lo que tiene por objeto este cuerpo perecedero, será preferido siempre por los ricos, los grandes y los felices del siglo; y en los estados mas ínfimos y abatidos, la embriaguez, la glotoneria, la intemperancia, las pasiones mas picantes, y los desórdenes mas vergonzosos tendrán el lugar de ese refinamiento de placer que no es compatible con su pobreza. Si decis á todos estos Christianos que no son deudores á la carne, y que no estan

obligados á vivir segun sus derechos, os responderán á lo ménos con su conducta, que no hay una obligacion entre todas que les parezca mas estrecha, y que se observe con mas fidelidad y exâctitud.

Pero ya que no se dexan convencer de esta reflexion, tal vez la siguiente correrá con mas fortuna. Si viviereis segun la carne, morireis. Es decir, una vez que esten satisfechos los deseos de la carne, serán para vosotros una semilla de muerte, un gérmen de destruccion, y un motivo de perdicion eterna. Sin embargo este peligro tan real, tan terrible y tan cierto no suele ser considerado por la mayor parte de los pecadores, y de consiguiente no hace impresion alguna sobre sus almas. Con todo, esta verdad ha poblado los claustrós y los desiertos, ha preparado los corazones mas depravados para una feliz mudanza, y ha conducido á la perfecta justicia á muchas almas que caminaban con seguridad por los caminos de la perdicion. ¡Felices tiempos, hermanos míos! Entónces la fe era sencilla, entónces los sistemas, los errores y los razonamientos capciosos no habian cer-

rado la entrada á la verdad, la qual conservaba sus derechos esenciales sobre el corazon; pero ahora nos consternamos sobre manera quando tenemos que anunciar la muerte á los Christianos. Este me responde, todo acaba conmigo: quando vuelva á la nada de donde salí, habré concluido mi carrera, á manera de las bestias que con su muerte acababan sus trabajos, su esperanza y su felicidad. Aquel me dice: nadie ha vuelto de la otra vida para decirme lo que pasa en ella, el tiempo presente está destinado para gozar, y el mismo Ser Supremo que nos ha creado, no quiere sin duda inquietarnos por lo por venir quando nos oculta este misterio. Otro me arguye, que hablando tantas veces de muerte, de eternidad y de castigos, hago una injuria notable á la Divinidad, porque la supongo contra sus criaturas designios de crueldad, que no puede tener en manera alguna: que si existe un Dios le importan poco nuestras acciones, y que por otra parte no tiene necesidad para ser feliz, ni de nosotros, ni de nuestras adoraciones. Estos son, hermanos míos, los argumentos capciosos de los libertinos, pe-

ro su conciencia ¿está por ventura de acuerdo con todos estos sistemas? Esos hombres orgullosos que los adoptan y los propagan, ¿podrán asegurarme que su corazón no reclama y contradice unos principios tan peligrosos? ¿Qué fácil es quando se vive en el seno de los placeres, quando se mira á la muerte de lejos, quando se goza de la felicidad; qué fácil es, repito, ostentar un ayro de tranquilidad y de paz! Entonces si la verdad quiere levantar el grito, la salen las pasiones al encuentro, y la imponen silencio; ¿pero es tan fácil mantener esta serenidad quando viene la muerte, quando la eternidad se acerca? Entonces las pasiones callan, y la verdad recobra sus derechos. En aquel tiempo no necesitamos decir al pecador, morirás, porque él se lo dice á sí mismo, y de una manera algunas veces tan terrible que produce la desesperacion, quedando inútiles para remediarla nuestros consejos y exhortaciones.

¿Quánto mas provechoso es, hermanos míos, el consejo siguiente del Apóstol: mas si por el espíritu hiciereis morir los hechos de la carne, vi-

vireis! Debemos pues, Christianos, considerarnos deudores al espíritu, y obligados á seguir sus leyes. ¿Qué uso mas noble podemos hacer de la razon? Qué feliz es el Christiano que se dice á sí mismo: todo quanto yo poseo en el orden de la naturaleza y de la gracia proviene de ese espíritu eterno, inmenso ó infinito: mi alma es una emanacion de la divinidad: espero de este Espíritu soberano todo lo que puede hacer mi vida presente santa, inócete y justa, y la futura eternamente feliz: qualquiera otra ley que la suya es una tiranía; qualquiera otro yugo es una esclavitud insoportable. ¿Qué bajeza si me sujeto á otro Señor! pero si somos movidos por el espíritu de Dios, los tales somos hijos de Dios. ¿Hay algun título entre todos que sea mas precioso? ¿No deberé renunciar el imperio de las pasiones y de la esclavitud de la carne? ¿No podré decir con un Santo que si mi fidelidad en honrar á Dios, y obedecerle es una esclavitud, es ella quien me honra, pues que me vale una corona? No habiendo recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, ¿podrémos

llamar esclavitud á los vínculos que nos unen con nuestro Dios? ; No hemos recibido el espíritu de adopcion de hijos para clamar llenos de confianza, Abba, Padre? ; No se nos diga no, que nuestro Dios es un ser cruel y sanguinario que se complace en la destruccion de sus criaturas, porque si así fuese, y quisiese tratarnos como enemigos, no nos permitiría llamarle Padre. Es verdad que castiga y deshereda al hijo indócil, pero tambien protege al humilde; y por tanto el Apóstol San Pablo no tiene por hijos de Dios sino á los que obran segun su espíritu: los otros lo son por una adopcion, que si se desprecia, se hace infructuosa y los conduce á la muerte eterna. Dios ha querido dar valor á esta adopcion por medio de una conversion y penitencia verdadera; pero mientras que se conduzcan por el espíritu del siglo, ó por el suyo propio, el nombre de padre en su boca es una especie de blasfemia si no se acompaña con el dolor de haber faltado á las obligaciones que les imponia este título.

Los Christianos fieles gozan desde luego, hermanos míos, de muy altas

preeminencias, porque el mismo espíritu da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Este testimonio consiste en la unción que les comunica. Un Christiano fiel gusta de esta unción en la oracion, porque conoce que el espíritu de Dios es quien forma los gemidos de su alma, y quien le hace desear y pedir el bien: gusta de esta unción en las aflicciones, porque el espíritu de Dios le hace conocer su utilidad, santificar su duracion, y preveer los inconvenientes y las consecuencias que pueden traerle: gusta de esta unción en la tentacion, porque el Espíritu Santo le inspira el valor, la inteligencia y la fuerza que se necesita para inutilizar los ataques del enemigo. Este Espíritu es quien le mantiene en esa humildad, en esa desconfianza, en esa vigilancia que le aseguran la victoria. Estas son, hermanos míos, las ventajas que nos proporciona el título de hijos de Dios; pero si este título es el mas consolador, y el mayor de todos nuestros recursos para la vida presente, tambien es para la vida futura la prenda cierta de derechos mas preciosos todavía. Si hijos, concluye el Após-

tambien herederos : herederos verdaderamente de Dios y coherederos de Christo. ¿Será exágeracion la comparacion que hace de nuestros derechos con los de Jesu-Christo mismo? El es por esencia el Hijo eterno del Padre, y tambien el heredero; ¿pero nosotros somos hijos del Altísimo solo por una participacion de su naturaleza divina, y tendremos segun esto igual derecho á los bienes eternos?

Hermanos míos, el Apóstol habla segun el Profeta, el qual anunciaba al justo en el nombre de Dios, que si perseveraba en la justicia le manifestaría todo el bien que es la herencia de Jesu-Christo. El Apóstol habla segun Jesu-Christo mismo, que aseguraba á sus discipulos que mientras estuviesen unidos con él por medio de la fidelidad y de la caridad, tendrian los mismos derechos y la misma herencia, porque no pide á su Padre otra cosa, que el estar reunido con ellos, como la cabeza á los miembros, y que tambien ellos lo estuviesen con él de la misma manera. El Apóstol habla segun su propia experiencia, porque habiendo sido arrebatado al tercer cielo, supo secre-

tos que no le es permitido al hombre revelar; pero hoy nos comunica algunos rayos de esta luz inefable, quando nos dice: que, si hijos tambien herederos, y á fin de que esta verdad tan gloriosa y consoladora no infla nuestro corazon, añade las condiciones con que se nos concede esta herencia diciendo: si padecemos con él, para que seamos tambien glorificados con él.

¿Sabeis, hermanos míos, lo que es padecer con Jesu-Christo? ¿conocéis toda la extension de esta obligacion? no es la misma que el Apóstol prescribia á los fieles de Epheso, quando les decía que se penetrásen de los mismos sentimientos de que Jesu-Christo estaba penetrado? Un Christiano que padece con Jesu-Christo considera como él la causa y el efecto de sus tormentos. En sus aflicciones ve el castigo del pecado, en sus trabajos el remedio y el preservativo del pecado, y en sus amarguras la felicidad eterna. Todas estas consideraciones producen en él la dulzura de Jesu-Christo, la paciencia de Jesu-Christo, la humildad de Jesu-Christo. Entonces sufre verdaderamente con Jesu-Christo, no solo por la union de sen-

timientos, sino todavía mas por la pro-
teccion que le dispensa, la qual le sos-
tiene, le anima, le consuela, le recom-
pensa de todo lo que padece, y le de-
xa entreveer, para darle ánimo, una glo-
ria que no se adquiere sino por los do-
lores; pero que no tiene proporcion
con ellos mismos por la inmensidad de
los consuelos que encierra.

Vivid por tanto persuadidos, her-
manos míos, que el carácter de hijos
de Dios es un carácter de paciencia y
de dulzura: que en la tierra solo pue-
den mirar como suyos los tormentos:
que su derecho para la vida futura de-
pende esencialmente de las tribulacio-
nes de la vida, y que no hay nadie en
este mundo de quien no pueda decirse
como de Jesu-Christo: convino que
padeçiese para que así entrase en la
gloria.

Dios mio, haced que esta conside-
racion suavice nuestras amarguras: in-
fluid en nuestro corazón para que nues-
tras disposiciones se conformen en to-
do con las de Jesu-Christo nuestra ca-
beza; y haced que esta conformidad se
perfeccione en nosotros en el tiempo
por la gracia, y llegue á consumarse

despues de Pentecostes. 145
por la bienaventuranza en la gloria.
Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 16. v. 1. 9.

En aquellos dias decia Jesu-Christo
á sus discípulos: Habia un hombre
rico, que tenia un mayordomo: y
este fué acusado delante de él, co-
mo dissipador de sus bienes. Y le
llamó, y le dixo: ¿Qué es esto,
que oigo decir de tí? da cuenta de
tu mayordomía: porque ya no po-
drás ser mi mayordomo. Entón-
ces el mayordomo dixo entre sí:
¿Qué haré, porque mi señor me qui-
ta la mayordomía? Cavar no pue-
do, de mendigar tengo vergüenza.
Yo sé lo que he de hacer, para que
quando fuere removido de la ma-
yordomía, me reciban en sus ca-
sas. Llamó pues á cada uno de los
deudores de su señor, y dixo al
primero: ¿Cuánto debes á mi se-
ñor? Y este le respondió: Cien bar-
riles de aceyte. Y le dixo: Toma
TOM. V. K

tu escritura: y siéntate luego, y escribe cincuenta. Despues dixo á otro: ¿Y tú cuánto debes? Y él respondió: Cien coros de trigo. El dixo: Toma tu vale, y escribe ochenta. Y loó el Señor al mayordomo infiel, porque lo hizo cuerdamente: porque los hijos de este siglo mas sabios son en su generacion, que los hijos de la luz. Y yo os digo: Que os ganeis amigos de las riquezas de iniquidad: para que quando falleciereis, os reciban en las eternas moradas.

INSTRUCCION.

Podrémos reflexionar, hermanos míos, sobre la brevedad de nuestra vida, sobre la severidad de los juicios de Dios, sobre la incertidumbre de nuestro fin último, y no penetrarnos del temor mas vivo? Que teniendo señalado el tiempo de nuestra administracion, é ignorando la hora y el momento en que debe citarnos el Señor á juicio para

pedirnos cuenta de los bienes que nos ha confiado, estamos tranquilos! Tanta es nuestra ceguedad, Christianos. Este momento está quizá muy cerca: quando estemos mas serenos y seguros al parecer, entónces vendrán á llamarnos de parte del juez. Meditando, hermanos míos, estas ideas, nos llenariamos sin duda de consternacion y de tristeza, si la religion por otra parte no nos enseñase á sacar conseqüencias saludables de verdades tan terribles.

Uno de los Padres de la Iglesia que se ha dedicado mas particularmente á meditar esta triste incertidumbre, nos da un consejo sin duda de mucha importancia. Os affigis, nos dice, por no saber el momento en que debe acabar vuestra vida: temeis que este dia os sorprenda en el tiempo mas peligroso, y quando esteis mas encenagados en el vicio: ¿quereis evitar todos estos temores? Pues prevenid este dia con la vigilancia y las buenas obras: vivid como si cada momento fuese el último de vuestra vida. Si en efecto, hermanos míos, tomasemos esta precaucion, viviríamos mas tranquilos, y evitariamos las desgracias que de otro modo nos han

de sobrevenir. Este solo motivo bastaria para romper las cadenas de nuestras costumbres criminales. ¿Acaso podrá el hombre vivir en el pecado pensando tranquilamente en la incertidumbre de la última hora? Si las almas generosas manifiestan tanta intrepidez en los peligros que amenazan á sus próximos, y en aquellos que corren sus intereses temporales, ¿no es una ceguedad criminal pensar á sangre fria que la muerte nos amenaza á cada momento, que sobrecoje al impío en el instante ménos esperado, y que Dios castiga muchas veces con una muerte repentina una penitencia que se dilataba de dia en dia? Esta es una consecuencia que Jesu-Christo nos presenta en el Evangelio de hoy: meditemos por tanto las instrucciones que nos da en él, y pidamos la gracia que se necesita para reducir las á práctica.

Quando Jesu-Christo, hermanos míos, proponia al pueblo una de aquellas verdades fundamentales, cuya inteligencia podia conducirles para entender el conocimiento de las verdades de la salvacion, se la presentaba baxo diferentes parábolas dirigidas todas

al mismo fin. Unas veces les representa el reyno de Dios baxo la figura de las vírgenes sabias que velan mientras que las fatuas duermen y dexan apagar sus lámparas esperando al esposo: otras baxo la de unos siervos activos y laboriosos que trabajan quanto pueden para hacerle producir al talento que les confia, mientras que el perezoso se está en inaccion: en otras ocasiones como una viña que el padre de familias manda cultivar con todo cuidado, y que á pesar de sus precauciones se queda infructuosa y estéril: ya como un campo en que produce la semilla pero con desigualdad; y hoy como un mayordomo á quien su Señor pide cuentas de su administracion.

Habia un hombre rico, dice Jesu-Christo. Dios, hermanos míos, es este hombre rico de quien nos habla el Evangelio. En efecto; quién puedo igualarle en riquezas? El posee todos los tesoros de la naturaleza y los bienes de la gracia, los cuales dispensa segun sus miras, los distribuye segun sus designios, y no hay un don perfecto que no tenga aqui su origen.

Es rico en sabiduría, y todos sus

pensamientos abundan en equidad y justicia. Sus consejos son infinitamente superiores á nuestra débil razon: dirige y arregla á este basto universo, y lo mantiene en un orden constante á pesar de todos los esfuerzos caprichosos de los hombres para destruirlo: solo el pecado parece que causa algun trastorno en este orden admirable; pero este mismo pecado entra en sus altos designios, y saca de él su gloria sin autorizarlo. Finalmente no es ménos rico en sabiduría quando tolera y conserva al pecador para manifestar su paciencia, que quando le castiga para satisfacer su justicia.

Es rico en misericordias, y tanto que excede sobre manera la enormidad y la muchedumbre de nuestros pecados: ni lo irritan los desprecios, ni le desanima nuestra resistencia á sus llamamientos. El socorre nuestras necesidades, alivia nuestros males, y se complace en perdonarlos. Solo su justicia, aunque tan inmutable y esencial como los demas atributos, parece que reconoce algunos límites, quando está tan tarde para castigarnos. Esta es la idea que debemos formarnos de la riqueza del

Dios á quien servimos.

Este hombre tenia un mayordomo, prosigue el Evangelio. Si Dios, hermanos míos, es este rico, nosotros por consecuencia somos cada uno en nuestro estado los depositarios y los económicos de los bienes que pone en nuestras manos para hacerlos producir ó convertirlos en los fines á que los destina; y por tanto nos tomará muy estrecha cuenta para saber si hemos desempeñado nuestro encargo.

Tened siempre presente, Christianos, que vuestras virtudes, vuestros bienes y talentos de qualquier naturaleza que sean no son propiamente vuestros, y que no teneis libertad para disponer de ellos segun os acomode, ni facultad para convertirlos en malos usos, alimentando por este medio ese criminal orgullo que tanta influencia tiene sobre los miserables; ni para guardarlos á pretexto de una economía sordida, ó de un temor paco. Solo teneis en propiedad la miseria y la desnudez que traxisteis al nacer. Todo lo habeis recibido de la mano liberal del Señor. Infelices de vosotros si desconoceis tantos beneficios, ó abusais de los dones y

de las gracias de Dios.

¡ Ah, si entrase yo ahora en discusión con vosotros sobre el uso que habeis hecho de la gracia ! ¿ pero qué diré, si examinase mi propio corazón ? Entremos, hermanos míos, dentro de nosotros para reconocer si dispensamos con fidelidad los bienes temporales que la Providencia nos confía. Sabed que si sois mas ricos y felices que los otros, es para que seais mas compasivos y sensibles ; ¡ pero qué disgusto el vuestro quando os decimos que no sois los propietarios y dueños de todos esos bienes de que os gozáis ; quando os probamos que solo debeis tomar lo que sea necesario para vuestro uso, y que el resto es un depósito puesto en vuestras manos para trasladarlo á las del pobre ; quando os demostramos con los padres de la vida espiritual que todo aquello que no sirve para atender á las necesidades indispensables de la vida, debe considerarse como superfluo, y como una usurpación de los bienes ajenos ! ¿ Qué sobresaltos los vuestros quando reflexioneis sobre el empleo de las riquezas ! ¿ No penetrará los cielos el grito del pobre acusándoos de haber

disipado el patrimonio del Padre común ? ¿ Qué responderéis ante el tribunal de la justicia divina á los cargos de tantos infelices que tal vez han perecido por un efecto de vuestra dureza é insensibilidad ? ¿ Acaso podreis excusaros de dar la cuenta ?

El mayordomo de este hombre rico, dice Jesu-Christo, fué acusado delante de él como disipador de sus bienes : las acusaciones eran tales que exigian toda su atención ; pero deseando que él mismo confesase su delito, le llamó, y le dixo : ¿ qué es esto que oigo decir de tí ? da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mi mayordomo.

Digna ciertamente es de compasion la suerte de este desgraciado ; pero consideremos, hermanos míos, la nuestra, ya que Jesu-Christo se vale de esta parábola para hacernos mas fieles. En efecto si el Señor entrase hoy en cuenta con vosotros ¿ podríais esperar que os tratase con ménos severidad ? Al cabo de tantos años de vida ¿ contais acaso muchos en la justicia y en el temor del Señor ? ¿ cuántas son las empresas y los sucesos que habeis referido á su

gloria? ¿han fructificado en vuestros corazones tantos socorros y tantas gracias como os ha dispensado por un efecto de su bondad? Ya que su misericordia os ha enviado tantos trabajos para probar vuestra resignacion y paciencia, ¿habeis sabido corresponder á todos estos medios de salud? Exáminaos seriamente, hermanos míos, y dad cuenta desde ahora de vuestra administracion con aquella sinceridad que debereis mostrar en el juicio final.

Jóvenes que me escucháis, ¿qué uso habeis hecho de los primeros instantes de vuestra razon? ¿habeis empleado los primeros años en el estudio de la ley de Dios? ¿Os habeis inclinado desde entónces á la virtud? ¿las gracias que el Señor os ha dispensado desde la infancia han fructificado en vuestros corazones?

Padres y madres, considerad la estrecha cuenta que habeis de dar de vuestras familias. Ya que Dios se ha dignado daros hijos, ¿los habeis criado en su servicio y en su amor? ¿sabeis que eran suyos ántes que vuestros? ¿habeis dispuesto de su destino segun las miras de vuestra ambicion y vuestro or-

gullo? ¿habeis procurado formar sus corazones en la virtud desde sus mas tiernos años? ¿ha sido Jesu-Christo el norte que les habeis propuesto? ¿les habeis enseñado que los bienes de la gracia merecen con preferencia su atencion y sus cuidados? ¿habeis procurado que vuestros exemplos y discursos sean tales que no puedan avergonzarse de oirlos y de imitarlos? Esta es la materia de vuestro juicio.

Pero no perdais de vista esta cuenta, vírgenes christianas: exáminad si habeis conservado vuestro corazon libre de todos los afectos terrenos: si el depósito precioso de vuestra inocencia ha sido defendido con todo vigor de los ataques seductores de los placeres: exáminad en fin si vuestras conversaciones han degradado la opinion del próximo, y si todas vuestras acciones en general han correspondido al espíritu de piedad y de caridad que pretendéis seguir.

¿Qué respondereis, pobres de Jesu-Christo, quando determine Dios pedirlos cuenta? Dios no ha querido por un efecto de su sabiduria concederos esos bienes que ha depositado en otras

manos; pero esta pobreza misma es una prueba de la atencion que tiene sobre vosotros: ¿habeis sacado algun partido de este estado? ¿no ha sido por el contrario el objeto de vuestras murmuraciones, la ocasion de vuestros excesos y crímenes? ¿No habeis mirado la pobreza como una ignominia? ¿No teneis en el fondo de vuestro corazon una secreta envidia á todos los que parecen mas felices que vosotros? Meditad pues sobre todo esto, porque esta será la materia de vuestra cuenta.

Vosotros, hermanos míos, que cargados con el peso de los años estais esperando la hora en que el Señor debe llamaros á su juicio, considerad que teneis que dar cuenta de una larga y difícil administracion: ¿qué uso habeis hecho de todos los dones de Dios, y sobre todo de ese número de dias y de años que se han acumulado sobre vuestras cabezas? ¿No habeis cometido mil faltas por ignorancia, por flaqueza y por malicia? ¿Habeis cumplido vuestras obligaciones con la exáctitud correspondiente? ¿Habeis criado á vuestros hijos en el santo temor de

Dios? ¿Habeis manifestado aquel zelo propio de un Christiano por su honra y su gloria? ¿Os habeis ocupado en santos ejercicios y obras de piedad? ¡Ah, qué cargos tan terribles, hermanos míos! Pero ello es cierto que habeis disipado el tiempo, que los placeres han llevado vuestra atencion, y que el respeto humano os ha hecho cometer mil abusos. Temblad, pues, y ordenad para en adelante vuestra vida.

¿Por ventura estaré yo libre de dar tambien esta cuenta? ¡Ah! la santidad de mi estado, la importancia de mis obligaciones, y quizá la muchedumbre de mis pecados y descuidos harán esta cuenta mas estrecha y severa. Por tanto pidamos todos juntos con el Profeta que el Señor no entre en juicio con nosotros, ó á lo ménos que espere hasta que esten expiadas nuestras culpas. ¿Pero de qué medio podremos valernos para conseguir la misericordia? Jesu-Christo nos le suministra en el exemplo de este mayordomo infiel: escuchadle.

Este hombre se siente todo turbado á la vista de los cargos que le hace su Señor, y entonces dixo entre sí: ¿qué

haré, porque mi Señor me quita la mayordomía? Esta parábola manifiesta, hermanos míos, toda nuestra impotencia y debilidad. Si de quando en quando entrásemos dentro de nosotros para hacernos esta pregunta, me parece que los peligros que nos amenazan, la indigencia que nos oprime, y las miserias que nos rodean nos llenarian de la mayor confusion y abatimiento. Si los pecadores se convenciesen de que las promesas mas sinceras, las resoluciones mas firmes y las precauciones mas sabias son armas muy débiles contra una pasion imperiosa y una costumbre inveterada; que la mayor parte de sus proyectos no dura mas que la ocasion que los produce si no estan sostenidos por la gracia; entrarian dentro de sí para preguntarse, ¿qué haré yo si el Señor me rehusa los socorros, y retira de mí su proteccion y su gracia?

Este mayordomo, no atreviéndose ya á contar con la bondad de su Señor, concibe muy de ante mano todo el horror de la fatal miseria que está expuesto á padecer; y en este conflicto procura buscar recursos para salir de tan

infeliz estado: la razon y la necesidad le ofrecen dos muy poderosos; pero el orgullo y la pereza le salen al encuentro para que no los adopte. Aplicándose al trabajo podia muy bien aliviar su indigencia; pero poco acostumbrado á comer el pan bañado con el sudor de su rostro, no puede resolverse á ello, y así dice: cabar no puedo; pero á lo ménos presentándose á las almas compasivas, podrá interesarlas en su desgracia y excitar su conmiseracion. Sin embargo como considera que para esto seria preciso confesar su falta, tampoco puede avenirse á adoptar este arbitrio, y así dice: de mendigar tengo vergüenza. Por tanto con todo el conocimiento de su estado, y con medios positivos y eficaces para aliviarlo, se mantiene en su miseria porque no quiere emprenderlos. Christianos cobardes y perezosos, ¿no es este vuestro retrato? Los Ministros depositarios de vuestros pecados ¿no son testigos muchas veces de semejantes irresoluciones? ¿Quién os detiene para convertirlos á Dios, ya que tanto tiempo hace teneis la desgracia de estar separados de él por el pecado? ¿Ignorais

el deplorable estado de vuestras almas? ¿Acaso vuestras inclinaciones al mal son ménos violentas? Pero si hemos de daros crédito, jamas el objeto de vuestras pasiones os ha parecido mas digno de desprecio. ¿Será que no conoceis todavía el valor de la virtud, y la necesidad de la gracia que habeis perdido? Pero yo os veo envidiar la suerte de esas almas fieles que solo viven para Dios. Y despues de tan felices disposiciones; podeis permanecer en el estado del pecado? Lo repiro, hermanos míos, ¿quién puede retardar vuestra conversion? No es difícil no, comprender las causas. Un Ministro ilustrado exige de vosotros ciertos pasos que pudieran comprometer y ofender vuestro amor propio: él os impone ejercicios á que no se acomoda vuestra sensualidad y delicadeza: él os prescribe penitencias incompatibles con vuestro orgullo: en una palabra, vuestro corazon quisiera gustar las delicias de la conversion sin pasar por las amarguras y los rigores de la penitencia. ¿Será posible que el Señor agradezca semejantes disposiciones, y os dispense su gracia? No, no es posible; pero quando el do-

lor sea mas sincero, y tomeis sobre vosotros los medios de reparar la miseria que os oprime; entónces sereis los objetos de su benevolencia y su atencion: entónces alabará vuestra prudencia, y os propondrá por modelo á todos los que hayan disipado igualmente sus bienes. Así el Señor loó al mayordomo infiel, porque lo hizo cuerdaamente.

Si las palabras de Jesu-Christo se tomasen á la letra, nos ofrecerian una grande dificultad las del presente Evangelio. Este mayordomo infiel llama á los deudores de su Señor, y se sirve de los bienes que ha adquirido por medios tan injustos para grangearse amigos, que le reciban y socórran en su desgracia. Para este fin falsifica sus obligaciones, paga una parte de sus deudas con los mismos caudales de su Señor, y comete una injusticia mayor todavía que la que había cometido usurpándole los bienes. Jesu-Christo, hermanos míos, no pretende con esta parábola autorizar las ganancias ilícitas, ó el mal uso que se hace de los fondos que se depositan en nuestras manos. Los Padres de la Iglesia nos advierten que

Jesu-Christo no aprueba los medios criminales de que se vale este ecónomo, sino la industria que se los inspira; y así no le llama hombre fiel, sino hombre inteligente y cuerdo. Por tanto le pone en el número de los hijos de las tinieblas, y proponiendo su exemplo á los hijos de la luz, les advierte que sean prudentes, activos y zelosos por los bienes que les ha prometido, y que usen en alguna manera para con Dios de un santo artificio, á fin de conseguir sus favores, acordándose que si en el orden temporal esta conducta logra tan felices sucesos, los conseguirá sin duda mayores en el orden espiritual. Los hijos, dice Jesu-Christo, de este siglo mas sabios son en su generacion que los hijos de la luz.

Temamos, hermanos míos, no ser del número de los hijos de la luz. ¿Sufrirémos que los hijos de las tinieblas nos excedan en inteligencia y en sabiduría? Os quejais frecuentemente de que la moral del santo Evangelio es muy severa: que se necesitan muchos esfuerzos para llevar la cruz, para mortificar los sentidos y cumplir la ley del Señor; y que el camino de los esco-

gidos es tan escabroso y estrecho, que apenas se puede andar por él; pero decidme, ¿las sendas que conducen á la fortuna son ménos escabrosas? ¿El servicio de los hombres es mas facil? ¿El mundo es un señor ménos imperioso? No salga, hermanos míos, jamas esta comparacion de vuestra boca.

Pero me direis: ¿qué deberemos hacer para obrar nuestra salvacion? Hermanos, se requiere una recta voluntad, un corazon sincero, una humilde desconfianza de sí mismo, un zelo ardiente por la gloria de Dios: en una palabra, una aplicacion que corresponda á la grandeza del negocio que tenemos entre manos, y una diligencia igual á la que mostramos en las cosas que nos interesan. El Evangelio no condena el zelo legitimo que manifestais para adquirir y defender vuestros intereses personales, porque es muy justo que el hombre procure aprovechar y dar valor á los recursos que le ofrece la Providencia, y aumentar los talentos que su sabiduría le confia. Lo que reprueba es que siendo tan insaciables de los bienes de este mundo, seais tan indiferentes y frios para los bienes eternos: que

debiendo ocupar Dios todo vuestro corazon, se vea dividido y aun cautivo entre una multitud de objetos indignos de un Christiano; que observando con toda exâctitud todos los usos y costumbres que prescribe el mundo y el bien parecer, no deis ni siquiera una hora á los exercicios de piedad; y finalmente que siendo tan inteligentes y sabios para las obras de las tinieblas, seais tan estúpidos é ignorantes para las virtudes.

Trabajad pues, hermanos míos, pero trabajad para el cielo, y amontonad tesoros que no puedan corroer ni consumir el orin y la polilla. Jesu-Christo concluye este Evangelio con un consejo de mucho consuelo para los ricos y los pobres, porque prueba su atencion sobre unos y otros, y les da derecho para pretender una misma felicidad: os digo que os ganeis amigos de las riquezas de iniquidad, para que quando falleciereis os reciban en las eternas moradas.

Esta circunstancia, hermanos míos, es casi la única en que el Evangelio dexa entrever á los ricos los medios de santificacion. Si la Providencia os ha

concedido bienes temporales, procurad que no sirvan á la sensualidad y á los placeres, porque este uso es muy peligroso, y los perdereis para siempre. Si quereis sacar el provecho que corresponde, depositadlos en el seno del pobre. Entre vuestras manos son fondos muertos é inútiles, y entre las suyas darán fruto á ciento por uno.

He dicho que este consejo de Jesu-Christo es de mucho consuelo tambien para los pobres. Vosotros sois en la tierra el deshecho de las criaturas si se juzga de vuestro estado, por la estimacion que hacen de él los grandes de la tierra y los poderosos del siglo; pero si teneis confianza y paciencia, tendreis un medio suficiente para vengaros del desprecio de los hombres. Considerad que está reservado para vosotros un reyno donde solo Reynan la justicia, la abundancia y la paz: en este reyno teneis destinadas las primeras sillas, y seréis, por decirlo así, los dueños de los favores de vuestro Dios, y los conductos por donde los comunique á las criaturas. Entónces gozareis una vida mucho mas excelente que la de los poderosos del siglo. Felices pues aquellos

que en vuestro estado han sabido hacerse un mérito de sus trabajos y miserias, y felices tambien los ricos que en el estado de opulencia han amontonado tesoros por medio de sus limosnas. Jesu-Christo prepara su gloria para los que lleven su cruz, y por las manos y la oracion del pobre dará entrada a los ricos en sus tabernáculos eternos. Así sea.

DOMINGO IX.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS
Cap. 10. V. 1. 13.

Hermanos : No quiero que ignoreis, que nuestros padres estuviéron todos debaxo de la nube, y todos pasaron la mar, y todos fuéron bautizados en Moysés, en la nube, y en la mar : Y todos comiéron una misma vianda espiritual, y todos, bebiéron una misma bebida espiritual : (porque bebían de una piedra espiritual, que los iba siguiendo : y la piedra era Christo). Mas de muchos de ellos Dios no se agradó : por lo qual fuéron postrados en

el desierto. Mas estas cosas fuéron hechas en figura de nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos las codiciaron. Ni os hagais idólatras, como algunos de ellos: conforme está escrito: Se sentó el pueblo á comer y á beber, y se levantáron á jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicáron, y murieron en un dia veinte y tres mil. Ni tentemos á Christo, como algunos de ellos lo tentáron, y fuéron muertos por las serpientes. Ni murmuréis como mururáron algunos de ellos, y los mató el exterminador. Todas estas cosas les acontecian á ellos en figura: mas fuéron escritas para escarmiento de nosotros, en quienes los fines de los siglos han llegado. Y así el que piensa, que está en pie, mire no cayga. No os tome tentacion sino humana: mas fiel es Dios, que no permitirá, que seais tentados mas allá de vuestras fuerzas: ántes hará que saqueis provecho de la misma tentacion, para que podais perseverar.

INSTRUCCION.

Al paso que la Epístola de este dia nos presenta una de aquellas verdades mas consoladoras de nuestra santa religion, el Apóstol deduce la consecuencia mas terrible. Es constante que la ley de los Judios no fué otra cosa que una disposicion para la ley de gracia. Ellos encontraban en todas las circunstancias de su vida, en todas sus peregrinaciones y sucesos, y en todos los milagros que obraba Dios en su favor, la sombra del establecimiento de nuestra religion santa, y las señales que caracterizaban su nacimiento, y los progresos y prodigios de misericordia que reservaba Dios para la ley del amor y de la gracia. Un Christiano instruido en la historia de este pueblo encuentra tambien á cada paso una señal sensible de los altos designios de su Dios; pero la infidelidad y los pecados frecuentes de la mas indócil é ingrata de las naciones ofrece á su consideracion una muestra de los castigos terribles del mas jus-

to y poderoso de los Reyes. Por tanto, hermanos míos, si la atención de Dios sobre el pueblo Christiano nos llena de tanto consuelo y confianza, ¿podremos desconocer su justicia contra los infieles que desprecian su clemencia y ultrajan su bondad?

Sigamos pues al Apóstol en la comparación que nos hace de las figuras del antiguo testamento con los sucesos del nuevo: de los pecados del pueblo de Dios con los de la mayor parte de los Christianos, y de los castigos que dió á Israel, con los que tiene reservados á los que deshonoran con sus obras esta qualidad augusta de hijos suyos.

Las primeras palabras de esta Epístola nos dan la idea de una verdad muy importante: no quiero que ignoreis, dice el Apóstol, que nuestros padres estuvieron todos debaxo de la nube, y todos pasaron la mar. En efecto, si estudiásemos atentamente, hermanos míos, en las divinas Escrituras los rasgos de sabiduría, de providencia, de justicia y misericordia que manifestó Dios de una manera tan milagrosa; no llegaríamos á olvidarle con tanta facilidad, ni murmuráramos de sus designios,

ni blasfemaríamos de sus misterios, ni seríamos tan insensibles á sus amenazas y promesas. Por tanto conviene meditar estos libros sagrados, porque ellos sin duda estan escritos para nuestra instrucción, á fin de que adoremos y reconozcamos la conducta admirable del Señor.

Nuestros padres estuvieron todos baxo la nube, pasaron el mar Roxo, y recibieron un género de bautismo que baxo la conducta de Moysés les daba el derecho de comer una misma vianda, y beber una misma bebida; pero esta bebida y esta vianda, que segun la letra solo eran un alimento común y ordinario, segun el espíritu presagiaban los consuelos que Jesu-Christo reservaba para su Iglesia. Esta piedra de donde bebían los Judios, como tambien todos los demas medios que Dios empleaba para la salud, la protección y el consuelo de este pueblo, eran la figura de Jesu-Christo. La nube obscura para los Egipcios, y luminosa para los Israelitas figuraba su Evangelio: el mar Roxo que ofrece un libre paso al pueblo Judío que iba huyendo de la esclavitud, figuraba la gracia santifican-

te que nos protege y salva en el bautismo por la virtud de la sangre de Jesu-Christo. La vianda, la bebida y todo lo que Dios destinaba para la subsistencia de este pueblo, no era sino una sombra de la mesa deliciosa del altar que Jesu-Christo ha establecido en su Iglesia, donde se come un alimento incorruptible, cuyo efecto debe durar hasta la eternidad; y se bebe una bebida que apaga enteramente la sed. Sobre todo Moysés, este siervo fiel, este conductor valeroso del pueblo Judío, este hombre el mas pacífico y dulce de los hombres, segun el testimonio de la divina Escritura, y el mas zeloso por la gloria de su Dios; este hombre que para salvar á Israel atrae sobre sí el anatema y el furor de este mismo pueblo, á quien hace tantos beneficios, tiene la semejanza mas perfecta con Jesu-Christo que solo viene para hacer la voluntad del Padre que está en los cielos: que no se atribuye otras qualidades, ni otros títulos, ni otras virtudes que las de la paz y la humildad: que muestra por la ley de su Dios un zelo que le devora, y que muere al fin sobre el calvario cargado de los pecados

del pueblo. En efecto, no hay una mayor semejanza, y así el Apóstol nos demuestra que todos estos pasages estan escritos para nuestra instruccion. Tambien estan escritos para nuestro consuelo, porque vemos en ellos que el amor de Dios por nosotros excede sobre manera á su amor por el pueblo de Israel, y que nuestros misterios han triunfado sobre las figuras que los anunciaban. Estan escritos para nuestra edificacion, porque en la descripcion de estas figuras con su cumplimiento encontramos los motivos de nuestra fidelidad y de nuestro amor. Estan escritos para nuestra correccion, y quizá para nuestra condenacion, porque los castigos que Dios fulminó contra su pueblo son la figura de los que reserva á los pecadores; así como los prodigios que hizo en su favor lo son de los milagros que obra entre nosotros. Por esta causa el Apóstol en la continuacion de esta Epistola contrapone los desórdenes á que se abandonó el pueblo Judío en diferentes épocas con los castigos que experimentó.

De muchos de ellos, dice el Apóstol, Dios no se agradó: por lo qual fuéron

postrados en el desierto. Por esto ni el título de pueblo de Dios, ni los prodigios obrados en favor suyo, ni los nombres de Abraham, Isaac y de Jacob, ni las continuas oraciones de Moysés fuéron motivos bastante poderosos para substraerlos de la justicia de un Dios tan inmutable en su ira como en sus misericordias. El nombre de Christiano, la sangre de Jesu-Christo, los méritos habituales, su perpetuo sacrificio, y tantos otros medios eficacísimos para con Dios serán tambien impotentes para dexar impune al pecador; y el Señor en el día de sus venganzas hará el discernimiento del Christiano orgulloso que insulta su justicia, y del fiel que implora su misericordia.

Mas todas estas cosas, prosigue el Apóstol, fuéron hechas en figura de nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos las codiciaron. El Apóstol empieza este detalle por los pecados del corazon. Dios castiga en Israel hasta la memoria que conservaban los Judíos del Egipto; hasta el desprecio y el descontento exterior que experimentaban de los pecados que cometieron ántes de introdu-

cirlos en la tierra de promision. Si con tanta rectitud trataba á un pueblo carnal, para quien era una recompensa la posesion de los bienes de este mundo, á quien no le estaba prohibido amarlos y procurarlos: ¿quál será su atencion y su solicitud para investigar y escudriñar los pensamientos, las inclinaciones y los deseos de un Christiano? ¿Con qué severidad no castigará á todos los que, segun la expresion del Apóstol, tienen su corazon lleno de iniquidad, de rapiñas, de adulterios, y de tantos otros delitos? Esos miserables hipócritas que con un exterior tan virtuoso tienen su alma tan llagada ¿no sufrirán castigos eternos?

Pero si así prohíbe Dios los simples deseos, ¿quánto mas las acciones que en sí mismas llevan un carácter de reprobacion? No os hagáis idólatras, dice San Pablo, como algunos de ellos. En efecto los Judíos, á exemplo de las Naciones sus vecinas, se postraban delante de unos ídolos mudos é insensibles, adoraban á Baal, y á Moloch, y acostumbrados así á la idolatría, trabajaban con sus propias manos los vasos de oro para que sirviesen á su culto, con desprecio y abandono del verdadero Dios.

El avaro que junta y guarda sus riquezas, el ambicioso que aspira á los mayores puestos, el hombre sensual que procura satisfacer sus detestables apetitos, el colérico que solicita poner en execucion sus resentimientos y venganzas, el mentiroso, el perjuro, el destructor, el hipócrita, todos estos se forman de sus vicios otras tantas divinidades á quienes adoran y consultan con imprudente preferencia á la ley de Dios. Temamos, hermanos míos, porque de nosotros puede sin duda decirse lo que está escrito del pueblo Judío: se sentó á comer y á beber, y se levantaron á jugar. ¿No se ve en efecto en su conducta una vida animal y carnal que lo refiere todo á sus sentidos, y nada á Dios de quien proviene todo el bien? ¿Este pueblo no es la figura mas sensible del mayor número de Christianos ocupados siempre en la vida presente, refiriendo todos sus cuidados á procurarse una suerte feliz, y prefiriendo sus placeres y su reposo á las obligaciones y respetos que deben á su Dios? De aquí se derramaban los Judíos en toda suerte de excesos. Ni forniquemos como algunos de ellos fornicáron, y mu-

riéron en un dia veinte y tres mil. Pero nosotros, hermanos míos, ¿no los imitamos? Este pecado vergonzoso que el Apóstol ni aun quisiera que se nombrase entre los Christianos, ¿no se multiplica con increíble celeridad? ¿No se ha llevado en estos dias á un punto de delicadeza y refinamiento que debe ciertamente avergonzarnos? ¿Se reconoce alguna vislumbre de pudor en esta época triste? ¿Los mismos padres no sacrifican, con harto dolor de las personas piadosas y castas, los frutos de sus entrañas? ¿No se hace gala de la sensualidad, de los trages indecentes, de los fatales lazos que las gentes del mundo arman á la juventud? No tentemos tampoco á Christo como algunos de ellos lo tentaron, y fuéron muertos por las serpientes. La Providencia se dexa sentir, hermanos míos, con tantos beneficios como nos procura; pero sin embargo no confiamos jamas en sus cuidados paternales, ni la referimos nuestros sucesos, ni contamos mas que con nuestra propia industria. Si un Angel del cielo baxase para acallar las murmuraciones y confundir á los murmuradores, ¿no debería exterminar un gran número de

reconocioses siquiera en este tu día, lo que puede traherte la paz! mas ahora está encubierto de tus ojos. Por que vendrán días contra tí, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes: Y te derribarán en tierra, y á tus hijos, que están dentro de tí, y no dexarán en tí piedra sobre piedra: por quanto no conociste el tiempo de tu visitacion. Y habiendo entrado en el templo, comenzó á echar fuera á todos los que vendian, y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: Mi casa, casa de oracion es. Mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones. Y cada día enseñaba en el templo.

INSTRUCCION.

El Dios que los Profetas habian pintado como un cordero mudo baxo la tixera del esquilador, y como un hombre pacífico que no rompería la caña quebrantada: el Dios que Zacarías miraba como un Rey lleno de dulzura

y clemencia para regir y gobernar su pueblo, hoy se ve despreciado, perseguido y ultrajado; y sin embargo solo manifiesta á sus enemigos los testimonios de la mayor ternura y bondad. Jerusalem le desconoce, y solo piensa en los medios de perderle; y á pesar de sus pérdidas maquinaciones y malos deseos se interesa por su salud, y vierte lágrimas amargas para demostrar la parte que toma en su suerte.

Esta circunstancia, hermanos míos, de la vida de Jesu-Christo es una de las mas interesantes para nuestro aprovechamiento. El hombre Dios llora sobre Jerusalem, y profetiza los días tristes que vendrán sobre esta ciudad ingrata y desconocida á los beneficios que habia recibido. ¿Pero no hay dentro de nosotros otra Jerusalem que sacaría las lágrimas del Salvador si todavía viviese? ¿No hemos desconocido como ella la voz de nuestro Dios que nos convidaba á la reforma de la vida, á la conversion y la penitencia? En vez de corresponder á invitaciones tan tiernas, no nos hemos obstinado en el crimen? ¿No hemos renovado quanto ha estado de nuestra parte las llagas de un Dios que ha-

Christianos que jamas viven tranquilos en el estado que el Señor les ha puesto, que se quejan de sus disposiciones, y no se conforman con las miras de su sabiduría?

Concluyamos, hermanos míos, diciendo con el Apóstol, que todas estas cosas acontecieron á los Judíos en figura, mas fuéron escritas para escarmiento de nosotros en quienes los fines de los siglos han llegado. Y así el que piensa que está en pie mire no caiga. Por tanto velemos para que no nos tome tentacion sino humana, esto es ligera, de la que nadie se libra. Los peligros y riesgos de la vida son muy freqüentes y terribles, y como nuestra naturaleza es tan flaca, debemos cuidar sobre manera de no caer en los lazos que se nos arman por todas partes.

En estos casos recurramos á Dios, que no permitirá que seamos tentados mas allá de nuestras fuerzas. En este Señor y Salvador nuestro es donde debéis, hermanos míos, poner toda vuestra confianza. Si los trabajos os parecen insufribles, si no encontráis consuelo alguno, ni una mano generosa que os levante de la triste situacion en que os hallais, no por esto debéis perder

la esperanza, ni pensar que al cabo dominarán los males sobre vosotros. El poder y la fuerza que Dios concede al enemigo siempre es inferior á la que pone en nuestra mano, quando solicitamos su misericordia con humildad, é imploramos sus auxilios con aquella confianza propia de un hijo con su padre. Entónces hará que saqueis provecho de la misma tentacion para que podais perseverar.

Dios mio, dadnos estas fuerzas para vencer tantas tentaciones como nos presentan nuestros enemigos: inspiradnos el conocimiento de sus artificios y sus lazos: fortaleced nuestra esperanza; y de esta manera conseguiremos la victoria, y por ella una corona inmortal en la eternidad.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,

cap. 19. v. 41. 47.

En aquel tiempo: Quando llegó Jesus cerca de Jerusalem, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡ Ah si tú

bia venido para salvarnos? Voy á presentaros en este breve discurso los motivos que tuvo nuestro Salvador para llorar; y espero que fixando en ellos vuestra consideracion, sacareis el fruto de que son susceptibles. Prestadme atencion.

Jesu-Christo se acercaba á Jerusalem pocos dias ántes de la última Pascua que debía celebrar con sus Apóstoles, y por consecuencia del grande sacrificio que debía consumir en medio de su nacion por la salud de todos los hombres. El estaba intimamente instruido de las intrigas de los Príncipes y Sacerdotes, y de las juntas que tenian para perderle. Sabia los medios indignos de que se valdrian para apoderarse de su persona, y con este conocimiento habia hablado ya á sus discipulos de este suceso en términos tan claros y precisos que no les podía quedar la menor duda. Sin embargo se acerca á Jerusalem, y apenas descubre los edificios de esta soberbia ciudad, quando se conmueve y se derrama en abundantes lágrimas. Pero ántes de tratar de los motivos que excitáron tan amargo dolor, me detendré un momento para consi-

derar que si estas lágrimas que hoy vierte Jesu-Christo llevan consigo la justificacion y la santificacion, tambien condenan la mayor parte de las que derramais en la vida. Llorais por la muerte de un amigo, de un esposo, de un padre, de un hijo, y de las personas de quienes dependia vuestra subsistencia. Llorais porque algun indiscreto descubre ciertos defectos que teniais ocultos de donde procede vuestro descrédito, y tal vez la desgracia con aquellos que pudieran valerlos en vuestras pretensiones. Llorais porque vuestro enemigo es mas afortunado, y porque su prudencia inutiliza los esfuerzos que haciais para sacrificarle. Llorais porque perdeis los bienes en que cifrabais toda la esperanza, y porque os despojan de un empleo con cuyas rentas os prometiais pasar una vida mas cómoda y tranquila. Llorais porque el ídolo de vuestros amores comete alguna infidelidad, y porque á pesar de los mayores esfuerzos no podeis aseguraros de su corazon. Llorais, en fin, porque no gozais de todos los placeres de la vida, y por los desayres que recibis algunas veces de las personas á quienes ofreceis vuestros incien-

sos. Todas estas lágrimas las reprueba Jesu-Christo, porque no proceden sino de motivos humanos, de la envidia, de los zelos, de la ira, del orgullo, y de todos los otros vicios á quienes no podeis servir como quisierais.

Jesu-Christo llora sin faltar á la justicia: sus lágrimas no son lágrimas de venganza y de furor, y aunque pudiera lanzar el rayo de su ira contra un pueblo tan ingrato, y renir contra él todos los anatemas que el Profeta habia predicho; quiere conservar hasta el último momento el espíritu de dulzura y de paz que le distinguió en la tierra, y así lo manifiestan las palabras de que se sirve para expresar el exceso de su tristeza y las disposiciones de su corazón. Ciudad desgraciada, la dice, ¡ah!, si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que puede traerte la paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos, porque te ofuscas, y desconoces las gracias que te se ofrecen, y los peligros que te amenazan.

No lloremos, hermanos míos, inutilmente sobre Jerusalem, sino antes bien examinemos la causa de su ceguedad; instruyámonos con su exemplo,

y apliquemos las palabras de Jesu-Christo á esas almas que á fuerza de familiarizarse con el crimen ya no sienten los remordimientos de su conciencia, ni escuchan los llamamientos de la gracia, ni hacen caso de las amenazas. Si por desgracia alguno de vosotros tiene su corazón tan endurecido, le repetiré las palabras que decia Jesu-Christo á Jerusalem. Hermano mio, si en este instante que te hablo pudieras entrar á recorrer los senos de tu alma, y considerar los recursos que has tenido para salir del pecado; si pudieras decirte á tí mismo que este tu día puede traerte la paz; si supieras que tal vez el de mañana será el del Señor, que en él ostentará su justicia y sus venganzas, y que ya en aquel tiempo no podrás hacer penitencia, ni mover su misericordia; sin duda te aprovecharias de estos cortos momentos para no tentar en adelante la paciencia de tu Dios. Si tus costumbres inveteradas, si el exceso de tus desórdenes te detienen, te desalientan, te diré con Jesu-Christo: este día puede traerte la paz: este día te solicitará la gracia. Por qué causa, ya que Dios se muestra tan sensible, ya que tiene so-

bre tí designios tan favorables, por qué rehusas corresponder á sus miras? Corre, échate á sus pies, y alcanza el perdón.

Jesu-Christo no se contenta con reprehender á Jerusalem su insensibilidad, sino que tambien la amenaza con males espantosos, y capaces por sí mismos de hacerla conocer todo el peso de su iniquidad, si su ceguera no llegara á su colmo. Vendrán dias, la dice, contra tí, en que tus enemigos te cercarán con trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra, y á tus hijos que estan dentro de tí, y no dexarán en tí piedra sobre piedra. ¿Qué predicciones tan tristes, hermanos míos! ¿Sabeis que la ruina de Jerusalem y la dispersion de sus habitantes verificarán muy pronto este oráculo divino? Pero temblaríais si hiciese el detalle de las desgracias que Dios traxo sobre esta ciudad para vengar la muerte de su Hijo. Desde luego empezaron á divulgarse funestos presagios que infundieron la consternacion en todos los espíritus. Despues se dividió el pueblo en diferentes facciones, y se cometieron los

excesos mas vergonzosos, las injusticias y las crueldades mas horribles. Las guerras civiles despedazaron esta ciudad infame aun ántes que los enemigos viniesen sobre ella. Sin embargo estas eran débiles señales de las desgracias que iban á sufrir. Los exércitos Romanos la cercan y tan estrechamente que no pueden recibir socorro alguno. Entónces el hambre devora sus entrañas, y los mas fuertes se valen de su poder para arrancar de la mano de los débiles los alimentos que se habian reservado: la abominacion se introduce en el templo: ya no se escucha la voz de la naturaleza: las madres hambrientas sofocan el grito de la sangre y de la humanidad, y se alimentan con la carne de aquel que han llevado por un tiempo en su seno: algunos soldados estimulados de la avaricia y del hambre se pasan al campo de los Romanos, despues de haberse tragado todo el oro que tenían en sus casas, y Dios que con mano fuerte persigue y castiga á este pueblo sacrilego, permite que descubierto su artificio sea causa de la muerte de estos desertores por la codicia del soldado que busca los tesoros hasta en sus entrañas. Tales son

los efectos que produce el hambre que se ven precisados á alimentarse y comer sus mismos calzados, y los animales mas inmundos. En otros tiempos de calamidad se habian visto en Israel armarse el hermano contra el hermano; pero habia quedado siempre en el corazon de las madres aquella sensibilidad natural que no pueden despojarse sino renunciando á la naturaleza y á la humanidad; pero aquí ahora se traspan todas las leyes, y solo se procura satisfacer la urgente necesidad. Desde los tiempos del Profeta Eliseo no habia producido esta tierra desgraciada crímenes tan horrosos como los que se viéron en este instante de desolacion. Roma sabidora de tales sucesos se consterna: Tito General de los Romanos informado de esta barbarie, derrama copiosas y amargas lágrimas; todo su campo testigo de tantos desastres se penetra de horror. Solo Jerusalem se mantiene insensible, y perece en su ceguera. Hermanos míos, estos son hechos que los historiadores fieles nos han transmitido como los monumentos mas terribles de la venganza de un Dios contra los asesinos de su Hijo. ¡Ah! si ellos hubieran

conocido el tiempo de su visitacion, no hubieran experimentado sin duda tan horribles desgracias! Temed, Christianos, que aunque sois los hijos muy queridos del Dios que desconoció Israel, no estareis libres de su cólera, si le desconoceis quando viene entre vosotros. ¿Pero no le habeis desconocido ya mas de una vez? Dios os visita con las afficciones, y le desconoceis con la murmuracion y la impaciencia. Los trabajos de esta vida son muchas veces los primeros recursos que emplea para convertirnos; pero si resistis la mano que os hiere; si buscáis en las criaturas los consuelos, lejos de conseguirlos, vereis que se multiplican las penas y las desgracias; ¿pero qué extraño si habeis desconocido á Dios en el tiempo que se dignaba visitaros?

En Dios visita al pecador con la ignominia que lleva consigo su mismo pecado, y con remordimientos crueles que despedazan su corazon: le visita con los santos pensamientos que le inspira, con los avisos que le da, con los exemplos que le pone delante; pero el pecador le desconoce, y cada vez se fortalece mas en su insensibilidad. Por

estos medios, y despreciando las luces que se le ofrecen; se endurece cada vez mas, camina á largos pasos á la impenitencia y á la muerte eterna, y todas estas desgracias son una consecuencia de su obstinacion en no conocer el tiempo de la visitacion del Señor.

Jesu-Christo pues, hermanos míos, llora á las puertas de Jerusalem, y la amenaza con los castigos que os acabo de referir; pero habiendo entrado en la ciudad, camina ácia el templo, penetra en el Santuario, y le mira profanado y convertido en casa de contratacion donde se compraba y se vendia. El ruido de los animales, las conversaciones tumultuosas de los mercaderes y de las diferentes personas que concurrían al mercado, hacen de este lugar de recogimiento y de silencio, un lugar de agitacion y disipacion. Ya no conoce el Santuario terrible en que debia habitar la magestad de Dios, y trae á la memoria con el dolor mas vivo las promesas hechas al mas sabio de los Reyes de Israel, quando con abundantes sacrificios y religiosas ceremonias consagró al Dios de sus padres el magnífico templo que habia construido para tri-

butarle las adoraciones que tan justamente se le debian. Ya no ve aquella religiosa atencion de este Príncipe para separar de la casa de Dios todo lo que podia mancharla, y profanar su decencia, é interrumpir el silencio respectivo tan propio de este lugar sagrado. Ya no advierte en los Israelitas aquel temor que debe penetrar el alma de un fiel al acercarse al Santuario: todo se ha mudado. En este conflicto olvida por un instante que él es el Dios de quien está escrito que no se le oirá su voz para quejarse, y despojándose de aquel caracter de paz y mansedumbre que habia manifestado á la vista de los hombres, y lleno de zelo por el honor de su casa, levanta el brazo contra los profanadores, los dispersa, echa por el suelo sus escritorios y sus mesas, hace salir los animales, y les dice: escrito está: mi casa, casa de oracion es, mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones.

¿No aplaudis, hermanos míos, al oír este pasage del Evangelio, las disposiciones de Jesu-Christo? ¿No os indignais contra esos hombres, que sin respeto á la casa de Dios, se atreven á

convertirla en un lugar de tráfico? Pero permitidme que por un momento haga su apologia: no por esto quiero disminuir la enormidad de sus crímenes: conozco y alabo la justicia del castigo; sé muy bien que Jesu-Christo no podia guardar silencio sobre una irreverencia tan notable; y que por un exceso de clemencia y de misericordia se contenta con arrojarlos quando podia confundirlos. Sin embargo, hermanos míos, me atrevo á decir que su pecado no es de aquellos que no admiten recurso, en especial si le comparo con vuestra conducta.

Para sacar de este acontecimiento todas las consecuencias que ofrece, debemos considerar que el templo de Jerusalem era un lugar destinado, no solamente á la oracion, sino tambien á los sacrificios. Este lugar era el único en toda la Judea, donde se podian ofrecer víctimas al Señor. Para cumplir esta obligacion venian los Judíos en diferentes solemnidades hasta de las Provincias mas remotas; y parecia muy justo que encontrasen aquí los animales necesarios para los sacrificios. En efecto, ¿qué lugar habia mas conveniente para este tráfico que la lonja y el pórtico del tem-

plo? Este es el único negocio que hacen los hombres de que habla el Evangelio; pero sin embargo no les sirve de excusa. No habia llegado todavía el tiempo en que habia de profanarse este lugar santo con horribles y abominables pecados. El arca de la alianza, el altar de los holocaustos, el sitio destinado para los sacrificios y la oracion mantenian toda su integridad y su pureza; pero no obstante Jesu-Christo castiga su falta como un crimen enorme, los condena, los persigue y los arroja. Si tan severa es la conducta de nuestro Salvador con los Judíos, ¿qué seria si viniese á nuestros templos? Si por un momento he disculpado un pecado que debemos detestar pues que Jesu-Christo le castiga, ha sido para poder levantar mi voz con mas fuerza contra las profanaciones escandalosas que advertimos en la casa de Dios, y por las cuales no habeis concebido todavía el horror que merecen. ¿Acaso vuestra irreverencia, vuestros escándalos se limitan al pórtico de estos lugares santos? ¿Dexais á lo ménos á los fieles en lugar de recogimiento para la oracion, y á los Sacerdotes el Santua-

rio para ofrecer la víctima adorable? Ministros de Jesu-Christo, á vosotros apelo, decidme, ¿no se interrumpe muchas veces la santidad de vuestras funciones con espectáculos de abominacion y de horror? A pesar de todo vuestro cuidado para conservar la devocion y el respeto, ¿no se ve turbada vuestra imaginacion con desórdenes vergonzosos? ¿no necesitais apartar la vista y el oido de muchas palabras y acciones indecentes? ¿No podré, Christianos, decir con Jesu-Christo que haceis de la casa de Dios una casa de tráfico, y una cueva de ladrones? ¿Qué le respondereis en el día de sus venganzas quando os haga cargo de los homenajes que le habeis quitado, de los corazones que separais de su servicio, de las almas que perdeis con vuestros exemplos, de las gracias que despreciais, y de los misterios que habeis profanado? No quisiera, hermanos míos, ofender los oidos castos y christianos con el detalle de la profanacion que se hace de nuestros templos; pero es preciso decirlo en alguna manera, por lo que interesa vuestra correccion: aquí es donde formais las amistades mas peligro-

sas: aquí donde contratais los tratos mas ilícitos: aquí es donde cometeis todo género de irreverencias. ¿Qué diré de las jóvenes que se presentan en esta casa de recogimiento y de oracion con atavios tan indecentes, con acciones tan descompuestas, con miradas tan atractivas? ¿No es este lugar sagrado donde hacen tal vez el tráfico de sus mismos cuerpos? ¿Me horrorizo, Christianos! ¿No podré decir que haceis de nuestras Iglesias unas cuevas de ladrones, no solo porque recusais á Dios la adoracion que se le debe, sino porque robais al próximo su inocencia, este depósito tan precioso como raro en estos tiempos? ¡Ah! Si viniese Jesu-Christo, ¿no podria arrojar con sobrada justicia estas gentes impuras? Venid, Señor, y purificad vuestro templo.

La casa de Dios es una casa de oracion, y por tanto exige todo nuestro respeto. En efecto, hermanos míos, esta es una verdad escrita por el dedo de Dios mismo, como si dixese: vuestro Dios ha tenido á bien que se le erigiese un templo; se ha dignado llenarle de la dignidad de su presencia; ha prometido sus auxilios y su gracia á todos los que

le presenten en él su corazón; y ha consiguado en alguna manera estas promesas en el libro donde se han escrito los prodigios de su misericordia, á fin de que su pueblo tuviese siempre á la vista una prenda de su bondad. Por tanto quando entreis en el templo considerad que es la casa de oracion, es decir, que vuestro Dios está siempre presente en ella para escuchar vuestros votos, y que es muy compasivo y misericordioso para dispensaros los socorros que le pedis. En esta casa de oracion podeis llorar con seguridad, preguntarle en vuestras dudas confiados en que dará pronta respuesta, y exponerle con fe las enfermedades y trabajos que padecéis. En esta casa debeis presentaros con devocion y respeto, y salir con utilidad y con fruto. No salgais pues de esta casa sin hacer á Dios una santa violencia: quizá se manifiesta sordo á vuestras voces por causa de las irreverencias pasadas; pero ya que en efecto este es un motivo poderoso para que no os atienda, trabajad ahora para que conozca la reforma, y mostradle que venis á postraros á sus pies conducidos por la fe.

Dios mio, ya que habeis prometido vuestra asistencia á todo el que os implora, aquí teneis unas miserables criaturas que se postran á vuestros pies para pedir os perdon de sus escándalos, y de las profanaciones que han hecho de vuestro templo. Si por nuestros pecados somos los hijos de vuestra ira, acordaos que en este lugar somos los hijos de misericordia; enseñadnos á temblar quando nos acercamos al Santuario: inspiradnos el recogimiento, la compuncion y la confianza á los pies del trono de vuestras gracias; haced en una palabra, que el buen uso de esta casa de oracion nos conduzca al templo augusto de vuestra gloria, en donde podremos bendeciros por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO X.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS,
cap. 12. v. 2. II.

Hermanos: Sabeis, que quando erais Gentiles, os ibais á los ídolos mudos, como erais llevados. Por tanto os hago saber, que ninguno que habla por Espíritu de Dios, dice anathema á Jesus. Y ninguno puede decir, Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo. Pues hay repartimientos de gracias, mas uno mismo es el Espíritu. Y hay repartimientos de ministerios, mas uno mis-

despues de Pentecostes. 199 mo es el Señor: Y hay repartimientos de operaciones, mas uno mismo es el Dios, que obra todas las cosas en todos. Y á cada uno es dada la manifestacion del Espíritu para provecho. Porque á uno por el Espíritu es dada palabra de sabiduría; á otro palabra de ciencia segun el mismo Espíritu: A otro fe por el mismo Espíritu: á otro gracia de sanidades en un mismo Espíritu: A otro operacion de virtudes: á otro profecía: á otro discrecion de espíritus: á otro linages de lenguas: á otro interpretacion de palabras. Mas todas estas cosas obra solo uno y el mismo Espíritu, repartiendo á cada uno como quiere.

INSTRUCCION.

Aunque las operaciones del Espíritu Santo sean, hermanos míos, muy diferentes de los efectos que produce el espíritu del mundo, sin embargo como tal vez podriamos engañarnos, el

Apóstol nos describe hoy con mucha razon estas diferentes operaciones, á fin de que comparando con ellas nuestras obras, podamos juzgar si tienen por principio el Espíritu de Dios. Esta comparacion es, hermanos míos, de mucha importancia, á fin de que las obras del pecado, y las impresiones del espíritu de la mentira no fascinen nuestros ojos, ni seduzcan nuestro entendimiento. Para este fin, entremos con el Apóstol en el detalle de estas diferentes obras, estudiemos su principio, consideremos sus efectos, y sobre todo no apartemos de nosotros con una vida desarreglada el Espíritu á quien es dado el formar corazones puros. Esta es la única advertencia que me parece esencial para que saqueis de esta Epístola los frutos que deseo; pero elevemos ántes nuestros corazones, y pidamos al Espíritu Santo que obre en nosotros uno de los prodigios que vamos á referir, y que junto á sus dones una voluntad pronta.

En esta Epístola recuerda el Apóstol á los Corintios su primer estado para darlos mejor á conocer las ventajas que gozaban. Quando érais gentiles, dice, os ibais á los ídolos mudos,

como érais llevados. Por tanto os hago saber, que ninguno que habla por Espíritu de Dios, dice anatema á Jesus. Y ninguno puede decir, Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo. Estas palabras del Apóstol son por sí mismas muy luminosas, porque si subimos al corto espacio de tiempo que hemos pasado baxo el yugo del pecado original, podremos decir, que si entónces no éramos idólatras, éramos á lo ménos enemigos de Dios, incapaces de adorarle con la inteligencia y el respeto que exige, indignos de participar de sus favores, y ciegos del todo para seguir sin resistencia las impresiones del espíritu de las tinieblas. Debemos, hermanos míos, dar á Dios infinitas gracias, porque nos ha dexado sentir los horrores y los peligros de este estado. En efecto, si volvemos los ojos á los años en que viviamos baxo la ley de Satanás, no podremos ménos de reconocer que en aquel tiempo éramos idólatras de nuestras pasiones, y que ellas nos arrastraban á los desórdenes mas vergonzosos. A pesar de esta vergüenza seguíamos con imprudente seguridad, y con docilidad desgraciada todas las impresio-

nes de estas pasiones criminales mas insensatas aun que la idolatría, por mas despreciable que parezca. ¿No es, Christianos, una extravagancia imperdonable, el servir á las pasiones que envenenan el corazon, que turban la conciencia, que llenan la vida de las amarguras mas punzantes, y que preparan para la futura suplicios eternos? ¿podremos comprehender cómo la sed del dinero sea capaz de traernos tantos peligros, ó á lo ménos tantos trabajos, tantas vigillias, tantos sustos; cómo el deseo de hacer gran fortuna pida tanta atencion, y exija las bajezas mas vergonzosas, y muchas veces delitos, que de otro modo no se cometieran; cómo los placeres de los sentidos sean causa de enfermedades molestas, y de males y dolores agudos, en los quales se conserva siempre el mismo gusto por el deleite? No es esto segun la expresion del Apóstol, dexarse dominar por la tiranía mas cruel? Los que de esta manera se conducen; podrán acaso lisonjearse de pertenecer al Espíritu de Dios? No, hermanos míos, ninguno que habla por este Espíritu, dice anatema á Jesus. Este es un Espí-

ritu de verdad, de piedad, de ciencia, de sabiduría: su cargo es el de instruir á los hombres en las adoraciones que deben á Jesu-Christo; y así ninguno puede decir, Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo.

El Apóstol no habla solo de la letra de este adorable nombre: los demonios le pronunciaban en otro tiempo con temor; los impíos le pronuncian algunas veces con desprecio; y la mayor parte de los Christianos con la indiferencia mas criminal. El Espíritu Santo no es en manera alguna el principio de todas estas disposiciones: al contrario, por su virtud pronunciamos el nombre de Jesus con aquella profunda veneracion, y aquel vivo reconocimiento que exige su qualidad de Salvador: por este Espíritu los actos de religion producen los efectos mas saludables: en fin el Espíritu Santo reparte los dones que Jesu-Christo nos ha merecido, y los comunica á quien quiere, y como quiere. El Apóstol dice, hay repartimientos de gracias, mas uno mismo es el Espíritu. Hay repartimientos de ministerios, mas uno mismo es el Señor: hay repartimientos de operaciones, mas uno

mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos.

¡O con quanta razon exclama en varios lugares de sus Epistolas: ¡ó profundidad, ó inmensidad impenetrable de las riquezas de Dios! En efecto, ¿será posible contar la variedad de bienes espirituales que comunica Dios entre los miembros de su Iglesia, y que distribuye á cada uno segun las miras de su misericordia y su justicia? Hermanos míos, tened entendido que todos los dones que proceden de un mismo principio, tienen sus destinos particulares, y conformes á los designios del Espíritu de Dios sobre nosotros. Los unos se nos comunican para nuestro consuelo, nuestro apoyo y recompensa: los otros para exercitar nuestra fe, probar nuestra confianza, y purificar nuestra caridad. En ciertas circunstancias parece Dios liberal, misericordioso, inmenso en gracias y favores: en otras es un Dios que calla, que se muestra insensible á las oraciones mas freqüentes y fervorosas: algunas veces no habla sino para llenar de terror el corazon de sus criaturas, y no obra sino para castigarlas con golpes muy sensibles; pero

segun la expresion de San Agustin es tan misericordioso de una manera como de otra. ¡Qué conducta tan sabia en circunstancias tan diferentes! ¡Qué medios tan oportunos para consolar á los justos, y sostenerlos en el camino de la virtud! Algunas veces habla á su corazon, y entónces se le puede decir con el Profeta: Dios mio, ¡quán inefables son las dulzuras que reservas para los que te temen! En otras se derrama en bendiciones, y les proporciona muchos y sensibles consuelos: aumenta su fortuna, su honor y su reputacion: multiplica sobre manera su prosperidad: les concede hijos virtuosos que les anuncian su feliz vejez: les cerca de amigos tiernos, sabios y prudentes que previenen sus deseos, que evitan sus desgracias, y los consuelan en sus trabajos. Entónces á la vista de una prosperidad tan constante exclaman los justos con el Profeta: así será bendito el hombre que teme al Señor.

Pero no todas han de ser felicidades, hermanos míos. Algunas veces entrega tambien su Espíritu á violentas agitaciones, y su corazon á sentimientos gravísimos: permite que el ene-

migo disipe sus bienes, y marchite su opinion: en el seno de su familia, donde solo debia reynar la paz, encuentra motivos de confusion y dolor; en fin aflige su cuerpo con enfermedades largas y molestas que le consumen sus fondos y le quitan la paciencia. Sin embargo no es dificil conocer que su mano benéfica es quien le conduce por caminos tan dificiles, y entónces lleno de satisfaccion y de alegría prorrumpe diciendo: estoy con Dios en mis tribulaciones.

Esta variedad, esta riqueza de dones que comunica á los justos, no es mas que una pequeña emanacion de las riquezas inmensas de que habla el Apóstol, las quales se difunden de una manera mas admirable todavía sobre los pecadores. En efecto ¡qué sollicitud, qué llamamientos para ganarlos! ¡qué golpes tan saludables por una mano tan indulgente! ¡Qué casualidades y sucesos tan bien preparados! ¡Qué obstáculos desvanecidos! ¡Qué abismos abiertos á sus mismos pies! ¡Qué cadenas quebrantadas, qué advertencias, qué consuelos, qué cargos, qué remordimientos! El pecador con tantos

medios debe estar muy ciego, ó haber llegado al colmo de la insensibilidad para desconocer la mano caritativa que le procura sanar sus llagas y llevar al puerto de la salvacion. Considerad, hermanos míos, que de todas quantas ideas han de consternar al pecador impenitente en el dia de las venganzas, la mas fuerte será la de los pasos que el Señor ha dado, y el poco fruto que han tenido por su dureza é indolencia.

Pero si obra Dios con tanta eficacia para el bien de cada alma en particular: quién será capaz de ponderar las palabras de su sabiduría, de su poder y misericordia en el establecimiento y en la proteccion diaria de su Iglesia? El Apóstol solo indica los diferentes dones que el Señor concedia en los primeros dias del Christianismo para formarse un pueblo de adoradores fieles. A unos por el Espíritu es dada palabra de sabiduría. Este don se perpetua en todos los que tienen á su cargo el dirigir con sus consejos prudentes las costumbres y la conducta de las personas que están á su cuidado. De aquí se deduce la obligacion que tienen los padres de ser moderados, y de

hablar con suma precaucion para que sus palabras no sean materia de escándalo para sus hijos, como lo serán indefectiblemente no conformándose á la sabiduría eterna. Deben asimismo estudiar con toda atencion sus diferentes caracteres, y dar á cada uno los consejos mas convenientes para formarlos en la virtud. A otros es dada palabra de ciencia segun el mismo Espíritu. Este don se perpetua en los Ministros de Dios establecidos para enseñar la ley á su pueblo. Es muy estrecha por tanto la obligacion que se impone á los Sacerdotes, y á todos los que se consagran á este ministerio de adquirir y conservar la ciencia de la salvacion, á fin de que Dios no los separe del Sacerdocio, y que no sean del número de aquellos de quienes habla el Profeta Ezequiel que iban de parte del Señor, y hablaban en su nombre no siendo sus enviados. A otros es dada la fe por el mismo Espíritu. Este don comun á todos los estados se perpetua en los que instruidos en las verdades eternas las aplican continuamente para la reforma de sus costumbres, que juzgan de todos los acontecimien-

tos guiados por las lices de la fe, y que se conducen en sus empresas de una manera conforme á las reglas de la fe. El uso recto de este don es un gran recurso en las violentas tentaciones que el mundo suscita, y en las tribulaciones y trabajos que la humanidad hace indispensables. En fin este don es absolutamente necesario al Christiano para fortificarse en los principios de la fe, y no dexarse arrastrar de las seducciones de la falsa filosofia. A otro es dada gracia de sanidades en un mismo Espíritu. Este don exterior y visible tan necesario en los primeros tiempos para confirmar la doctrina, no se perpetua entre nosotros sino de una manera espiritual, y se encuentra en todos los que trabajan con zelo y eficacia en la conversion de los pecadores. Vosotros, hermanos míos, podeis participar de este don quando guiados por este Espíritu os imponais la obligacion de aliviar á vuestros hermanos en sus necesidades espirituales y temporales, de visitarlos, de consolarlos, y de participar de sus males. A otro es dada operacion de virtudes. Para participar de este don no es necesario obrar prodigios ex-

teriores que inviertan el orden de la naturaleza, ó que á lo menos excedan sus fuerzas. En todos géneros hay prodigios que se obran á nuestra vista, y que contribuyen á la edificacion de los fieles: prodigio de paciencia en los trabajos; prodigio de caridad en los ricos que son benéficos; prodigio de humildad en las almas simples; prodigio de penitencia en los pecadores convertidos; prodigio de piedad en los justos. El Espíritu Santo sin embargo de la corrupcion universal obra todos los dias prodigios de esta especie para nuestro consuelo. A otros es dada profecía. Este don no consiste en predecir siempre con claridad los sucesos futuros. Así como este conocimiento era necesario para el establecimiento de la Iglesia, ya es inútil en unos dias en que todas las verdades estan probadas y confirmadas en el corazon de los fieles; pero sin embargo el Espíritu de los Profetas está entre nosotros, y él es quien le demuestra al Christiano del modo mas convincente su destino futuro, quien le hace meditar en la eternidad, y le dicta las precauciones mas propias para ser feliz. La discrecion de Espiritus que el

Apóstol cuenta en el número de los dones del Espíritu Santo quizá es, hermanos míos, de mayor uso entre nosotros que en la primitiva Iglesia. En otro tiempo era necesario este don para distinguir los Apóstoles de los seductores, los milagros de los prestigios, las profecias de las palabras vanas; y ahora es el mayor preservativo contra la falsa filosofía del siglo, que para encubrirse mejor, toma cierto ayre de sabiduría, de razon, y algunas veces de religion.

El don de linages de lenguas, y el de interpretar las palabras no pueden reconocerse en el seno de la Iglesia sino tomándolos en un sentido místico. El nombre de Dios es ahora bendito en todas las lenguas y en todas las naciones del mundo. En efecto cada lengua abunda de Christianos fieles que honran á su Dios con su conducta y sus exemplos.

Mas todas estas cosas, hermanos míos, obra solo uno, y el mismo Espíritu repartiendo á cada uno como quiere. Así no contemos en adelante con nuestros méritos; pero no descifemos de su bondad, ni dexemos de

212 Domingo X.
implorar su socorro. Recibamos á manos llenas los favores que nos dispensa, no abusemos de las riquezas de su misericordia, y esperemos siempre recoger los frutos en los tabernáculos eternos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 18. v. 9. 14.

En aquellos dias dixo Jesus esta parábola á unos, que fiaban en sí mismos, como si fuesen justos, y despreciaban á los otros: Dos hombres subieron al templo á orar: el uno Phariséo, y el otro Publicano. El Phariséo estando en pie, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias te doy, porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros; así como este Publicano. Ayuno dos veces en la semana: doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el Publicano, estando léjos, no osaba ni aun alzar los ojos al Cielo: sino que heria su

despues de Pentecostes. 213
pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio á mi pecador. Os digo, que éste, y no aquel, descendió justificado á su casa: Porque todo hombre, que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado.

INSTRUCCION.

De todas las parábolas que Jesu-Christo propone en el santo Evangelio, no hay una, hermanos míos, que sea mas interesante é instructiva que la presente. Son muy comunes en estos dias unos hombres que á la manera del Fariseo orgulloso fian en sí mismos con desprecio de sus hermanos; que estan satisfechos de su inclinacion á la virtud, y que se creen autorizados para censurar y tener en ménos á todos, porque ellos en la apariencia manifiestan mas virtud y justicia.

Jesu-Christo enemigo declarado de la hipocresía no puede contener su indignacion contra los hipócritas, y qui-

tándoles la máscara con esta parábola, nos da una lección para distinguir la verdadera de la falsa justicia. Cuidado, hermanos míos, no sea que imiteis el orgullo de este Fariseo hipócrita; y si hasta el día habeis sido humildes para reconocer vuestras imperfecciones y flaquezas, sed también sinceros para avergonzaros de vuestro orgullo. Estos dos hombres del Evangelio nos conducen por una ruta diferente al conocimiento de esta verdad; y por tanto exigen nuestra atención.

Es cosa por cierto muy notable que Jesu-Christo que se había mostrado indulgente siempre con los pecadores más escandalosos y perdidos; que este hombre Dios, irreprehensible en su conducta, que se exponía á las hablillas del pueblo, y toleraba que los mal intencionados le tuviesen por uno de ellos cuando le veían tratarlos familiarmente, y sentarse á su mesa, perdiese al parecer toda su bondad quando hablaba de los Fariseos. La muger adúltera se presenta en el templo con aquella confusión y vergüenza que la debía inspirar la publicidad de su delito, y Jesu-Christo la recibe con el mayor

amor, y la habla en unos términos los más afectuosos. El Zachêo atrae sobre sí el ódio público por causa de sus usuras y rapiñas, y Jesu-Christo clava en él sus ojos, y escoge su casa con preferencia para descansar. La pecadora, quando viene á darle un testimonio de su arrepentimiento y de su amor, despierta en todos los circunstantes la memoria de sus deshonorosos escándalos; y Jesu-Christo la colma de los elogios debidos justamente á la virtud. Los Fariseos nunca le desamparan, le siguen en todos sus sermones, le oyen con gusto, le preguntan acerca de sus dudas, y parecen los hombres más adictos á su persona: sin embargo Jesu-Christo solo usa con ellos de amenazas, de anatemas, y se aprovecha de qualquiera circunstancia para reprehenderlos. Qué, ¿será solo Dios para los grandes pecadores! Los pecados y los escándalos darán más pronto y fácil acceso á sus favores y misericordias!

Es necesario, hermanos míos, conocer por una parte el carácter de Jesu-Christo, y por otra las disposiciones de los Fariseos para descubrir la causa verdadera de una oposición tan notable.

Como Médico hábil sabe proporcionar los remedios á las enfermedades. El orgullo es una llaga muy honda que no se cura con la contemplacion y la dulzura; y así es preciso profundizarla si se quiere poner algun remedio. ¿Deberemos pues admirarnos si para desengañar á los Fariseos y á todos sus secretarios y admiradores emplea Jesu-Christo una parábola tan terrible? Estos hombres eran tales que no podia echarseles en cara ningun exceso ni escándalo. Instruidos en la ley de Dios, la cumplian en todas sus partes con la exactitud mas escrupulosa; pero sin embargo confiados en sus buenas obras se lisongeaban de estar muy adelantados en el camino de la perfeccion y la virtud. No solo satisficieron su amor propio considerando sus buenas disposiciones, sino que comparándose con sus hermanos, sacaban siempre la ventaja á su favor. El mismo orgullo que aumentaba á sus ojos sus buenas obras, aumentaba tambien los defectos del próximo; de manera que se autorizaban con su justicia aparente para censurar á todos los demas.

Este defecto es muy comun, her-

manos mios, entre las personas que se precian de virtud y de providad. El espíritu de murmuracion y de crítica es tan natural en los devotos, que si hemos de juzgar por la propia experiencia parece que la devocion y la buena conducta suponen tambien mucha hiel interior, mucho orgullo, demasiada satisfaccion propia, y cierto mal genio y aspereza de carácter, que influye sobre manera para despreciar á todos. ¡Desgraciada virtud que se hace muchas veces insoportable aun á los mismos que quieren profesarla! Este abuso toma su origen en dos desórdenes igualmente peligrosos. Los devotos hipócritas abusan como el Fariseo de la virtud para encubrir sus injusticias; y los impios y los libertinos quisieran para desacreditarla hacerla responsable de todos los excesos que se permiten los hipócritas y los falsos devotos. Escuchad ahora el medio de que se vale Jesu-Christo para ocurrir á esta doble desgracia.

Dos hombres, nos dice, subieron al templo á orar. En esto quiere enseñarnos, que no todos los que practican exteriormente las obras del Christianis-

mo serán justificados delante de Dios. Importa poco la asistencia al templo en las solemnidades prescriptas por la ley: se puede muy bien rogar al Señor con los verdaderos hijos; y sin embargo no serlo ni inclinar su misericordia. Las verdaderas disposiciones del corazón, y la caridad que se manifiesta por las obras, son los medios, dice San Agustín, por donde se distinguen los que pertenecen á Dios por Jesu-Christo.

Estos dos hombres, á quienes un mismo acto de religion reune en el templo eran de estado muy diferente; el uno Fariseo, y el otro Publicano. Los Fariseos gozaban de la primera distincion en el pueblo: eran graves y serios en todas sus acciones: estudiaban continuamente la ley, y procuraban conformar con ella en el exterior su conducta y sus costumbres. Por consecuencia eran tambien los primeros en el templo, y se derramaban delante de Dios en largas oraciones. Como su instruccion era muy superior á la del baxo pueblo, se esmeraban para conformarse con las prácticas de la ley, y procuraban evitar la nota de la menor falta en este punto: su exterior anunciaba un

espíritu de mortificacion y de penitencia: sus conversaciones eran siempre de la moral; y recelando que todavía esto no fuese bastante para edificar al pueblo, llevaban en sus mismos vestidos escritas las máximas de la ley. Llenos de zelo por la religion que profesaban reprehendian con severidad qualquiera transgresion por pequeña que fuese; y con una conducta tan irreprehensible y edificante atraian el respeto y la veneracion pública. Comunmente se les daba el título de Maestros; se les concedian los honores mas singulares, y se les destinaban las primeras sillas en las sinagogas y en los regocijos públicos; en una palabra todos procuraban imitarlos, y el que mas lo conseguia, ese se tenia por mas perfecto y de mayor mérito. Ved, hermanos míos, la idea que nos da el Evangelio de los Fariseos: veamos ahora quales eran los Publicanos, y conoceréis la diferencia entre estos dos estados.

Los Publicanos eran los exáctores de los tributos é impuestos del Príncipe, y por esta causa traian sobre sí el ódio y el desprecio que regularmente llevan consigo semejantes empleos:

esto era causa de que se les considerase como enemigos, y se les comparase con las personas mas baxas y despreciables; de manera que bastaba tratar con frecuencia un Publicano para ser el objeto de la critica de todas las gentes: así el mayor cargo que los Fariseos pensaron hacer á Jesu-Christo fué el de que vivia y comia familiarmente con ellos. Además de esto tomaban muy poco interes en la observancia de la ley, ya porque su empleo les llevaba mucho tiempo, y ya porque tambien era ocasion de continuas injusticias: en fin abusando muchas veces de su comision, se hacian odiosos con exacciones y rapiñas; y miraban con indiferencia el cargo de indevotos y dispados.

¿Qual de estos dos hombres pensareis, hermanos míos, que sería mas digno de la atención y acogida del Señor? ¿Quién os parece que está mas dispuesto para pedir y conseguir? Si las apariencias de la virtud anunciassen siempre un estado de santidad y de justicia, decidirian sin duda en favor del Fariseo. Pero Dios, que conoce el interior de los corazones, y que no se

dexa pagar por actos exteriores, os dará una leccion muy importante para que vuestro juicio sea conforme y arreglado. Veamos como se explica el Evangelio.

Por decontado nos dice Jesu-Christo que el Fariseo oraba estando en pie; es decir, que olvidaba que era un verdadero pobre, un verdadero mendigo, que debia pedir en una postura la mas respetuosa y humilde, y que quando se trata de representar al Señor las enfermedades y miserias que padecemos, debemos recurrir á los sentimientos de la humildad mas profunda. Olvidaba que no tanto ha de meditarse en la oracion sobre las virtudes que hemos adquirido, quanto sobre aquellas de que carecemos: es muy justo á la verdad manifestar á Dios nuestro reconocimiento por los bienes que se ha dignado dispensarnos; pero el primer testimonio que exige de nuestra sensibilidad, es una confesion de nuestras imperfecciones y flaquezas. Olvidaba que el justo léjos de vanagloriarse de tener ménos pecados que su próximo, debe gemir y temblar; porque quantas mas gracias haya recibido, tanto mas riguroso y

terrible será su juicio, y tanto mas profunda su caída; en una palabra la oracion del Fariseo es una larga enumeracion de sus muchas virtudes, mientras que debia ser una exposicion simple de sus verdaderas necesidades. Dios, dice, gracias te doy porque no soy como los otros hombres. ¡Oh presuncion detestable! exclama San Bernardo, ¿tú no eres como los demas hombres? Ah, ¿estás por ventura dispensado de la mancha vergonzosa que deshonra á todo el linage humano á los ojos de Dios? ¿Estás exento de la ley de la carne que combate en nuestros miembros continuamente contra la ley del Espíritu? ¿Han sido acaso arrancadas de tu corazon las semillas funestas de esas pasiones, de esos vicios vergonzosos que afligen á las almas mas fervorosas? ¿Habrá Dios criado para tí solo un corazon insensible á los atractivos de la concupiscencia? Miserable, confúndete al registrar los senos de tu corazon.

Pero veamos como prosigue este hipócrita. La mayor parte de los hombres, dice, son codiciosos de los bienes ajenos, y andan buscando siempre los medios mas apropósito para robarselos;

pero yo léjos de haber incurrido en este delito, me privo de los míos propios para aliviar al próximo, reparto mi pan con los infelices, y pago con exactitud los diezmos. Los demas hombres son injustos, y acomodan las leyes á sus caprichos y pasiones; pero yo no tengo otra ley que la de mi Dios, y la cumplo con toda exactitud. A los preceptos que me dá junto la observancia de las obras que me aconseja: ayuno escrupulosamente los dias que estan señalados, y además dos veces en la semana para mortificar mi carne. El resto de los hombres se dexa dominar de las inclinaciones mas vergonzosas, no respetan los sentimientos de la naturaleza, ni reconocen la providad; y así se derraman en todos los vicios, y principalmente en el adulterio que tan comun es, y tantos males causa; pero yo procuro guardar las reglas de la honestidad, y como sé la gravísima ofensa que los adulteros hacen á la sociedad, y los males irreparables que causan á las familias, me contengo en los límites de la castidad para que la conciencia no me arguya de pecado tan horrible: en fin en nada me parezco á este

Publicano. ¿Podeis, hermanos míos, oír sin indignaros la oración de este Fariseo? La comparación odiosa que hace entre los defectos del común de los hombres y sus propios méritos, ¿no da una idea poderosa del orgullo que infla su corazón? Pero decidme, ¿habrá Christianos que hablen de sí de la misma manera delante de su Dios? ¡Ah, cuán ingeniosas son la malignidad y el espíritu de crítica para aplicar á nuestros hermanos las verdades que oímos en los púlpitos! La presunción y el amor propio hacen al hombre ignorante y estúpido quando trata de aplicárselas á sí mismo; y en fin nadie se juzga como el resto de los hombres ni en las virtudes, ni en los vicios: no en las virtudes, porque siempre se cree mas perfecto: no en los vicios, porque encuentra muy á mano los medios de disculparlos. Escuchemos, hermanos míos, al grande Agustino, el qual léjos de lisonjearse con orgullo de los sentimientos de virtud, que la gracia habia formado en su corazón, lloraba sin cesar los peligros á que podia atrastrarle la fragilidad de la naturaleza, y aseguraba que podia el justo caer en faltas las más groseras

si la gracia del Criador no le fortificaba.

Pero dexemos á este Fariseo hinchado con sus falsas virtudes, y demos toda nuestra atención á la oración del Publicano que se expresa de muy distinta manera. Este hombre sabe que la casa de Dios es la mansion del recogimiento y de la oración: que la presencia sola de un pecador es capaz de despertar en el justo la memoria de todos sus escándalos, y teme sobre manera inquietarle en su oración, de la qual penderá quizá su gracia: sobre todo el espacio que media entre Dios y su pecado le parece inmenso, y por tanto no se atreve á orar sino de léjos. Son tantas las injusticias y los pecados con que ha irritado al Señor, que teme que una sola mirada suya despierte su cólera, y por tanto ni aun osaba alzar los ojos al cielo. Ya que su corazón ha ofendido al Señor con tantas iniquidades, quisiera castigarle como merecía, y para dar una señal de su dolor, heria su pecho diciendo: Dios, muéstrate propicio á mí pecador. El verdadero dolor, hermanos míos, no conoce ni los gemidos, ni las lágrimas; y así el Fariseo no

puede explicar el suyo con largos discursos. Esta corta oracion contiene todo lo que debe pedir y lo que puede esperar: soy pecador, he aqui el compendio de su crimen, y una confesion sincera y sin disfraces. Su Dios es misericordioso, y por tanto solicita que se muestre propicio. Asi Jesu-Christo en vista de una oracion tan humilde prosigue diciendo: os digo que éste, y no aquel, descendió justificado á su casa.

¿Pero qué tenia esta oracion del Publicano á los ojos de Jesu-Christo para ser tan eficaz y poderosa? Escuchadlo, hermanos míos, y arreglad vuestras oraciones á la suya, si no quereis que sean tan inútiles como lo han sido hasta aqui. Si orais pues con humildad, con sinceridad, con perseverancia y confianza, orareis como el Publicano.

Orad con humildad, y no deis la preferencia á las necesidades ajenas sino á las vuestras; porque ante todas cosas debéis procurar vuestra salud, y despues la de vuestros hermanos, como enseña la caridad. Sobre todo evitad las comparaciones, porque tal vez en aquellos que teneis por ménos que vosotros se encuentran perfecciones secretas de

que sois incapaces mientras que vuestro corazon está lleno de llagas ocultas que tanto le deshonoran á los ojos de Dios. Si quereis hacer alguna comparacion útil, que sea con vosotros mismos: es decir, comparad lo que sois con lo que debéis ser; lo que habeis sido en el primer momento de conversion y de fervor con lo que habeis vuelto á ser por causa del pecado.

Orad con sinceridad, y no confieis á los labios únicamente el cuidado de exponer vuestras necesidades, porque acontecerá muchas veces que no esten de inteligencia con el corazon. Vuestros labios piden diariamente que Dios haga su voluntad, y vuestro corazon abunda en su voluntad propia: vuestros labios piden el pan de cada dia, y vuestro corazon solo suspira tras las satisfacciones y superfluidades de la vida: vuestros labios piden á Dios que os perdone así como perdonais á vuestros enemigos, y vuestro corazon sin embargo se alimenta con la ira y la venganza: en fin vuestros labios piden que Dios os libre de mal, y vuestro corazon busca las ocasiones y los peligros. Así, hermanos míos, no van

acordes las oraciones con los afectos, y por consecuencia no teneis que esperar lo que pedis.

Orad con la debida confianza, y no temais que os rehusen las gracias que soliciteis de qualquier naturaleza que sean con tal que se pidan en nombre de Jesu-Christo. El Christiano que ruega con incertidumbre, manifesta, ó que está poco penetrado de la necesidad de los favores que solicita, ó poco convencido del poder de aquel que se los ha de dispensar.

Orad finalmente con perseverancia. Si Dios no se cansa nunca de nuestra importunidad, ¿por qué nos cansaremos nosotros de pedirle? Si alguna vez tarda en corresponder, ¿no será justo esperar, pues que tambien él nos espera? Es verdad, dice San Agustin, que concede su misericordia quando quiere, y á quien quiere; pero tambien exige que pidamos sin cesar, y entónces tarde ó temprano manifestará su voluntad. Estas son, hermanos míos, las reglas de la buena oracion, y por consecuencia la causa de la insuficiencia é inutilidad de la mayor parte de las vuestras. Debeis por tanto concluir de estos ar-

tecedentes, que qualquiera que sea vuestro estado, y por multiplicados que sean vuestros desórdenes, el templo de Dios está abierto siempre, y el Señor muy propicio para oiros; pero solo debeis entrar para orar, porque qualquier otro objeto es indigno de la Magestad que le habita. Antes de orar deponed todo el amor propio y los sentimientos con que lisongeais vuestras virtudes. Si os comparais con el próximo, que sea para reconocer las imperfecciones que os deshonran: acordaos en fin que sois pecadores, y vuestro Dios misericordioso, y con estas disposiciones sin duda fructificará vuestra oracion.

¡Qué preciosa es la humildad, Dios mio, á vuestros ojos! Ya Señor que dispensais tantos elogios por esta sola causa á la oracion del Publicano, permitidme que os diga en nombre de mis oyentes: Dios, muéstrate propicio á nosotros pecadores. Yo conozco que esta deshonrosa qualidad nos priva de los derechos que tenemos como Christianos á vuestras gracias; pero si el nombre de pecador es un titulo de reprobacion y de anatema á los ojos de vuest-

tra justicia, tambien lo es de indulgen-
cia á los de vuestra misericordia. Se-
ñor, somos pecadores, y en esto con-
siste toda la oracion que os hacemos:
Por tanto suplicamos que os digneis
concedernos la humildad, la confianza,
la perseverancia, en cuya virtud dan
abundantes frutos las oraciones de los
fieles; y sobre todo os pedimos que
esta confesion saludable nos merezca
oir aquellas palabras de consuelo que
dixisteis del Publicano: éste, y no aquel,
descendió justificado á su casa. Así sea.

DOMINGO XI.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS PHILIPENSES,
cap. I. v. 3. II.

*Hermanos: Gracias doy á mi Señor
cada vez que me acuerdo de voso-
tros, rogando siempre con gozo por
todos vosotros en todas mis oracio-
nes, sobre vuestra comunicacion en
el Evangelio de Christo desde el
primer dia hasta ahora. Teniendo
por cierto esto mismo, que el que
comenzó en vosotros la buena obra,
la perfeccionará hasta el dia de
Jesu-Christo. Como es justo, que
yo sienta esto de todos vosotros:
porque os tengo en el corazon, y
en mis prisiones, y en la defensa,
y confirmacion del Evangelio, que*

sois vosotros todos compañeros de mi gozo. Porque Dios me es testigo, de qué modo os amo á todos vosotros en las entrañas de Jesu-Christo. Y esto ruego, que vuestra caridad abunde mas y mas en ciencia, y en todo conocimiento: Para que aprovechéis lo mejor, y seáis sinceros, y sin tropiezo para el día de Christo. Llenos de fruto de justicia por Jesu-Christo, para gloria y loor de Dios.

INSTRUCCION.

Para que yo pudiese, hermanos míos, explicarme en los términos del Apóstol San Pablo, y tener algun derecho al testimonio que se da en la Epístola de este día, sería preciso haber recibido su espíritu y sumision, haber desempeñado con la misma exactitud y fidelidad mis obligaciones, tener el mismo zelo por la salvacion de las almas, y haber participado en algun modo de los trabajos que padeció por

la gloria de Jesu-Christo. Sin embargo como el ministerio que se me ha confiado lleva consigo el cargo indispensable de la enseñanza de las verdades eternas, voy á presentaros en esta instruccion vuestras obligaciones, y al mismo tiempo las suyas á los Ministros del altar. Es cierto que no podré dirigiros en toda su extension las mismas gracias y elogios que el Apóstol San Pablo daba á los Filipenses; y tambien lo es que estando yo por mi parte muy distante de las disposiciones del Apóstol; no soy digno de los consuelos que experimenta en sus prisiones; pero si el paralelo de sus virtudes, de su constancia y de su amor á Jesu-Christo con nuestros defectos es capaz de llenarnos de humildad y de confusion, tambien lo es de producir grandes utilidades. Por tanto meditemos, hermanos míos, con toda atencion las verdades que hoy nos enseña: pidamos al Espíritu Santo que las ha dictado, las luces que yo necesito para explicarlas, y las que se requieren para oirlas con fruto.

Gracias doy á mi Señor, dice el Apóstol, cada vez que me acuerdo de vosotros. Esta demostracion de reco-

nocimiento á Dios era muy conforme, hermanos míos, con los efectos que producía su ministerio en los habitantes de Filipos. Este pueblo, que poco ántes estaba confundido en las sombras de la idolatría, camina hoy á paso muy largo por la senda de la virtud, y honra el zelo y los trabajos de su Apóstol con la caridad que le anima, con la fe que le ilustra y con la mas tierna adhesión, y el amor mas fino, al instrumento de su santificación y de su dicha.

No es ésta, hermanos míos, la suerte que me cabe entre vosotros. El poco fruto de mi ministerio, y las discordias y los desórdenes, que á pesar de todo mi cuidado se introducen, y se perpetuan insensiblemente, solo me dan ocasion de llorar y de pedir á Dios que ilumine vuestros entendimientos. Si alguna vez doy gracias de que todavía conserveis algun resto de fe, de piedad, de conmiseracion, y de aquellas virtudes de los primeros siglos de la Iglesia, tambien me lleno de amargura al considerar en el mayor número de los Christianos tan difundidos los desórdenes, la disipacion, la incredulidad y la falsa filosofia que caracteriza

particularmente nuestro siglo.

Los Ministros del Santuario tienen en general la estrecha obligacion de hacer conmemoracion de vosotros en todas sus oraciones con el fin de traer la bendición sobre su ministerio; pero los Párrocos la tienen mucho mas estrecha, porque deben ofrecer continuamente á Dios el pueblo que ha puesto á su cargo, y meditar continuamente sobre las necesidades de sus feligreses para hacer de ellas el objeto de sus súplicas. Vosotros, hermanos míos, por vuestra parte debeis activar y renovar la asistencia á los ejercicios públicos de la religion. Es cierto que por todas partes se ruega por vosotros; pero es de una manera general: todos estais comprendidos en la caridad universal de Jesu-Christo que se extiende á todas las condiciones y necesidades; pero en el templo es donde hablamos especialmente de vosotros con el Señor: esta es vuestra casa, este es vuestro altar, estos son vuestros Ministros; y así cuidad sobre manera de que el Señor no se enoje, y os quite la accion que teneis á sus favores en fuerza de nuestros votos.

El Apóstol también da gracias á los Filipenses de su comunicacion en el Evangelio de Christo desde el primer día; es decir, de que perseveren en la fe que han recibido por su predicacion; pero observad, hermanos míos, que quando les dá este testimonio es en el tiempo de su cautiverio, y después que podian andar solos, por decirlo así, por el camino que les habia trazado. ¿Qué pocos imitadores tiene este pueblo! ¿Acaso la impresion de una instruccion, de una ceremonia es de alguna duracion entre vosotros? ¿Cuál sería nuestra confianza, qual nuestra satisfaccion si perseveraseis de una fiesta á otra en la frecuencia, en el fervor, en el gusto de los Sacramentos, y en todas las disposiciones que mostrais en los días que celebramos algunos de los misterios de la vida de Jesu Christo! Pero la relaxacion y la tibieza se apoderan inmediatamente del corazon y del espíritu. Este templo demasiado estrecho en ciertos días, se ve en algunos otros del todo abandonado. ¿Qué pensaremos pues de la poca asistencia, de la poca fidelidad para conservar las disposicio-

nes de fervor que habeis adquirido á los pies de los altares? Sin embargo ya que no puedo daros á todos, hermanos míos, las gracias de la comunicacion en el Evangelio de Christo, diré á los pocos que han sabido conservar la impresion de la fe, que el que comenzó la buena obra la perfeccione hasta el día de Jesu-Christo sin temor á los estorbos que se le presenten, porque auxiliado de la gracia sabrá vencerlos y rechazarlos. Purificad por tanto el corazon del orgullo para que no altere su pureza, tomad fuerzas para resistir el espíritu de inconstancia que os domina, y rogad á Dios, como yo lo hago, que por su misericordia purifique vuestras obras, de manera que sean perfectas en el día de Jesu-Christo; es decir, en el del juicio universal.

Es justo que yo sienta esto de vosotros, prosigue el Apóstol, porque os tengo en el corazon. Modelo admirable para los Ministros, á quienes confia Dios la salvacion de las almas. Ellos deben llevar siempre en su corazon á todos sus feligreses, interesarse en sus necesidades, llorar sus flaquezas, pro-

curar su curacion si estan enfermos, pedir su perseverancia si tienen la felicidad de vivir en el estado de justicia, y participar en alguna manera de sus males corporales para animarlos á la paciencia; pero si Dios prescribe á sus Ministros tanto zelo y tanto amor, la caridad impone igualmente estas obligaciones á los fieles que son el objeto de su ministerio.

Los Filipenses acompañaban al Apóstol en el gozo de estar entre prisiones por Jesu-Christo, y este sentimiento era el fundamento de su amor á ellos, y lo es de la caridad recíproca que une al pueblo con el Pastor. En este punto no hay, hermanos míos, comparación alguna con el Apóstol. Vuestros Ministros no están entre prisiones por el nombre de Jesu-Christo, ni tampoco expuestos como él á derramar su sangre por la fe que os han predicado. Los únicos títulos por donde pueden reclamar vuestro amor, y manifestaros el suyo son sus trabajos, su continua predicación, el interés que toman en la salvación vuestra, y su solicitud para evitar los peligros de que estais cercados por todas partes. Por tanto

diré yo, sino con la seguridad y con aquella caridad del Apóstol, á lo ménos con todo el sentimiento de que soy capaz: Dios me es testigo de qué modo os amo á todos vosotros en las entrañas de Jesu-Christo. ¡Qué expresión tan enérgica y exácta, hermanos míos! amar en las entrañas de Jesu-Christo es toda la perfección de un Cristiano. Este amor produce una caridad mas fuerte que la muerte misma; pero este amor ha de ser racional, justo y fiel á la ley. Por consecuencia, ha de corregir los abusos, ha de reprehender los desórdenes, ha de sostener al justo quando vacila, y tambien ha de amar al impío quando atormentado de su conciencia empieza á convertirse á Dios. El Apóstol ruega por las mismas entrañas de Jesu-Christo que nuestra caridad abunde mas y mas en ciencia y en todo conocimiento.

La caridad es, hermanos míos, un fuego que no solo abrasa el corazón, sino que le ilustra y le instruye. Quando la caridad nos conduce y anima, vemos todas las cosas como ellas son en sí, y nos hacemos inteligentes en los caminos de Dios. La caridad comunica

la luz y la ciencia à las almas simples. Los grandes genios cometen algunas veces errores muy crasos, y se precipitan de abismo en abismo; pero las almas limitadas, si son caritativas, conocen y ven la ley de su Dios, la ponen por obra, y con sus exemplos instruyen mas eficazmente que los Maestros y Doctores con sus sabios discursos. Por esta causa decia David que se habia hecho mas inteligente que los viejos. Esta luz purifica el corazon, arregla las intenciones, desvanece la ilusion y la mentira, y el hombre segun el deseo del Apóstol es entonces sincero, y aprueba lo mejor sin tropiezo para el dia de Christo. Los pasos que damos en el camino de la virtud son muy firmes quando van acompañados de la caridad; y si alguna vez tropezamos, porque se presenta una piedra de escándalo, nos levantamos inmediatamente auxiliados de la humildad.

Si vosotros, hermanos míos, estudiaseis las ventajas de esta caridad; si comparaseis los consuelos que se encuentran en el servicio del Señor con las falsas alegrías del siglo; si sobre todo tomaseis una idea de la paz que experi-

mentará el alma fiel en el dia de Jesu-Christo quando parezca delante de su presencia llena de obras de justicia practicadas con toda la atencion posible, entonces serian mas amables para vosotros la piedad, la sabiduría y la virtud. ¿Qué haceis, en efecto, quando despreciando la ley de Dios escuchais vuestras pasiones? ¿No someteis vuestra cerviz á un yugo mas imperioso y mas duro? ¿Acaso veis los objetos como ellos son en sí? ¿No desconocéis lo que mas os importa conocer? ¿No preparais las aflicciones mas duras para la vida presente y los peligros mas funestos para la futura? ¿No renunciáis voluntariamente el derecho que teneis á la misericordia de vuestro Dios?

Christianos, sed por tanto mas sabios y mas inteligentes sobre vuestra verdadera felicidad: obrad bien, y esperad la recompensa: corred delante de Jesu-Christo con vuestras buenas obras, y entonces le vereis venir con sus gracias para preveniros: entonces colmará vuestro corazon de consuelo, os animará con la esperanza, y os coronará con recompensas eternas en la gloria. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MARCOS,
cap. 7. v. 31. 37.

En aquel tiempo : Saliendo otra vez Jesus de los confines de Tyro , fué por Sidón á el mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápolis. Y le traxéron un sordo y mudo, y le rogaban que pusiese la mano sobre él. Y sacándole aparte de entre la gente , le metió los dedos en sus orejas : y escupiendo , le tocó su lengua : Y mirando al Cielo, gimió , y le dixo : Ephpheta , que quiere decir : Sé abierto. Y luego fueron abiertas sus orejas , y fué desatada la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que á nadie lo dixesen. Pero quanto mas se lo mandaba , tanto mas lo divulgaban : Y tanto mas se maravillaban , diciendo : Bien lo ha hecho todo : á los sordos ha hecho oír , y á los mudos hablar.

INSTRUCCION.

De grande utilidad es para nosotros , hermanos míos , el seguir á Jesu-Christo en las diferentes circunstancias de su vida mortal , porque no da un paso que no esté marcado con algunos milagros en favor de los que solicitan su proteccion , ó con algunas instrucciones para el aprovechamiento de todos los que le siguen. El corto espacio de tiempo que ha consagrado á los exercicios de su ministerio es tan fecundo en doctrina que basta seguirle y escucharle para aprender las obligaciones y las virtudes propias de los Christianos. Apenas empieza su mision y sus trabajos , obra el prodigio de que nos habla hoy el Evangelio , y se hace tan notoria su sensibilidad en toda aquella comarca que los enfermos y todos los necesitados le salen al encuentro en los caminos para solicitar su curacion , seguros de obtenerla , pidiéndola con fé y confianza. La Iglesia , hermanos míos , ofreciendo á nuestra consideracion los

milagros del Salvador, nos quiere hacer mas sensibles á nuestros propios intereses, y con este fin nos habla con frecuencia de su poder y su misericordia. Nuestras enfermedades, no son menos reales y urgentes que las de tantos infelices á quienes se ha dignado alargar una mano de socorro, y su corazon no es hoy menos compasivo y tierno que lo era en aquellos dias de su vida mortal. Por tanto conviene conocer la naturaleza de nuestros males, y este es el fruto que espero conseguir de la explicacion del presente Evangelio; dadme atencion.

Jesu Christo no habia venido solamente para consolar á los justos, ni para darlos vigor y seguridad: su mision tenia un objeto mas digno de su misericordia. En efecto, vino á dar auxilios á todos los Christianos que por su flaqueza habian caido baxo la dominacion de Satanás: vino á curar las enfermedades espirituales para que fuesen libres de la muerte del pecado: vino á buscar todas las ovejas que se habian separado de los caminos de la justicia, y á salvar muchas almas que estaban expuestas á perecer eternamente por cau-

sa de sus pecados. Si algunos de vosotros, hermanos mios, sois responsables á la divina justicia, no por esto os dexeis abatir á la vista del torrente de iniquidades que os inunda, porque Jesu-Christo en el Evangelio de este dia nos ofrece un motivo muy poderoso de conversion y de arrepentimiento. En el orden de la gracia como en el de la naturaleza hay enfermedades inveteradas que casi se han hecho incurables, y quizá muchos de vosotros os veis constituidos en este fatal estado. Las precauciones saludables y los esfuerzos vigorosos que habeis hecho en todo este tiempo, no son suficientes muchas veces para libertaros de las recaidas; pero Jesu-Christo curando hoy una enfermedad que por su naturaleza era superior á quantos remedios se habian puesto, os ha querido enseñar que los tiene muy eficaces para todos vuestros males, y que basta solicitar con fé la curacion para conseguirla.

En efecto, hoy le traxéron un sordo y mudo. Los amigos de este hombre infeliz, para mover é interesar á Jesu-Christo en su favor le hacen las instancias mas vivas; y persuadidos de

su poder, solamente exigen que ponga la mano sobre él: tanta era su esperanza. Nosotros, hermanos míos, experimentamos también todos los días la fuerza y la eficacia de la imposición de las manos hecha en nombre de Jesu-Christo: venimos muchas veces á los pies de sus Ministros llenos de enfermedades y miserias, y no solo arrastramos largas é inveteradas costumbres, sino que reunimos á ellas toda la malicia que puede caber en el corazón del hombre; pero sin embargo, si con las disposiciones que exige Jesu-Christo solicitamos la curación, levanta su Ministro la mano sobre nuestras cabezas, y por medio de esta imposición acompañada de las palabras sacramentales, se curan nuestras llagas, se disipan las enfermedades, y recobramos la gracia que habíamos perdido por el pecado. Para que esta verdad sea mas sensible, figurémonos representado al pecador en la persona de este enfermo que traen hoy á Jesu-Christo, y reconoceremos que las dos enfermedades que padecía son las mas propias para demostrar el estado á que nos conduce insensiblemente el pecado mortal quando degenera en costumbre.

Si, hermanos míos. El primer daño que el pecado mortal causa en nuestras almas, es hacerlas sordas. Dios habla frecuentemente á un corazón dominado por las pasiones, pero por lo común no se le oye: habla por el órgano de sus Ministros quando en su nombre nos anuncian las justicias, y misericordias; pero los pecadores encuentran con facilidad los medios de echar sobre otros las verdades que oyen, y de que debieran aprovecharse para reformar su conducta. Dios habla por el medio de los diferentes sucesos y acontecimientos de la vida: una muerte repentina le anuncia al pecador su peligro inminente, y le advierte que piense en sí mismo, y esté prevenido para quando se le llame: una pérdida considerable de bienes, le dice, que vendrá un tiempo en que deberá separarse de todos los objetos que mas han lisongeado sus pasiones: una enfermedad violenta y peligrosa le predica la necesidad de convertirse á Dios: los remordimientos continuos que le despedazan, y las inquietudes que le devoran, le prueban que no tiene que esperar la paz en el pecado; pero el pecador no

oye, ó no quiere oír ninguna de estas verdades, porque son demasiado duras y opresoras.

Dios habla por los exemplos de los buenos y de los malos. Por una parte parece que la vida edificante de los justos con quienes se ve obligado á vivir el pecador, solo debería inspirarle respeto á la virtud; y por otro las caídas y los descaminos de los pecadores sus semejantes deberían enseñarle y penetrarle de horror ácia el vicio; pero la voz del exemplo tan poderosa y tan fuerte no hace casi efecto alguno en un corazón abandonado y endurecido.

Dios habla tambien por sí mismo. Las secretas inspiraciones de que se vale para retraer al pecador: los vivos temores que le inspira y los santos deseos que engendra en su corazón, son motivos poderosos para que se convierta; pero la voz de las pasiones mas fuerte todavía levanta el grito dentro de su corazón, y le confunde y engaña. ¡Qué digno, Dios mio, es de compasion el Cristiano que no oye vuestra voz!

El hombre de nuestro Evangelio era tambien mudo, y este es el segundo estado de un pecador. El Criador ha

formado cada ser con aquella organizacion propia para que manifestase su reconocimiento, y le diese la gloria que se le debe. Todas las criaturas, aun aquellas que parecen mas mudas é insensibles, corresponden á sus altos designios, y publican sus perfecciones y maravillas. Los cielos, dice el Profeta, anuncian la gloria del que los ha formado: el dia y la noche se transmiten sucesivamente el cuidado de bendecirle, y los animales todos llenando las miras de su Providencia y de su atencion le tributan el homenaje mas eloqüente y mas glorioso. Solo el hombre calla en la naturaleza, porque solo él se sale del orden que le ha prescripto la sabiduría de su Autor, y debiendo ser el primero que publicase sus grandezas, porque le ha formado á su semejanza, porque le ha colmado de bienes, y porque por medio de su hijo le ha dado entrada en la mansion eterna, guarda el silencio mas cobarde y vergonzoso. Idea terrible y triste del pecado, pero capaz al mismo tiempo de hacer sobre el pecador la impresion mas viva á poco que reflexione sobre su existencia. ¡Qué haceis, hermanos míos, quando pecais mortal-

mente? ¿No rehusais á Dios el respeto y el honor que se le debe? Entretanto que todos los animales de la tierra no viven, no obran, no respiran sino para executar sus designios: entretanto que emplean todo su instinto, todas sus facultades y movimientos para manifestar su sabiduría y obedecer sus leyes, ¿no empleais vosotros todos los vuestros para ultrajarle? ¿No debeis avergonzaros al ver que vuestros animales domésticos con su pronta obediencia á los preceptos que les imponéis, os hacen un cargo de la independencia que solicitais tener del Soberano Señor de todo lo criado? ¿No es una vergüenza, repito, que sean ellos vuestros maestros y modelos? ¿Tan miserable es vuestra suerte; tanta la ignorancia?

Pero veamos la consecuencia que debemos deducir de los efectos que el pecado hace en vuestro corazon. ¿Será justo permanecer en la indiferencia, y no solicitar el remedio de dos males tan poderosos? No, hermanos míos, tened entendido que Dios es un médico que puede y quiere curaros, y que para esto ha depositado en los tribunales de la

penitencia la eficacia de sus remedios: el Ministro que ocupa el lugar de Jesu-Christo está revestido de todo su poder, y si venis con la misma fé que este hombre del Evangelio, experimentaréis de su parte la misma solicitud y el mismo amor, con tal que tomeis las precauciones que os prescriba, y que pongais en execucion aquellas prácticas que considere necesarias para la remision de los pecados.

Jesu-Christo podia sanar este hombre solo con la simple disposicion de su voluntad, y decirle, como á otros muchos, ya estás sano; pero recurre sin embargo á diferentes medios que contienen grandes instrucciones. Primeramente le saca á parte de entre la gente, sin duda para convencernos de una verdad de que la experiencia nos instruye todos los dias. En efecto, entre la turbacion y disipacion del mundo no se obran las verdaderas mudanzas y las conversiones sólidas. Quando el pecador quiere conservar con el mundo todas sus relaciones, desaparecen los santos deseos, y pierden su energía las resoluciones mas vigorosas. Esta es la causa por que despues de tantas promesas y

esfuerzos conservais todavía las mismas costumbres. La frecuencia de las mismas compañías, el goce de los mismos placeres, de las mismas amistades, de los mismos comercios os causa la muerte y precipita en el abismo. Sabed pues que para obrar eficazmente vuestra salvacion debéis apartaros de la multitud con Jesu-Christo, pero sin renunciar la sociedad, sin abandonar el comercio, el empleo ó qualquiera otro estado en que la Providencia os haya puesto. Es preciso no conservar con el mundo sino aquellas amistades de necesidad y de caridad; y romper con las que inducen sospecha, criminalidad y peligro: es preciso separarse del mundo quando trata de entregaros á una dissipacion excesiva, ó de permitirnos ciertos abusos que producen fatales consecuencias; pero reunirse quando lo exige así el bien de la sociedad y la edificación del próximo: es preciso ser del mundo, pero del mundo Christiano: usar del mundo, pero como Christiano: servir al mundo, pero según las reglas que la fé prescribe al Christiano. En esto consiste seguir á Jesu-Christo y separarse de la multitud; pero en este

retiro conviene manejarse con suma prudencia para no singularizarse con indiscreciones, y venir por consecuencia á caer en el ridiculo. ¡Qué útil sería, hermanos míos, vivir en esta separacion! Así lo reconoce el enfermo de nuestro Evangelio: Jesu-Christo esperó que saliese de entre la gente para cumplir los designios de misericordia que tenia formados sobre su persona; pero tambien recurre á otros dos medios para curarle perfectamente. El Evangelio dice: que le metió los dedos en sus orejas, y como si la curacion de estas enfermedades fuese mas difícil que la de todas las otras que habia curado hasta entónces, miró al cielo sin duda para solicitar los auxilios de su Padre: gimió, como para quejarse de la tardanza de la naturaleza en obedecer su voz, y le dixo ephphetha, que quiere decir: sé abierto.

¿Qué consecuencia deberémos sacar, hermanos míos, de todas estas precauciones de Jesu-Christo, quando en otras circunstancias á su presencia sola se disipan las enfermedades mas largas y penosas? ¿Tendrá necesidad de usar de ceremonias que

al parecer mas bien retardan el efecto de su poder? Jesu-Christo nada de esto necesita, hermanos míos, pero quiere obrando de esta manera, responder á las murmuraciones secretas que se levantan en nuestro corazón quando nos quejamos de las señales exteriores y sensibles que exige para aplicarnos su gracia. En efecto, las reglas que nos prescribe la Iglesia para acercarnos al Tribunal de la penitencia, ¿no son muy duras para nosotros muchas veces? El examen de conciencia, la confesion de nuestras culpas, las penitencias y satisfacciones que nos impone el confesor, ¿no son causa de disgustos interiores y secretos? Nosotros quisieramos que satisfecho el Ministro con una confesion vaga é indistinta nos dispensase de ese pormenor de circunstancias, cuya memoria nos llena de confusion. Aquellos que viven encenagados en los vicios vergonzosos, ¿no es verdad que frecuentarian mas estos tribunales, si para recibir la gracia de la reconciliacion bastase decir he pecado? ¿No miran estos la confesion como un yugo insoportable, solo porque deben revelar todas las circunstancias; y des-

cubrir los pensamientos mas secretos, y los deseos mas ocultos del corazón? Pero decidme, hermanos míos, ¿no ha tenido Jesu-Christo nada que padecer para conseguir el perdon de vuestras culpas? Para expiar el pecado ¿no ha experimentado todos esos motivos que os desaniman en el Sacramento de la Penitencia? Si os detiene la vergüenza, ¿no ha sido Jesu-Christo harto de oprobrios? ¿No le han tratado sus enemigos como al mayor de los malvados de la tierra? Su nombre y su cruz ¿no han venido á ser una materia de escándalo para su pueblo, y de burla para los gentiles? Si estais penetrados de temor ¿no se ha resentido Jesu-Christo de los horrores de la muerte aun ántes que ejercitase ella su imperio sobre su cuerpo? En aquel momento de su agonía ¿no se le ha visto manifestar el temor mas vivo? Si os detiene la penitencia que os imponemos, y las prácticas que os prescribimos, ¿podrán acaso compararse con los horribles tormentos que le asaltaron por todas partes? Sin embargo quiso, hermanos míos, pasar por todas estas pruebas para hacer mas dulce y fácil el Sacramento de la Peni-

tencia, y al mispo tiempo para que no tuviesen excusa los Christianos. La penitencia no es dura quando el pecado es grave, ni los medicamentos son amargos comparandolos con el ansia con que tragais el veneno del vicio. ¿No tendríamos, hermanos míos, un motivo justo para sospechar de vuestra penitencia, y dudar de vuestras disposiciones, quando con un deseo aparente de convertirnos y reconciliaros con Dios, mostrais tanta repugnancia para cumplir las obras de penitencia que os imponemos? ¿Ignorais que faltando esta circunstancia vuestra conversion no puede ser sólida ni verdadera? Jesu-Christo habia curado muchas enfermedades con una sola palabra, y en ocasiones bastó su presencia para que recobrasen la salud los enfermos que se le presentaban; pero ahora quiso enseñarnos, que si los pecados difieren por su naturaleza, se han de explicar con toda distincion las causas de la diferencia.

Pero ya que las palabras de nuestro Evangelio os han demostrado, dos circunstancias esenciales para el Sacramento de la Penitencia, debeis considerar tambien la tercera que exige, y

es el dolor de los pecados. Jesu-Christo miró al cielo: este es el lugar á donde el pecador debe dirigir toda su atencion y sus mirada, porque ha pecado contra el cielo, y debe por tanto solicitar que Dios por un efecto de su misericordia le conceda la compuncion, el dolor y las lágrimas. Sin embargo, debe considerar tambien el estado infeliz en que se halla constituida su alma, y examinar los senos de su corazon para llorar los daños que han hecho sus pasiones. Jesu-Christo considerando el estado en que se hallaba el hombre del Evangelio, gimió; y en efecto, estando sordo y mudo, no era fácil que pudiese manifestar sus pensamientos sino con señales equívocas. Esta es la suerte de los mudos y sordos en el orden espiritual; y si uno solo que padecia esta enfermedad, dió motivo á que Jesu-Christo suspirase, ¿quát será su sentimiento al ver tantos Christianos que viven en estado tan infeliz sin conocerlo? Ese entorpecimiento que no os permite oír ni entender las verdades de la salvacion; ese respeto humano que aprisiona vñestra lengua quando se trata de dar á Dios, á

su religion y su verdad el testimonio que piden ¿no manifiestan, hermanos míos, que estáis sordos y mudos, y que entretanto que la palabra del Señor no cure vuestra enfermedad, no podreis tener el dolor que se requiere para conseguir el perdon de vuestros pecados? Dios mio, dad ahora á mis palabras aquella fuerza y eficacia que tuvieron las vuestras para curar al mudo del Evangelio; ó por mejor decir, pronunciadlas vos mismo sobre tantos sordos y mudos que se hallan congregados en este templo. Decidles ephphetha, sé abierto; y se abrirán de repente sus oídos, se desatarán sus lenguas, y sus palabras serán en adelante santas y edificantes. El Evangelio nos dice, que luego fueron abiertas las orejas del sordo mudo, que fué desatada la ligadura de su lengua, y que hablaba bien. Esto mismo acontece con todos los pecadores quando teniendo las disposiciones necesarias reciben la absolución del Sacerdote. Inmediatamente oyen las verdades eternas, y no solo las ponen por obra, sino que las publican entre todos sus hermanos, para edificarlos y procurar su conversion.

No sé ciertamente, hermanos míos, si deberemos admirarnos mas del poder de Jesu-Christo para hacer tantos y tan singulares milagros, como de su atencion para ocultarlos. El Evangelio nota que mandó á todos que á nadie lo dixesen. ¿Imitamos nosotros este desinterés, esta humildad siempre que comovidos de las miserias del próximo les dispensamos el remedio? ¿Procuramos que nuestras buenas obras solo sean conocidas de aquel Señor que penetra el secreto de los corazones? Si nuestra caridad, hermanos míos, no fuese tan pública, seria de mas mérito sin duda para con Dios, y de mas utilidad para nosotros mismos. No por esto quiero alejar de vuestro corazon la misericordia, y haceros insensibles á las necesidades del próximo; pero debo sí advertiros, que vigileis contra un enemigo que nunca descansa, el qual quando no pueda seduciros y arrastraros al mal, á lo ménos buscará ocasiones para corromper el bien que no puede impedir. ¿Qué importa que los hombres ignoren la abundancia de vuestras obras, si ellas hablan delante de Dios, que conoce la sinceridad de los corazones? Considerad

que Jesu-Christo mandó que á nadie lo dixesen ; pero como las buenas obras no pueden estar ocultas , quanto mas se lo mandaba tanto mas lo divulgaban, y se maravillaban , diciendo : bien lo ha hecho todo : á los sordos ha hecho oír , y á los mudos hablar. ¡Qué diferencia , hermanos míos, entre estos elogios y los que dispensamos á los hombres ! ¿Podremos en alguna ocasion decir que lo han hecho todo ? ¿No sabemos que sus talentos son limitados, y que su poder no es ninguno quando se compara con el del Autor de la naturaleza ? Alábense enhorabuena sus obras : alábense sus virtudes heroicas, todo esto se desvanecerá bien pronto de la memoria, porque tal vez no ha producido bien alguno. Pero Dios lo ha hecho todo, y no como los hombres. Sus obras se distinguen siempre por el caracter de bondad que ha impreso en ellas. No hablemos de esa desigualdad de fortunas y de condiciones que distingue los hombres entre sí , ni del des crédito en que vive la virtud , ni de la prosperidad constante de los impíos, ni de la impunidad de sus crímenes. Todos estos son misterios que no puede

comprender la razon humana ; pero sin embargo podemos decir que á pesar de esta desigualdad misma resulta un bien sensible para los justos y para los pecadores.

Dios mio , pues que los efectos de vuestra palabra son inefables , dignaos pronunciar sobre nosotros aquellas palabras ephphetha. Haced , Señor, que se abran nuestros oídos , y que se desate nuestra lengua : hablad á nuestro corazon por el ministerio de vuestros siervos, por los exemplos de los santos , y por los llamamientos de la gracia. Inspiradme , Señor , para que os hablemos con nuestras fervorosas oraciones, con los gemidos mas profundos y con deseos verdaderos y santos ! Dios mio, disipad el disgusto que sentimos quando dilatais los socorros y los auxilios, y asegurad á nuestro corazon la paz que desea, y la felicidad que pide. Así sea.

DOMINGO XII.

DESPUES
DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS
cap. 5. v. 1. 5.

Hermanos: Justificados pues por la fé, tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesu-Christo: Por el qual tenemos tambien la entrada por la fé á esta gracia, en la qual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Y no solamente esto, mas nos gloriamos tambien en las tribulaciones: sabiendo que la tribulacion obra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza: Y la esperanza no trae confusion: porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado.

INSTRUCCION.

Si considerasemos, hermanos míos, los provechos y las ventajas que nos procura la fé, sin duda corresponderiamos mejor á la gracia, por la qual somos llamados á ella, y vigilaríamos con mas cuidado para conservar este precioso depósito. Con este fin nos presenta hoy la Iglesia esta pequeña parte de la Epístola del Apóstol á los Romanos que abraza la idea mas completa de la fé. Los Christianos que desconocen esta virtud, se verán confundidos y humillados; pero aquellos que se alimentan con ella, y siguen constantemente sus principios, sentirán sus prodigiosos efectos, hallarán abundantes consuelos, y tendrán prontos recursos en sus aflicciones y trabajos. Por tanto, dedicaos á conocer la fé que habeis recibido en el bautismo: estimadla, y corresponded á ella con fidelidad para que no sea un objeto de confusion para vosotros: tenedla siempre por compañera en todas las tentaciones de la vi-

da, y conseguireis la victoria. Para que yo pueda daros á conocer estas verdades fundamentales, implorad la gracia del Espíritu Santo.

Justificados pues por la fe, dice el Apóstol, tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesu-Christo. Nada prueba mejor la gracia de nuestra justificación que el íntimo enlace que ella tiene con la fé. Ni nuestros méritos, ni nuestras obras han tenido poder para sacarnos de las tinieblas á la luz, del pecado á la gracia, y de la muerte á la vida; pero Dios ha hecho resplandecer sobre nuestras cabezas un rayo de su verdad eterna, se ha dignado revelarnos misterios superiores á la razón, nos ha dado los auxilios necesarios para conocerlos, ha impreso en nuestras almas un sentimiento íntimo que nos mueve á creerlos y amarlos, y como si la sumisión que nos inspira naciese propiamente de nosotros, nos la recibe como un mérito personal, nos la atribuye como un acto de justicia, y nos concede para recompensarla la gracia de la justificación, y con ella una paz sólida que no conoce el impio.

En efecto por la fé, dice el Após-

tol, tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesu-Christo, por el qual tenemos tambien la entrada por la fé á esta gracia. La fé pues, hermanos míos, es la que produce la justificación, y la paz; y así podemos decir que todos los justos tienen paz. ¿Pero no vemos todos los dias muchas almas puras é inocentes contristadas y llenas de disgustos, que no pueden disipar á pesar de todo su cuidado? Preguntadlas si tienen fé, y os responderán que su espíritu está siempre agitado con dudas violentas acerca de la verdad y la santidad de nuestros misterios: que quanto mas hacen para calmar su espíritu, tantas mas agitaciones padecen, y que siempre ven abierto un abismo impenetrable delante de sus ojos. Si sondeais su corazón con relacion á la esperanza, os dirán que siempre ven á Dios armado con los rayos de su justicia: que la menor falta que cometen les parece digna de las penas eternas: que quando se deslizan en alguna de aquellas flaquezas que la humanidad casi hace inevitables experimentan una agitación, y unos remordimientos que el impio no suele padecer en los desórdenes mas

vergonzosos. Preguntadlos sobre la caridad, y les oireis decir que jamas sienten en su corazon ese fuego sagrado en que se abrasan las almas fieles, y que aunque se esfuerzan para amar á Dios, como es justo, apénas pueden resolverse á ello, ni hacer materialmente los actos que la religion prescribe. ¿Podrémos decir que reyna la paz en una situacion tan triste? Sí, hermanos míos. Quando la conciencia no nos acusa de pecados graves: quando á pesar de toda la agitacion interior que padecemos detestamos el pecado, y le evitamos: quando cumplimos con toda exâctitud nuestras respectivas obligaciones, podemos estar seguros de tener la paz con Dios, aunque no se gocen sus delicias. Entónces viviremos tranquilos en las agitaciones mismas; porque, como añade el Apóstol, en la fé estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Nuestra gloria por tanto tiene mas solidez que aquella que infla el corazon de los hijos de los hombres. En efecto, ¿qué gloria puede ser la que no tiene otro fin que la aprobacion y el sufragio de ciertas personas esclavas del error, cu-

yos aplausos nunca recompensan los trabajos que hacen para adquirirla, que hoy aprueban lo que condenan mañana, y que siguen en los elogios que prodigan, no la equidad, sino su propio interes! La gloria de los hijos de Dios se opone en un todo á la vanidad ó vanagloria, no solo en los motivos que la producen, sino tambien en sus efectos. Un Christiano fiel á su Dios es verdaderamente grande: grande por la persona á quien sirve, que es el Señor á quien se debe toda obediencia: grande por sus obras, las cuales se conforman todas á las leyes de su sabiduria infinita: grande por los derechos que adquiere, porque la humildad le ensalza abatiéndole delante de su Dios: en fin, él es su amigo, su confidente mas íntimo, y el heredero mas cierto. Esta esperanza le sostiene y le anima, y quanto mas se alimenta de ella, tanto mas firme está en las resoluciones que toma hasta en la misma afficcion; y mientras que los malos se desesperan en las tribulaciones que les sobrevienen, el justo se glorifica en las suyas como el Apóstol.

Qualquiera pues, hermanos míos, que sea el motivo de que se valga el hom-

bre para mitigar su afliccion, no es posible que borre la idea que tenemos de nuestra flaqueza. Recorred para comprobar esta verdad todas las especies de miserias de que Dios se sirve para humillarnos, y vereis por todas partes la nada de nuestra naturaleza. La pérdida de los bienes anuncia su fragilidad y la nuestra: las enfermedades presagian la corrupcion que nos espera en el sepulcro: la muerte de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros amigos, señala el término que tenemos destinado: las calumnias, las detracciones, y las perfidias descubren nuestros defectos, ó á lo ménos manifiestan la posibilidad de cometerlos; en fin, las faltas en que incurrimos casi sin sentir, y que debemos poner á la cabeza de todas nuestras tribulaciones, son un argumento cierto de la depravacion de la naturaleza. En efecto, á qualquiera parte que volvamos los ojos, ya sea dentro, ya sea fuera de nosotros, no vemos con el Sabio, sino afliccion de espíritu, y cargos que nos humillan, y nos prueban nuestra miseria. Sin embargo, el Apóstol quiere que saquemos gloria de todas estas tribulaciones en la esperanza de

los hijos de Dios. Este es el gran secreto que nos descubre para poderla encontrar con seguridad. Si nuestro corazón está penetrado de esta esperanza, todas las cosas mudan inmediatamente de semblante; en los bienes que perdemos no vemos un vacío que nos dexa en la indigencia, sino un cambio ventajoso, el qual por el sacrificio que hacemos nos procura otros bienes que no se consumirán jamas: las enfermedades las miramos como un medio para separarnos utilmente de los objetos que seducirian nuestro corazón, y como una expiacion necesaria del abuso que habiamos hecho de nuestra salud y de nuestras fuerzas: la separacion de nuestros amigos, y la muerte de nuestros parientes solo nos dexan sentir y llorar el corto espacio que nos privamos de su vista y de su compañía; pero entre vemos en esta misma desgracia una union próxima y permanente fundada sobre la caridad. ¿Qué importa que nos calumnien, que se descubran y publiquen nuestros defectos, que se desconozcan nuestros beneficios! ¿No hemos cometido faltas mucho mas graves en la presencia de nuestro Dios? No

será útil que se reprehendan nuestros excesos, y que se nos dé una idea de los delitos de que somos capaces si nos abandonamos á la perversidad del corazón? Si somos culpables, nos humillamos, nos affigimos; pero esta afficcion lleva en sí misma una gloria que Jesu-Christo parte con nosotros. ¡Qué consuelo, hermanos míos, tener un Dios por asociado de nuestras miserias! ¡Qué felicidad la de haber sido sacados del abismo del pecado para ser levantados á la gloria de los hijos de Dios! No, ya no me avergonzaré de mis afficciones, sabiendo, como dice el Apóstol, que la tribulacion obra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza.

La afficcion, hermanos míos, tiene todos los medios necesarios para santificarnos. Hace mucho tiempo que dixo Tertuliano, que los suplicios no hacian los mártires, sino la causa porque se padecian. Acontece algunas veces que los Christianos, quando se hallan anegados en los trabajos y llenos de dolores, se sirven de expresiones poco meditadas, comparando sus males con los de estos primeros defensores de la fé; pero para convencerme de la justicia de su

comparacion con los mártires, deberan decirme con el Apóstol, qual ha sido la afficcion que han sufrido con paciencia; si han hecho de sus tribulaciones una verdadera prueba en la qual hayan mantenido pura su fé; si ha sido sólida su esperanza, y ardiente su caridad. Entónces reconoceré y aplaudiré su buena disposicion; pero al mismo tiempo les preguntaré á qué tantas quejas y murmuraciones: porque si es verdad que estan persuadidos, como lo estaban los mártires, y como nos lo manifiesta el Principe de los Apóstoles, de que los males de esta vida no tienen comparacion ni proporcion alguna con la gloria que por ellos tenemos preparada; no deben murmurar de ningun modo, sino llevarlos con paciencia, y tributar á Dios continuas acciones de gracias, porque nuestra esperanza no trae confusion. Dios, hermanos míos, léjos de abandonarnos, nos dará tales bienes y consuelos que sobrepuyen con mucho nuestra esperanza, y que sean superiores á quanto se nos puede decir. ¡Qué infelices seriamos, si despues de vivir sujetos á trabajos penosos, si despues de renunciar las inclinaciones lisongeras, y de huir

con perseverancia de los placeres mas sensibles, no tuviésemos que esperar cosa alguna! Pero la esperanza no trae confusion.

En efecto, ¿qué idea podríamos formar de nuestro Dios, si el justo y el impio tuviesen la misma suerte? ¿Qué diríamos de su sabiduría si confundiese con un olvido eterno al que le adora y al que le ultraja? ¿Será posible que me haya dado en vano esa luz que me hace discernir el bien, esa centinela que me advierte de los peligros, esos remordimientos que me detienen? ¿Veré apagarse esta antorcha con mis dias para sepultarme en una noche funesta? Filósofos orgullosos, si estas son vuestras máximas, si de esta suerte ilustrais la humanidad, perezca para siempre vuestra falsa sabiduría, y sus consecuencias detestables. Decis que voy errado, no importa: yo prefiero mis tinieblas á vuestras luces engañosas y falaces. Decis que me alimento con una quimera que ha formado la imaginacion para seducirme, y alucinarme; pero vosotros quisierais darme una verdadera mentira. No, mi esperanza no trae confusion, y por tanto alejaos de mí, pues que vuestros es-

fuerzos han de ser vanos. El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espiritu Santo, y es el garante de las promesas que nos hace. Este amor es el que me cierra el oido á vuestros discursos: este amor es el que me instruye de vuestras mentiras: en fin, él es quien hace mi esperanza firme en el tiempo, y quien debe coronarla en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 10. v. 23. 37.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Bienaventurados los ojos, que ven lo que vosotros veis. Porque os digo, que muchos Prophetas y Reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oir lo que ois, y no lo oyeron: Y se levantó un Doctor de la Ley, y le dixo por tentarle: ¿Maestro, qué haré para poseer la vida eterna? Y él le dixo: ¿En la Ley qué hay escrito? ¿cómo lees? El respon diendo dixo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu cora-

zon, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento: y á tu próximo como á tí mismo. Y le dixo: Bien has respondido: Haz eso, y vivirás. Mas él queriéndose justificar á sí mismo, dixo á Jesus: ¿Y quién es mi próximo? Y Jesus, tomando la palabra, dixo: Un hombre baxaba de Jerusalém á Jerichó, y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron: y despues de haberle herido, le dexaron medio muerto, y se fuéron. Aconteció pues, que passaba por el mismo camino un Sacerdote: y quando le vió, pasó de largo. Y asimismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un Samaritano, que iba su camino, se llegó cerca de él: y quando le vió, se movió á compasion. Y acercándose, le vendó las heridas, echando en ellas aceyte y vino: y poniéndolo sobre su bestia, lo llevó á una venta, y tuvo cuidado de él. Y otro día sacó dos denarios, y los dió al Mesonero, y le dixo: Cuidamele: y quanto gastares de mas,

yo te lo daré quando vuelva. Qual de estos tres te parece que fué el próximo de aquel, que dió en manos de los ladrones? Aquel, respondió el Doctor, que usó con él de misericordia. Pues ve, le dixo entonces Jesus, y haz tú lo mismo.

INSTRUCCION.

Los justos, hermanos míos, que temen al Señor, tienen mucho que aprender, y que aprovechar en la compañía de los malos. Dios no permitiría esta mezcla de malos y de buenos si su Providencia no supiese sacar grandes ventajas, así para su propia gloria, como para la santificación de sus escogidos. En efecto, el pecado sin perder un ápice de su malicia, es muchas veces en el orden de su divina sabiduría la ocasión de sus mas grandes misericordias.

Esta verdad se comprueba en muchos lugares del santo Evangelio. Jesu-Christo viene frecüentemente á las manos con los Fariseos, y se ve expuesto á

todos sus tiros y contradicciones. Un espíritu de envidia les dicta, ó las preguntas mas capciosas, ó las respuestas mas ofensivas. Este trato doble y malicioso parece que debía empeñar á Jesu-Christo á huir de ellos, ó á lo ménos á guardar un profundo silencio á su vista; pero sin embargo nunca dexa de responderles, y se aprovecha de estas ocasiones para establecer las máximas mas sólidas de la moral christiana. Así podemos decir que somos deudores á los Fariseos en alguna manera de las parábolas sensibles y tiernas que nos ofrece el santo Evangelio.

En efecto, ¿qué cosa mas interesante que la parábola que Jesu-Christo hace al pueblo en el Evangelio de este día? ¿No sentimos dentro de nuestro corazón al escucharla, un afecto de compasión el mas tierno ácia este pobre pasajero que después de haberle despojado los ladrones, le hieren y le dexan medio muerto? ¿No nos penetramos de la admiración mas sincera por el Samaritano caritativo que viene á su socorro? Hermanos míos, vamos á mover en nuestro corazón estos sentimientos; y para ello implorad la gracia del Espi-

ritu Santo, y escuchadme con toda atención.

La superioridad de la doctrina de Jesu-Christo era sin duda muy conocida de los Fariseos quando se valen ordinariamente para preguntarle de aquellas personas mas versadas en el estudio de la ley. Es verdad, que con el fin aparente de consultarle, y en realidad, con el de sorprehenderle en sus palabras, envian en una ocasión á uno de sus discípulos; pero esto lo hacen una sola vez, y por lo regular se presentan siempre los Príncipes de los Sacerdotes y los Doctores de la Ley. Hoy es uno de estos hombres, quien se levanta y le habla para tentarle; pero reflexionad, hermanos míos, sobre la circunstancia de este suceso, y conoceréis toda la malicia de los Fariseos. Sin duda que el pueblo al acercarse un Doctor á Jesu-Christo pensaria que la dificultad que iba á proponerle, era una de aquellas mas obscuras que ha puesto Dios en la ley, para exercitar la humildad y la fé de los mas sabios é instruidos; pero todo ello se reduce á decirle: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? ¿Qué! ¿Un Doc-

tor duda sobre una materia tan fácil y conocida? No es insultar la Sabiduría Eterna el hacer una pregunta que hubiera resuelto sin trabajo el último de sus oyentes? No es esta conducta la que también teneis, hermanos míos, quando venis á preguntarnos sobre las cosas mas claras y mas bien establecidas, mientras que si dieseis una vuelta á vuestro corazón, encontraríais mil objetos sobre los quales sería mas conveniente y necesario instruíros? Pero me direis que no buscáis otra cosa mas que la luz y la verdad, y que deseáis hallar personas ilustradas para depositar en su seno todas vuestras dudas é incertidumbres. Este es un error crasísimo, porque todas vuestras preguntas están ya satisfechas si queréis fixar vuestra atención.

Jesu-Christo no entra con este Doctor en largas discusiones sobre la naturaleza de la felicidad á que aspira, ni sobre los medios de llegar á ella. Esto hubiera sido lisongear su amor propio y autorizar su malicia; y así reduce toda su instrucción á una pregunta llena de sabiduría y de bondad. En la ley qué hay escrito? Cómo lees? Como si

dixese: tú conoces la ley pues que estás encargado de enseñarla á los demas; ¿por qué pues me preguntas como si no la conocieses? Consultala, y ella te dirá lo que debes hacer para conseguir la vida eterna. Esta pregunta debia ciertamente imponer silencio á este Doctor si hubiera venido de buena fé á consultar á Jesu-Christo; pero era la malicia quien le conducia, y así no se confunde ni acobarda. En este pasage teneis, hermanos míos, una leccion muy importante. Si os aplicaseis como era debido al estudio fundamental de la ley, encontraríais en ella los medios mas poderosos y eficaces para resolver vuestras dudas, para destruir las malas inclinaciones, y arreglar vuestras costumbres. De dónde provienen los desórdenes que produce el libertinage sino de la ignorancia en que vivimos de la ley de Dios, y del abandono de nuestras obligaciones? En efecto, ¿quáles son los ejercicios, y cuál la instrucción del tiempo precioso de la juventud? Atended, padres y madres, á fin de que en adelante mostreis mas aplicación y cuidado sobre la crianza de vuestros hijos. Los unos abusando de su pobreza, los

crian y mantienen en una ociosidad criminal. Si les hacemos presente que la caridad les proporciona todos los medios de que pueden necesitar para instruirlos, y que con este fin se han establecido escuelas públicas gratuitas donde pueden concurrir libremente para aprender á ser ciudadanos útiles, y christianos fieles, nos responden que nada de esto necesitan, porque para aprender un oficio, ó qualquiera otro destino proporcionado á su clase, bastan unos muy medianos principios; y si queremos persuadirlos de la insuficiencia de su razon, y del perjuicio trascendental que trae á su posteridad semejante crianza, suelen ó no escuchar las razones, ó despreciarlas, ó tal vez insultarnos. Esta, hermanos míos, es una materia que pide mucha atención. La mayor parte del pueblo es pobre por necesidad, y ya que su ignorancia y su indolencia causa tantos perjuicios á la sociedad en que viven, justo es que dediquemos todo nuestro esmero para sacarlos de este infeliz estado. El Gobierno para esto nos presta siempre sus auxilios, y establece varios cuerpos destinados para dar educacion

y socorro. Aquellas personas que por un efecto de caridad toman sobre sí esta carga, deben cuidar sobremedura de hacer todas las diligencias que sean mas propias para instruir y socorrer á estos pobres, de manera que se desarraigüe de la masa del pueblo una ignorancia tan perjudicial. Si la instruccion no bastase para enseñarlos el modo de educar sus hijos, deben compelearlos con amenazas, deben tomar otras medidas correccionales; y si todavía esto no fuese suficiente, deben suspenderles hasta que hayan satisfecho una obligacion tan sagrada, los socorros que la caridad de los fieles pone entre sus manos. Este castigo sera tal vez suficiente; pero si no se remedia todavía su indolencia, si no corrigen sus costumbres para no dar malos ejemplos, en este caso será muy oportuno arrancar los hijos del poder de padres tan malos, y que se substituya el Gobierno, ó estos mismos cuerpos en su nombre, para darlos una educacion conveniente, y análoga á los fines del estado.

Otros Christianos ocupados todo el dia en el trabajo, pretenden echar de sí

el cuidado de instruir á sus hijos baxo el pretexto de necesitarlos para su servicio, á fin de que ayuden en quanto puedan á la manutencion de la casa, y de esta suerte los separan del estudio de su religion, y les privan de la enseñanza de las reglas morales que son tan necesarias para su conservacion misma. Estos pecan tambien gravemente en este punto. Por decontado faltan al amor de Dios, el qual les manda criar á sus hijos de tal manera que sean dignos adoradores de la Magestad suprema. Tambien ofenden al próximo, porque con su exemplo le quitan el mayor de todos los bienes, á saber, los medios de salvacion que la Providencia le concede. Estos pecados son de mucha trascendencia, y por tanto conviene instruir á semejantes Christianos haciéndoles entender que el trabajo, y las ocupaciones de la vida no son de modo alguno incompatibles con la enseñanza y la virtud.

Pero vamos á hablar de otra clase, en la qual son todavia mayores los defectos, y es la de las gentes ricas, y que en el mundo se llaman de gran distincion. ¿En qué consiste la brillante edu-

cacion de sus hijos? Voy á presentaros una reseña para que por ella vengais en conocimiento de los daños que esta clase causa á la sociedad. Apenas llegan los niños á la edad de seis ó siete años quando se les llena de maestros, los unos para el canto, otros para tocar el instrumento mas análogo á su gusto y otros para la danza, diversion peligrosa por la disipacion que trae consigo, y mas peligrosa todavia por las amistades que se toman, y por las pasiones que se fomentan. Se enseña á las niñas todas aquellas gracias, ademanes y modales que pueden servirles de atractivo: se llena la memoria de los niños con hechos históricos indigestos y sin método: algunas veces les enseñan las ciencias mas abstractas y elevadas que no corresponden de ningun modo ni á su edad, ni á su condicion: se les da una ligera nocion de todas las religiones del mundo: se les hace viajar á paises que no han de ver otra vez, donde relajan ó empeoran sus costumbres: además de todos estos maestros se les pone á el lado un director, que llaman ayo, el qual suele ser un hombre de pocos alcances, y que solo procura con-

templar al niño y á sus padres por su propio interes, y éste con enseñarle una cierta compostura exterior, á usar palabras comedidas, y á cierto mogigatismo (que así puede llamarse) en materias de religion y de piedad, no procuran de modo alguno formarles en la sólida virtud, ni les dan las reglas de una moral christiana y política. En fin, la educacion de estos niños es en todo superficial; y de aquí resulta que, quando salen de las casas de sus padres, desplegan toda su relaxacion, y no conociendo fundamentalmente ni al Criador ni á su ley, contraen los vicios y las costumbres mas groseras, y se hacen odiosos á todos los demas ciudadanos. ¿Pero qué diremos de aquellos padres que para descargarse de la educacion de sus hijos, los ponen en Colegios y otras enseñanzas, donde con sus frecuentes visitas, y con la contemplacion de los maestros y directores apenas dan un paso ni en las ciencias ni en la virtud? Estos, hermanos míos, no conocen ciertamente sus obligaciones. El cargo de la enseñanza es propio y peculiar de los mismos padres, de los quales los hijos recibirían siempre las instruccio-

nes mejor que de qualquiera otro extraño, porque irían acompañadas del amor paternal. La ignorancia sola, y la relaxacion puede ser la causa para que aparten de sí á sus hijos, violando los derechos de la naturaleza. Bien considero que puede haber alguna circunstancia que justifique esta separacion; pero en lo general es un abuso muy digno de llorarse, porque de aquí resulta que los mismos hijos no tengan el amor y respeto que deben á sus padres: de aquí resulta la indiferencia con que miran sus desgracias, y que considerándose libres de toda relacion y dependencia, tengan una conducta destituida de aquel miramiento que pide su estado. ¿Y qué diré de las madres que se dedican á corromper el pudor y la honestidad que sacan sus hijas de las casas de enseñanza, y que presentándolas en el gran mundo, ponen todas sus diligencias para enseñarlas aquel descoco y libertad con que ellas se presentan? Vosotros mismos, hermanos míos, veis todos los dias las conseqüencias de semejante abuso y relaxacion, y nosotros que somos depositarios de lances muy graves, conocemos la necesidad de la reforma en este punto.

Del abandono pues que se padece generalmente en la crianza de los hijos, procede esa ignorancia casi hereditaria en la mayor parte de las familias; ignorancia que lleva consigo todos los extravíos de la razon. Nada importa la instruccion que se adquiere en las ciencias; la principal consiste en el conocimiento de la buena moral, y en la practica de las buenas obras, porque sin duda han de ser ellas la parte mas principal de la enseñanza. Algunos padres se precian de sabios, y lo son en efecto, ménos en la parte directiva de sus hijos; ¿pero qué responderán quando se les pregunte acerca de la ley? ¿Podrán acaso con sus pretendidas luces autorizar su abandono? ¿No les dicta la religion la obligacion estrecha de enseñar á sus hijos segun las miras y la doctrina de Jesu-Christo? ¿Sobre qué podrán fundar las dudas que afectan sobre si una accion es permitida ó prohibida? ¿La ley no les dice con toda claridad lo que deben practicar? Pero dexemos ya, hermanos míos, esta materia, y veamos cómo responde el Doctor de nuestro Evangelio á la pregunta que le hace Jesu-

Christo, para deducir nosotros una regla que nos dirija en todas nuestras acciones.

Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento: y á tu próximo como á tí mismo. He aquí, mis hermanos, á lo que está reducida toda la ley de Jesu-Christo, y así le dixo: bien has respondido: haz eso, y vivirás. Sin embargo el Doctor, queriéndose justificar á sí mismo, ó deseando, por mejor decir, satisfacer y lisongear su orgullo, y su malicia, dixo á Jesus: ¿y quién es mi próximo? Para entender bien estas palabras, debéis saber, hermanos míos, que en los dias de Jesu-Christo estaba del todo desfigurado este precepto del amor del próximo. Los Fariseos enseñaban publicamente, que no debía entenderse por próximo sino la familia, los amigos, los parientes, y los habitantes de un mismo pais, que tenían una misma religion; pero que un desconocido, un extrangero, un Samaritano, no solo no debía interesarnos en sus desgracias, sino que merecia todo nuestro desprecio. Jesu-Christo

to predicaba una moral distinta enteramente, y extendia la obligacion de la caridad hasta los enemigos mismos; pero quién podia mejor señalar los límites de esta ley que el Legislador, el Maestro y el modelo de los hombres? Ved, Christianos, de la manera que satisface una pregunta tan maliciosa. El Evangelio nos refiere que tomando la palabra, dixo: un hombre baxaba de Jerusalem á Jericó, y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron; y despues de haberle herido, le dexaron medio muerto, y se fuéron. Aconteció pues, que pasaba por el mismo camino un Sacerdote: y quando le vió, pasó de largo. Y asimismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un Samaritano que iba su camino, se llegó cerca de él: y quando le vió, se movió á compasion.

Permitidme, hermanos míos, que abandone por un instante la letra de nuestro Evangelio, para sacar de esta parábola una verdad interesante á los pecadores. Este hombre detenido y robado en el camino, nos representa la imagen de un alma, que por su desgracia

ha caído en la tentacion, y que ha perdido la túnica preciosa de la inocencia; y nos ofrece dos consecuencias infinitamente saludables: la primera debe inspirar á los pecadores un vivo aborrecimiento al pecado, porque en efecto él es la causa de las pérdidas considerables que sufren en el orden de la salvacion, y de las llagas vergonzosas que los deshonoran á la vista de su Dios: la segunda pertenece á todos los Christianos, y debe penetrarlos de compasion ácia los pecadores para no insultarlos nunca con palabras de desprecio, ni con otros dichos que puedan ofenderlos en qualquiera manera; pero tambien deben no hacer ostentacion ni vanagloria de una justicia que pueden perder con tanta facilidad, porque en el camino peligroso de esta vida nadie está seguro de la violencia y de la perfidia de los enemigos de la salvacion. Este hombre herido, abandonado y medio muerto quedó por algun tiempo en este funesto estado sin tener el menor auxilio. Un Sacerdote de la ley es el primero que percibe este triste espectáculo; pero no se mueve á compasion. ¡Qué ins-

truccion, hermanos míos, nos presenta este pasage! Este Sacerdote insensible á las necesidades y miserias en que se halla constituido este infeliz, debe ser un motivo para exâminar nuestra propia conciencia, y desterrar todo espíritu de indiferencia y de dureza.

Dios mio, no permitais que yo separe la vista de tantos miserables, á quienes una indigencia perpetua, una desnudez universal, y las llagas mas peligrosas y funestas han puesto en el caso de excitar la compasion para remediar sus males: concedednos, Señor, la voluntad de poder trabajar eficazmente en el consuelo y alivio de todos los que reclaman nuestra asistencia y nuestro socorro. Pero el hombre de nuestro Evangelio todavia subsiste en el mismo abandono, porque el Levita que se acerca á aquel lugar sigue los mismos pasos del Sacerdote. ¿Quién será pues el que dará un socorro á este miserable? Si la ley de la naturaleza y la religion no han podido obligar á un Sacerdote y á un Levita, ¿podrá tener conmiseracion un Judío, un desconocido, ó por mejor decir, un enemigo? Ya sabeis, hermanos míos, que habia

un cisma muy considerable entre los habitantes de Samaria y los de Jerusalem. El nombre solo de Samaritano era tan odioso, que los Judíos echaban mano de él como una de las invectivas é injurias mas picantes; y los Fariseos para manifestar todo el desprecio que hacian de Jesu-Christo, le llamaron en muchas ocasiones Samaritano. Tal era el ódio que habia entre estos dos pueblos, que tenian interrumpido todo su comercio; y así quando Jesu-Christo encontró á la Samaritana junto á los pozos de Jacob, y la pidió agua para beber, se admiró ésta sobremanera de que un Judío la tratase con tanto cariño, y exigiése de ella un servicio semejante.

Sentado este principio, no deberemos admirarnos de que la parábola de que se vale hoy Jesu-Christo para enseñar la doctrina del amor del próximo pareciese tan extraña á los Fariseos. Un Samaritano es con efecto el que viene despues del Sacerdote y del Levita; pero mostrará la misma indiferencia? No, hermanos míos, luego que vé á este miserable, se mueve á compasion, y acercándose le cura las heridas, le

pone sobre su bestia, le lleva á una venta, y le cuida con toda la atencion posible. La caridad, dice San Pablo, es benigna; y así el Samaritano se baxa del caballo para considerar de cerca la situacion de este infeliz. La caridad es paciente, y lo sufre todo: el Samaritano no se desalienta, ni por las llagas del enfermo, ni por los demas ineonvenientes que pudieran sobrevenir; y así procura consolar y suavizar su desgracia. La caridad no busca sus propios intereses: el Samaritano olvida los suyos, y desprecia los perjuicios que pudiera ocasionarle su detencion. La caridad no se limita á las circunstancias presentes, porque nunca llega á extinguirse: el Samaritano no se contenta con sacar dos denarios y dárselos al mesonero para que cuide el enfermo, sino que le previene que quanto gastare demas se lo dará quando vuelva.

Ya pues, hermanos míos, que no puedo extenderme por la estrechez del tiempo sobre la aplicacion de esta parábola, voy á daros con San Agustin una breve idea de su sentido, para que por ella vengais en conocimiento de los beneficios que os dispensa Jesu-Christo.

to. El universo entero, dice este Padre, estaba gravemente enfermo: el infierno habia reunido todo su poder para destruirle, y por desgracia le tenia ya consternado y abatido con las llagas que habia hecho en su cuerpo; pero baxa del cielo Jesu-Christo, y penetrado como este Samaritano de nuestras miserias, se acerca á nosotros para considerar las enfermedades que padecemos: echa en nuestras llagas el aceyte de su gracia y el vino precioso de su sangre adorable: toma nuestra semejanza, y con ella todas nuestras heridas, como dice el Profeta; y no contento con haber derramado una vez su sangre por nosotros, establece en su Iglesia unos Sacramentos, cuya eficacia durará tanto como nuestros males: en fin no satisfecho con haber pagado la culpa de todos los pecadores, quiere tambien satisfacer todas las deudas que pudieran contraer en adelante. Este es, hermanos míos, el sentido genuino de nuestra parábola, y el mas propio para interesar nuestro corazon; pero el Fariseo no llega á penetrarlo, y Jesu-Christo se contenta con pedirle una aplicacion literal. ¿Quál de estos tres, le di-

ce, te parece que fué el próximo de aquel que dió en manos de los ladrones? Aquel, respondió el Doctor, que usó con él de misericordia. Pues vé, le dixo entónçes Jesus, y haz tú lo mismo.

Procuremos nosotros, hermanos míos, no hacer semejantes preguntas; no desconozcamos al próximo, ni obremos como si nos fuese desconocido. Los hombres en general son todos acreedores á nuestra solicitud y á nuestra misericordia, porque son nuestros hermanos, y porque han sido redimidos con la sangre de Jesu-Christo: la diferencia de costumbres, de países y de opiniones no debe ser un motivo para dexar de aliviarlos en todas sus miserias. Procuremos indagarlas para proporcionar su alivio con todos los medios y arbitrios que sean compatibles con nuestro estado; y Dios que vé siempre nuestras buenas obras, nos dará por ellas una recompensa en la eterna bienaventuranza. Así sea.

DOMINGO XIII.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS GÁLATAS,
cap. 3. v. 11. 22.

Hermanos: Que ninguno en la ley sea justificado delante de Dios, es manifesto; porque el justo vive de la fe. Y la Ley no es de la fe; mas, quien hiciere aquellas cosas, vivirá en ellas. Jesu-Christo nos redimió de la maldicion de la Ley, hecho por nosotros maldicion; porque está escrito: Maldito todo aquel que es colgado en un madero: Para que la bendicion de Abraham fuese comunicada á los Gentiles por Jesu-Christo, á fin de que por la fe recibamos la promesa del Es-

pirita. Hermanos, hablo como hombre, aunque un testamento sea de un hombre, con todo siendo confirmado, ninguno lo reprueba, ni le pone de mas. Las promesas fueron dichas á Abraham, y á su simiente. No dice: Y á las simientes, como de muchos; sino como de uno: Y á tu simiente, que es Christo. Mas digo esto: Que el testamento confirmado por Dios, la Ley que fué hecha quatrocientos y treinta años despues, no lo abroga para anular la promesa. Porque si la herencia es por la Ley, ya no es por la promesa. Y Dios por promesa le hizo á Abraham la donacion. ¿Pues para qué la Ley? Por causa de las transgresiones fué puesta, hasta que viniese la simiente, á quien habia hecho la promesa, ordenada por Angeles en manos de un mediador. Mas el mediador no es de uno solo: y Dios es uno. ¿Luego la Ley es contra las promesas de Dios? No por cierto. Porque si la Ley dada pudiese vivificar, la justicia en verdad seria por la Ley. Mas la escritura todas las cosas

encerró baxo de pecado, para que la promesa fuese dada á los creyentes por la fe en Jesu-Christo.

INSTRUCCION.

Las palabras de la Epístola de este día si por una parte nos ofrecen dificultades considerables y una respetable obscuridad, nos presentan por otra verdades sensibles y conseqüencias de fácil inteligencia. El Apóstol nos habla en este lugar de la Ley antigua, que ha sido reprobada por su insuficiencia para substituir en su lugar el testamento nuevo; y en este supuesto entenderemos facilmente todo lo que nos quiere decir de la mediacion poderosa de Jesu-Christo; conoceremos la excelencia de la fe que nos ha comunicado; daremos á la ley que ha grabado en nuestros corazones por el Espíritu Santo una justa preferencia sobre la ley antigua, que solo era una sombra y una figura de la nueva; nos afirmaremos en la esperanza, sabiendo que se han de

cumplir todas las promesas; y convencidos de su eficacia y estabilidad, trabajaremos para hacernos dignos de ellas por medio de nuestra fe en Jesu-Christo, de nuestra sumision á sus leyes, y de nuestra fidelidad para caminar sobre sus huellas. A fin pues que meditando las verdades que se contienen en esta Epístola, forméis unas disposiciones santas: pedidle á Dios que os comunique sus auxilios, y prestadme atencion.

Que ninguno en la ley sea justificado delante de Dios es manifesto. El Apóstol San Pablo asienta esta proposicion como un principio claro é incontestable. En efecto la justificacion ya no seria una gracia, si se pudiese alcanzar con las buenas obras, y el cumplimiento de los preceptos. La ley judayca solo debia considerarse como una extension ó explicacion de la ley natural que Dios habia grabado en el corazon del hombre al tiempo de formarle. Si ella hubiera justificado por sí misma sin la fe, seria preciso decir que el hombre abandonado á sus propias fuerzas era capaz de poderse salvar á sí mismo; y en este caso podria atri-

buirsele aquellas palabras que David aplica á Jesu-Christo: he salido de las manos de mis enemigos por mi propia virtud; pero de esta suerte seria inútil, que buscasse el justo los principios de la vida en una ley, que solo le muestra el camino. El justo vive de la fe, dice el Apóstol, y en estas palabras está contenida toda la economía de la religion. El Christiano que las medita con toda atencion, distingue y conoce en ellas los principios de la salud, y los efectos que los deseos de la bienaventuranza deben producir en su corazon. ¿Pero qué quiere decirnos el Apóstol quando nos previene que la ley no es de la fe? Estas palabras á primera vista estan llenas de obscuridad; pero desentrañándolas con cuidado, veremos en ellas que la ley no es extraña de la fe, mediante que nos remite á esta virtud preciosa. El Apóstol para animarnos á la práctica de los mandamientos nos dice: quien hiciere aquellas cosas vivirá en ellas. ¿Pero acaso los mandamientos por sí solos contienen un principio de vida y de salvacion? No, hermanos míos, pero la fe que nos da fuerza y virtud para

observarlos, infunde este principio en nuestros corazones. Llenemos por tanto, como el Apóstol, de bendiciones á aquel Señor que nos ha rescatado de la maldicion de la ley, y consideremos que para asegurar en nosotros esta madanza ha traído sobre sí la maldicion. Ved pues el principal objeto de nuestra fe, de esa fe que da vida al justo, y que es independiente de la ley. Los Christianos jamas deben separar sus ojos del Autor y del consumidor de su ley: deben mirarle continuamente en este estado de maldicion y de anatema á que ha querido sujetarse, porque nos amaba, y tributarle en recompensa los homenages de un corazon reconocido y sensible, pues que todas las naciones han sido benditas en él, para que la bendicion de Abraham fuese comunicada á los Gentiles por Jesu-Christo, á fin de que por la fe recibamos la promesa del Espíritu.

No tiene duda pues, hermanos míos, que nuestra vocacion es enteramente gratuita, pues aunque esté contenida en las promesas hechas al Padre de los creyentes, tambien es el efecto de una misericordia que se comunica á quien

quiere, y como quiere. Tambien es verdad que tantas naciones como viéron su término ántes del cumplimiento de esta promesa, no tendrán que culpar al Señor sobre el olvido en que vivian. En el dia de las venganzas tendrá sin duda que reprehenderles, como lo hace en el libro de la Sabiduría, de no haber elevado sus corazones á considerar sus perfecciones infinitas, á vista de los prodigios que habia obrado; ¿pero estos cargos, por justos y tremendos que sean, podrán compararse con los anatemas que debe fulminar contra el pueblo ingrato depositario de las promesas, testigo de los milagros, instruido de las profecias, y conducido, por decirlo así, como por la mano á considerar las grandes maravillas que obra ha todos los dias? ¿Podrán compararse, digo, con los rayos que debe lanzar contra este pueblo que tanto se obstinó en desconocer á su libertador y su Rey? Pero estos cargos no se limitarán á esta nacion incrédula: vosotros, Christianos, que habeis sido inxertos en este árbol infructuoso que Jesu-Christo para darle vigor ha cultivado con sus propias manos y regado con su sangre:

vosotros que habeis sido substituidos á los hijos de la promesa para haceros sus depositarios y herederos : vosotros á quienes ha colmado no de las riquezas de la naturaleza , sino de las de la gracia , y por quienes ha obrado , no maravillas exteriores y sensibles , sino prodigios de salvacion : ¿ qué responderéis en este tribunal quando Jesu-Christo os pida cuenta de las bendiciones que os ha merecido con el precio de su sangre , y con las maldiciones que ha traído sobre sí? Entónces vereis ese madero , en otro tiempo ignominioso , despidiendo anatemas y maldiciones contra todos los que hayan desconocido , deshonrado y vendido su fe por una vida opuesta enteramente á sus principios y sus dogmas. Dios , hermanos míos , es tan fiel en sus amenazas como en sus promesas , y la comparacion de que se sirve el Apóstol San Pablo , nos da una idea exácta de esta fidelidad. Compara pues la alianza hecha entre Dios y los hombres á un contrato revestido de quantas formalidades son imaginables para que sea seguro y valedero , el qual desde entónces queda ya baxo la proteccion de las leyes.

Si los contratantes por sus fines particulares y su mala fe quieren quebrantarlo , los Jueces como intérpretes de las leyes le conservan en su integridad , y le ponen al abrigo de todo atentado. El Apóstol advierte con mucha razon á los Gálatas , que la comparacion que propone no tiene proporcion alguna con el principio que quiere establecer. Si las alianzas de los hombres tienen alguna solidez y permanencia , la de Dios es inmutable. Los Jueces se engañan muchas veces y anulan un tratado que debian confirmar ; pero Dios no puede engañarse. Las promesas fueron dichas á Abraham y á su simiente : no dice , y á las simientes , como de muchos , sino como de uno , y á tu simiente que es Christo. En efecto desde Abraham hasta Jesu-Christo corrieron muchos siglos , y viéron la luz hombres muy distinguidos que llevaban un carácter de bendicion y de proteccion , que denotaba el cumplimiento de las promesas hechas al Padre de los creyentes ; pero sin embargo á ninguno de ellos habló el Señor en los términos que á su siervo fiel , quando le dixo : nacerá un hijo en quien serán benditas todas las nacio-

nes de la tierra. Estas palabras solo podian convenir á Jesu-Christo, porque se encuentran cumplidas las promesas en toda su extension.

El Apóstol deduce de esta reflexion un argumento que prueba la superioridad de la fe, y que atribuye la justificacion á la fe en Jesu-Christo, y no á las observancias legales. En efecto nos demuestra que desde la alianza hecha con Abraham y toda su posteridad pasaron quatrocientos treinta años hasta la promulgacion de la ley, la qual no abrogó esta alianza que confirmó Dios con juramento, sino que quiso por este medio recordar á su pueblo las condiciones estipuladas y necesarias para que subsistiese. El Apóstol se propone probar á los Gálatas que toda su justicia proviene de Jesu-Christo: que las ceremonias legales no pueden suplir en defecto de la fe, y que la ley antigua, aunque tan santa por la excelencia de su Autor, y por la sabiduria de sus preceptos, no estaba hecha para fixar la confianza del pueblo, sino para inspirarle la que debe á Jesu-Christo; y esta reflexion tiene lugar con nosotros que no vivimos

ya baxo la ley, ó que hemos recibido en Jesu-Christo otra ley mas excelente y mas santa.

Cuidado, hermanos míos, no sea que imiteis este pueblo á quien hoy habla el Apóstol, el qual dexándose llevar del exterior de su religion no sabia penetrar su espíritu. Nuestra religion santa tiene ceremonias y prácticas sensibles, de que se sirve la Iglesia para fixar la atencion y cautivar el espíritu: tambien tiene ciertas fórmulas en sus oraciones, y sigue en sus officios un orden que varia segun la grandeza de las solemnidades. Hay muchos Christianos que hacen consistir toda su piedad en seguir estas prácticas, en conformarse con estos usos, y en añadir á las fórmulas adoptadas por la Iglesia otras muchas particulares, pensando que de esta suerte son los hijos y discipulos verdaderos de la ley, quando por otra parte no procuran afirmarse en la fe, ni alimentarse de sus promesas, ni hacerse dignos de ellas con una vida que corresponda á su creencia. Estas prácticas de nada valen para su justificacion, porque su virtud no proviene de la fe sino de la ley. ¿Pues

para que la ley? pregunta el Apóstol: pero ved su respuesta. Ella fué puesta por causa de las transgresiones hasta que viniese la simiente, á quien habia hecho la promesa. Era preciso en efecto fixar á un pueblo naturalmente inconstante y ligero. Ya no existian Abraham, Isaac y Jacob, estos hombres que abundaban en fe, en sabiduría y en virtud: sus hijos habian degenerado de tal manera que no tenian ni un átomo de semejanza: Dios habia multiplicado en su favor toda suerte de prodigios; ya defendiéndolos de un Príncipe que los oprimia; ya librándolos de la mas vergonzosa esclavitud; ya consolándolos en sus aflicciones, y aliviándolos en sus miserias, y ya defendiéndolos en los ataques del enemigo; pero este pueblo en el instante que Dios le propone renovar su alianza, construye un becerro de oro, y se entrega con furor al culto impío de esta divinidad extravagante. Era pues preciso que se fixase su inconstancia, y que se le impusiese un yugo que le sujetase en la obediencia, y con este fin promulga Dios su ley. Cada transgresion tenia su castigo particular; pero esta ley tan

santa y anunciada por el ministerio de los Angeles, ¿acaso podia compararse con la fe que Jesu-Christo nos ha procurado? ¿Luego la ley es contra la promesa de Dios? No por cierto. Porque si la ley dada pudiese vivificar la justicia, en verdad seria por la ley. Es decir, luego la ley si es tal como parece, es contraria á las promesas de la gracia; puesto que no solamente no quita el pecado, sino que sirve para aumentarle, no por culpa suya, sino por la malicia del hombre. No es así, responde el Santo Apóstol, segun explica San Juan Chrisóstomo, ántes por el contrario: si la ley tuviese fuerza de dar la vida de la gracia y la eterna felicidad, en este caso haria lo que pertenece á la fe, y serian inútiles la fe y las promesas, porque la ley lo haria entonces todo ántes que fuesen cumplidas las promesas.

Por tanto concluye el Apóstol diciendo: la Escritura todas las cosas encerró baxo de pecado para que la promesa fuese dada á los creyentes por la fe en Jesu-Christo. En efecto todas las promesas que hizo Dios á Abraham, y en él á todas las naciones de la tierra:

todas las misericordias y gracias que ha hecho, y hará hasta la consumacion de los siglos en favor de los que se mantienen fieles á su servicio, todas, hermanos míos, traen su origen de Jesu-Christo. Todos los bienes que gozamos en el orden de la gracia parten de este principio: todo pues lo podemos en Jesu-Christo, y por él llegaremos á poseer la bienaventuranza por los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 17. v. 11. 19.

En aquel tiempo aconteció: que yendo Jesus á Jerusalem, pasaba por medio de Samaria, y de Galilea. Y entrando en una aldea, salieron á él diez hombres leprosos, que se pararon de lejos: Y alzaron la voz, diciendo: Jesus maestro, ten misericordia de nosotros. El quando los vió, dixo: Id, mostraos á los Sacerdotes. Y aconteció, que mientras iban, quedáron limpios. Y uno de ellos, quando vió, que habia

quedado limpio, volvió glorificando á Dios á grandes voces, y se prostó en tierra á los pies de Jesus, dándole gracias: y este era Samaritano. Y respondió Jesus, y dixo: ¿Por ventura no son diez los que fueron limpios? ¿y los nueve dónde están? No hubo quien volviese, y diese gloria á Dios, sino este extranjero. Y le dixo: Levántate, vete, que tu fe te ha hecho salvo.

INSTRUCCION.

Los leprosos que se presentan hoy á Jesu-Christo, estaban sin duda bien informados de su poder y de sus disposiciones benéficas. Si los pecadores fuesen tan zelosos para recobrar la gracia como estos hombres lo son para recobrar su salud: si recurriesen á Jesu-Christo, á sus Sacramentos y á sus Ministros con toda solitud como estos infelices, no tendríamos necesidad de valernos para que conociesen toda la deformidad de sus pecados, de las

exhortaciones, de las amenazas, de la severidad y del rigor de la penitencia. Pero ¿será posible que teniendo tanta semejanza con ellos en la especie y en la duracion de su enfermedad, no sepan siquiera imitarlos en el ardor con que se paran delante de Jesu-Christo, y solicitan su curacion? ¿Qué desgracia la vuestra, hermanos míos! ¿Qué rasgos de semejanza tan perfectos entre vosotros y los leprosos! No solo no se trata de buscar á Jesu-Christo, sino que se le huye; y si algunas veces se digna este Divino Salvador prevenirnos, como lo hace siempre con sus gracias, se desprecian, se olvidan, y tal vez se abusa de ellas para ultrajarlo. Christianos, si teneis un deseo verdadero de que vuestra alma sea sana de todas sus llagas, manifestaos sensibles al deseo de Jesu-Christo para sanaros, y á los medios que os procura para conseguirlo. Someteos á las reglas que establece y á las precauciones que exige para que esta curacion sea eficaz y sólida. Este es el fin á que se dirige el presente Evangelio, y en esta inteligencia interponed vuestros ruegos para que Dios me conce-

da el espíritu de claridad, y que mis palabras abrasen vuestro corazon en el deseo de una verdadera penitencia.

Aconteció, dice el Evangelio, que yendo Jesus á Jerusalem pasaba por medio de Samaria y de Galilea, y como la fama de sus milagros se divulgaba por todas partes, se reuniéron diez leprosos para salirle al encuentro, y pedir el remedio de sus males. Este lugar del Evangelio nos enseña, hermanos míos, que la conversion depende por lo regular de nuestra solicitud para aprovecharnos del pasage de Jesu-Christo. Hay almas á quienes Dios presenta gracias sin número, y otras á quienes solo se las asoma para retirarlas inmediatamente: á unas las visita con santas inspiraciones, las invita con exemplos domesticos, y las prueba con las aflicciones habituales, de que se sirve para separar su corazon de los deseos terrenos; pero con relacion á las otras puede decirse que pasa sin detenerse, ya por medio de una ocasion, que tal vez será la única, ya por un acontecimiento extraordinario, y finalmente por los deseos de conversion que les inspira, los cuales si se desprecian, ó aban-

donan, se disiparán inmediatamente sin esperanza de que vuelvan. Por esto decia el Profeta, no querais endurecer vuestros corazones si la voz del Señor se digna oiros; pero cuántas veces ha pasado este Dios por entre nosotros sin dexar rastro alguno? Quántas sin sentirlo estará en nuestra compañía? Ois un sermón, sentis ciertos movimientos; pero no llegais á convertirlos: lo mismo sucede con una enfermedad, en la qual habeis aborrecido el pecado, pero solo por un tiempo; y sin embargo estas son otras tantas visitas pasageras de que podeis y debeis aprovecharos, no sea que el descuido acumule sobre vuestras cabezas tesoros de ira. De dónde proviene esta negligencia, hermanos míos, sino de vuestra insensibilidad sobre vuestro estado, cuyo peligro no sois capaces de conocer? Decis que vuestra vida en nada se diferencia de la del comun de los hombres, y os tranquilizais considerando vuestra semejanza con un gran número de pecadores. Hoy vemos que estos diez leprosos, léjos de consolarse mutuamente, no se reunen sino para inspirar á Jesu-Christo mas com-

pasion sobre su miseria. Esta conducta debe ciertamente excitar nuestros elogios; pero mucho mas su atencion de pararse de léjos, á fin de no violar la ley que obligaba á los leprosos á habitar fuera de poblado, y apartados del resto de las gentes; pero no dexemos tampoco de admirar aquella viva fe, que les hizo levantar su voz para ser oídos de Jesu-Christo. Es inútil acordaros aquí la semejanza que hay entre un pecador y un leproso; pero no dexaremos de deciros una verdad que debierais tener siempre en consideracion, y es que la separacion y el retiro son esenciales para las almas que quieren salir de sus pecados. Sí, hermanos míos, nada importa que las resoluciones sean las mas sólidas, ni que las disposiciones del corazón sean las mas firmes, y mucho ménos que se detesten las máximas y los abusos del mundo, porque mientras se mantengan las relaciones con él, no podreis manteneros en la fe ni conservar la virtud. Si no quereis pecar, es indispensable mirar muy de léjos la corrupcion que reyna en él: debeis apartar el oído de sus errores y sus má-

ximas, y no tomar parte alguna en sus placeres: en fin es necesario romper del todo con quanto tiene de criminal y peligroso, y entónces podreis tener seguridad de vuestra conversion. ¿Pero es esta la única separacion que debe prescribirse un pecador? No, porque esta solo es de precaucion y de temor; hay otra de necesidad y de respeto que le enseña á no usar jamas de las cosas santas sino con el cuidado y la reserva mas escrupulosa. No debe por tanto llevar con impaciencia que alguna vez se le dilate la absolucion, y que no participe del adorable pan de los Angeles, teniendo presente que en los tiempos de la primitiva Iglesia tenian los fieles que sufrir penitencias muy duras ántes de llegar al término de una reconciliacion perfecta. Pero no penseis que consiste la conversion en estar suspensos por un cierto tiempo de la participacion de los Sacramentos, porque hay muchos pecadores que viven tranquilamente en este estado sin tratar de mejorar sus costumbres; que nos hablan siempre de su dignidad sin respetarlos como merecen, y que á pretexto del

poco fruto que sacan del Sacramento de la Penitencia, pretenden excusar su inaccion y su abandono. ¡Qué diferente conducta la de los diez leprosos! ¡Es verdad que se paran de léjos; pero tambien lo es que alzan su voz para ser oídos de Jesu-Christo. En efecto gritan desde el fondo del abismo como el Profeta; pero la disposicion de su corazon ¿no era conforme á los designios de Jesu-Christo? ¿No les bastaba presentarse con la buena intencion de mover su misericordia para conseguir la súplica que le hacen? Aquel á quien se dirigen ¿no es el Dios que segun la expresion del Profeta escucha las simples preparaciones del corazon? Sí, hermanos míos; pero ellos deben enseñar á los pecadores que quando viven sujetos al pecado, no solo son muy débiles estas preparaciones, sino que tambien se ven sofocadas muchas veces por el grito de la iniquidad; y que la necesidad de levantar su voz debe ser mar urgente á medida que sean mayores y mas numerosos sus pecados, á fin de que acallen, si es posible, el grito que se levanta desde el fondo de su injusticia. Por tanto, her-

manos míos, ya que vivis sometidos al yugo del demonio, decid con el Profeta, aunque en otro sentido: que vuestra voz está ya casi extenuada: es decir, que vuestras oraciones son muy tibias; que estais muy desfallecidos cuando se trata de hablar á Dios; que vuestros votos se ven interrumpidos con imágenes peligrosas, con deseos perversos, mientras que por otra parte está demasiado viva y fogosa la inclinacion al pecado. ¿Pensais de esta manera ser oídos de un Dios que por un efecto de su justicia calla, y se retira? Levantad la voz Christianos. Si el Señor no corresponde á las primeras instancias, gritad con mas fuerza; y si todavía no bastase, dad tales gritos que á la manera de los rugidos del leon, expresen con toda viveza vuestro dolor. ¿Pero qué direis al Señor para moverle? ¿Le hareis una larga exposicion de vuestros pecados? El los conoce mejor que vosotros. ¿Le hareis presente las necesidades que os oprimen? Ya las conoce en toda su extension. ¿Debereis para interesarle usar de expresiones cultas, y de una viva eloquencia que la naturaleza os ha negado? El Evange-

lio de este dia os presenta el modelo de vuestras oraciones, y Jesu-Christo os va á dar á conocer el efecto que producen.

Jesu, Maestro, ten misericordia de nosotros. A estas cortas palabras se reduce la oracion de los leprosos. ¡Ojalá que las vuestras se conformasen á esta efusion de su corazon! De estas mismas palabras se servia el Profeta, quando queria interesar y mover á su Dios: ten, Señor, misericordia de mí, le decia. Si se acordaba de sus enfermedades, se las presentaba á su Dios, como un motivo el mas poderoso de su conmiseracion diciéndole: ten misericordia de mí, porque estoy enfermo. Si queria conseguir la victoria de sus enemigos, y librarse de sus opresores, invocaba el socorro de un Dios naturalmente compasivo y sensible; y para consolar á la hija de Sion la anunciaba que estaba cerca el tiempo de las misericordias; este tiempo en que el Señor tendria compasion de su pueblo. Esta sencilla oracion es, Christianos, la que sin duda conviene mas á la condicion del hombre pecador. La elevacion de ideas y la redundancia de pa-

labras de nada sirven, y Dios aprecia siempre las oraciones de un alma sencilla en qualquier estado que se halle. Esta sin duda es la causa, hermanos míos, de las distracciones involuntarias que se apoderan de vosotros desde el primer momento de la oracion; pero si quereis fixar el espíritu y santificar estas distracciones mismas, lanzad de quando en quando un suspiro: y decid: Señor, ten piedad de nosotros: no temais entónces que el enemigo quiera trastornar vuestra imaginacion, porque este será un medio muy poderoso para que Dios que sabe distinguir las disposiciones del corazon corresponda prontamente á vuestras súplicas.

El Evangelio nos dice que Jesu-Christo esperó que le hablasen los leprosos, y que quando los vió les dixo: id, mostraos á los Sacerdotes. Bien pudiera decirles ya estais curados, como lo hizo con el ciego de nacimiento, con el sordo mudo, con el hidrópico, con el paralítico de treinta años, y con otros muchos; pero la ley antigua le daba al Sacerdote el derecho de juzgar del estado, y la gravedad de la lepra, y de acreditar la sanidad; y la ley

nueva ha confiado tambien á sus Ministros el discernimiento de las llagas del alma, de las quales la lepra solo era una figura. Jesu-Christo, que no habia venido para abolir la ley, sino para perfeccionarla, quiso por este medio enseñarnos la necesidad de someternos á ella, y de apreciar los medios de reconciliacion.

He dicho, hermanos míos, que la lepra solo era una figura de las llagas interiores del alma, y en efecto el precepto de la confesion es muy superior á la ley, que obligaba á los leprosos á mostrarse á los Sacerdotes. Una simple declaracion de sanidad corporal no representa sino muy imperfectamente el poder que se atribuye á los Ministros de la ley nueva, no solamente de declarar perdonados los pecados, sino tambien de perdonarlos; pero con todo esta figura nos da lugar para deducir una consecuencia muy importante, y es, que si aquel Señor que podia curar por su propio poder, suspende en alguna manera el ponerlo por obra hasta que los leprosos se muestren á los Sacerdotes, tambien ha podido fixar la remision de los pecados, que solo de-

pende de su misericordia, á una señal exterior y sensible, y hacerla depender del juicio de sus Ministros, á quien ha confiado toda su autoridad. Pero este dogma no solo se deduce de las palabras de nuestro Evangelio, sino que se establece en otros lugares, en donde Jesu-Christo dió á los Sacerdotes el poder de retener y de perdonar; y por tanto estamos obligados á decir á todos los pecadores: id, mostraos al Sacerdote, en inteligencia de que sin esta circunstancia no teneis que esperar remision, aunque por otra parte vuestra contricion sea perfecta.

Yo sé muy bien, hermanos míos, que la caridad justifica al pecador por sí misma, y que el verdadero dolor podrá conseguir de Dios la remision y el perdon á la manera de nuestros leprosos, en los cuales aconteció que mientras iban quedáron limpios; pero además de que no seria muy prudente el Christiano que con tanta seguridad se atribuyese su perfecta reconciliacion, porque ninguno sabe si es digno de amor ó de ódio; ello es cierto por otra parte que si el dolor de contricion es poderoso para alcanzar el

perdon de los pecados en ciertas circunstancias; no nos dispensa sin embargo de la confesion siempre que haya tiempo y Ministros para cumplir con este precepto; y así baxo esta condicion es como puede hallarse la sanidad perfecta. Nadie se diga á sí mismo, dice San Isidoro, yo hago penitencia en el interior de mi casa: Dios conoce las disposiciones de mi corazon: él ha sido el testigo invisible de mis pecados, y por tanto no parece que debo hacer á un Sacerdote tan frágil como yo el depositario de unos pecados que quisiera ocultar de mí mismo. Si pensais de esta suerte, vuestra penitencia es falsa: no hay remedio, ó somereos á la confesion, ó no hay remision.

Hasta aquí, hermanos míos, todo es admirable, así de parte de Jesu-Christo, como de los diez leprosos: todo es edificante en la conducta de estos hombres: ellos buscan á Jesu-Christo, le hacen presente su enfermedad, y obedecen su mandato: la conducta del Salvador es tambien la mas propia para consolarlos, porque se penetra de su necesidad, los escucha y los cura. ¿Pero qué fruto produce un milagro tan

singular? Ellos, en efecto, quedaron limpios; pero la mayor parte se volvió a su casa sin mostrar su gratitud á médico tan poderoso: solo uno de ellos quando vió que habia quedado limpio, vino glorificando á Dios á grandes voces, y se postró en tierra á los pies de Jesus, dándole gracias. Notad, hermanos míos, una circunstancia particular del Evangelio, y es, que este hombre era Samaritano, y por consecuencia de una secta y de una Provincia donde no se conocian los milagros de Jesu-Christo tanto como en la Judea. Este pasage nos pone á la vista una verdad que debéis considerar con toda atención. Dios algunas veces se sirve de nuestro ministerio para convertir los pecadores, poniendo en nuestra boca las palabras que los anunciamos; pero si ellas son poderosas para mover su corazón, no lo atribuyais á la eloqüencia, á la santidad y á los talentos del Ministro que os habla, sino á ese Espíritu Soberano que sopla donde quiere, y como quiere: sin embargo las conversiones no son tan frecuentes y generales como quisieramos. Es verdad que con el motivo de una festividad, de una instruccion, de una

indulgencia: viene un gran número de pecadores á nuestros tribunales que nos dan grandes esperanzas de su perfecto reconocimiento, y que nos edifican con su paciencia, y con su exáctitud para cumplir las prácticas y los ejercicios que les imponemos, con el fin de asegurarnos de sus disposiciones para darles la absolucion; pero luego que la consiguen, se retiran y vuelven á entrar en el camino de la iniquidad. ¡Oxalá que de diez pecadores que empiezan la carrera caminase uno constantemente en el camino de la salvacion! Pero entonces podriamos decir como Jesus; ¿por ventura no son diez los que fueron limpios? Y los nueve ¿dónde estan?

No permitais Señor que vuestros Ministros se engañen hasta el punto de anunciar la paz á corazones tan indignos de oirla: esto quizá es lo mas terrible y espantoso de nuestro ministerio. Tened presente, pecadores, que la ingratitude para con Dios es la disposicion mas criminal y peligrosa, y la señal mas evidente de la reprobacion eterna. ¡Qué sensible es el amor de Jesu-Christo, hermanos míos! ¿Es posible que así despreciasen estos leprosos

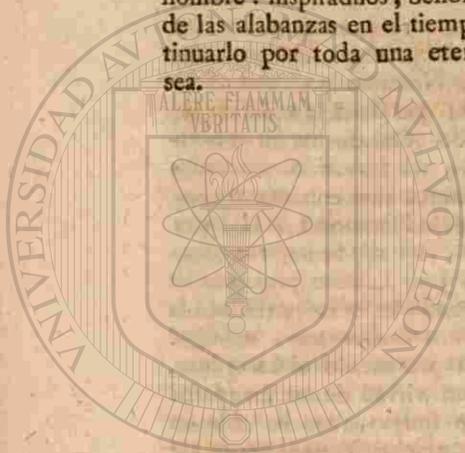
un beneficio tan grande como el que habian recibido? ¿Dónde estan los nueve? Como si dixese, ¿no ha tenido mi palabra la misma eficacia para ellos? ¿Es posible que sean tan ingratos? Este cargo llenará tambien de confusion á los pecadores en el último dia. Si, quando llegue aquella hora fatal en que Jesu-Christo ha de exercer sus venganzas, hará el paralelo de dos pecadores formados sobre el mismo carácter, entregados á las mismas tentaciones, expuestos á ocasiones tan próximas, llamados igualmente á la penitencia por su gracia, de los cuales haya caminado uno constantemente por esta carrera, y el otro haya seguido los pasos de perdicion: ¿qué excusa podrá darle este último para poder permanecer en su pecado? ¿No verá su condenacion en la conducta de aquel que habia tenido por compañero de sus desórdenes? ¿Qué útil seria, hermanos míos, que mediraseis esta comparacion para evitar semejante desgracia! Pero vosotros, Christianos, reconocidos y dóciles, admirad la sensibilidad de Jesu-Christo. Una gracia concedida es la recompensa de otra gracia. El Samaritano

manifiesta su gratitud al beneficio que acaba de recibir, y Jesu-Christo le dice: levántate, y vete, que tu fe te ha hecho salvo.

Lloremos y reconozcamos nuestras ingraticudes en presencia de un Señor tan benéfico. Nosotros podemos decir con el Profeta que desde por la mañana hemos sido colmados de su misericordia; ¿pero no han sido marcados nuestros primeros años con nuestra insensibilidad é indiferencia? Si la lepra del pecado ha contagiado nuestro corazón, ¿no es Jesu-Christo quien nos ha librado del contagio, y ha purificado la mancha que nos deshonoraba á sus ojos? Si nos hemos presentado al Sacerdote, ¿no ha sido en virtud de su mandato? Si hemos sido limpios, ¿no ha sido en fuerza de su gracia? Pero despues de beneficios tan señalados, ¿hemos corrido acaso á los pies de los altares para manifestar nuestro reconocimiento? Ahora que estamos reunidos en este templo, ¿no salimos quizá de él sin conocer ni publicar toda la extension de su misericordia?

Señor Jesus, infundid en nuestros corazones este sentimiento de gratitud.

Vos que sois la víctima Eucarística, unid nuestras acciones de gracias á las que dais á vuestro Padre en nuestro nombre: inspiradnos, Señor, el cántico de las alabanzas en el tiempo para continuarlo por toda una eternidad. Así sea.



DOMINGO XIV.

DESPUES

DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS GÁLATAS,
cap. 5. v. 16. 24.

Hermanos: Andad en Espíritu, y no cumplireis los deseos de la carne. Porque la carne codicia contra el espíritu; y el espíritu contra la carne; porque estas cosas son contrarias entre sí: para que no hagais todas las cosas que quisierais. Y si sois guiados del espíritu, no estais baxo de la Ley. Mas las obras de la carne están patentes: como son fornicacion, impureza, deshonestidad, luxuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, zelos, iras, riñas, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces,

glotonerías y otras cosas como estas, sobre las quales os denunció, como ya lo dixé: Que los que tales cosas hacen, no alcanzarán el reyno de Dios. Mas el fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia, castidad. Contra estas cosas no hay Ley. Y los que son de Christo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.

INSTRUCCION.

Si consideramos atentamente esta Epístola de San Pablo, no nos admiraremos de que los hombres, que son la obra del mismo Criador, que han salido de un mismo origen, que tienen un mismo Maestro, y que se dirigen á un mismo fin, tengan sin embargo entre sí tan poca conformidad y semejanza. En efecto, hay una diferencia muy notable en andar segun el espíritu, y en de-

xarse llevar de los deseos de la carne. Son tan opuestas las obras de ésta á los frutos que produce aquel, que no será difícil discernir á qual de estos dos señores está sujeto un Christiano; pero por mas fácil que sea este discernimiento, temo mucho que no produzca el efecto que se sigue de casi todas las verdades que os anunciamos, y es el reconocer con prodigiosa facilidad los defectos del próximo, y entrar muy rara vez en el conocimiento de nosotros mismos. ¿De qué me servirá, hermanos míos, exponeros en esta instruccion las obras de la carne, y los frutos del espíritu, si no teneis sinceridad para confesar la parte que habeis tomado en estas obras, ni generosidad para despreciaros de ellas, ni sabiduría para conocer y abrazar las virtudes que el espíritu forma y mantiene en un corazon? Sin embargo deseando cumplir exáctamente con mis obligaciones, voy á presentaros este contraste; y así pedid al Señor que os haga fieles para llenar las vuestras, y preparad este buen suceso á mi ministerio, prestándome toda la atencion posible.

Andad en espíritu, y no cumplid

reis los deseos de la carne. La razon de esto nos la da Jesu-Christo quando nos dice que nadie puede servir á dos señores. Así siempre que la carne manda al espíritu, trabaja este en vano para hacerse oír. El esclavo de la carne está sordo por lo comun á la voz del espíritu. La carne, prosigue el Apóstol, codicia contra el espíritu: aquella lisongea los sentidos, y el espíritu solo procura purificar el corazon á expensas de los sentidos mismos. La carne solo inspira los gustos terrenos y despreciables, y el espíritu eleva el alma á las cosas invisibles. La carne hace constituir la felicidad del hombre en el goce de unos bienes que no pueden enriquecerle, y de placeres que le degradan, y el espíritu le impele á buscar su felicidad en el testimonio de una buena conciencia, y en la esperanza de una gloria eterna. Así la carne pelea siempre contra el espíritu, y se esfuerza para sofocar sus buenos deseos; pero aunque el espíritu codicia tambien contra la carne, no tiene por lo regular un suceso tan feliz. En efecto, así lo experimentan frecüentemente las almas timoratas y fieles. Ellas se quejan con

el Apóstol de que no siempre hacen todo el bien que quieren: que muchas de sus resoluciones se estrellan luego que se forman: que el espíritu las descubre una multitud de perfecciones á que no pueden llegar, porque la carne detiene sus pasos, y que arrastradas muchas veces por el peso de esta carne de pecado, incurren en mil flaquezas que su corazon llora y teme. Almas fieles, estos peligros son evidentes; pero no temais sin embargo. Es verdad que la carne puede codiciar contra el espíritu; pero si no sois sus esclavos, sino que por el contrario trabajais para esclavizarla por medio de la vigilancia, de la oracion, del espíritu de penitencia, y de un sentimiento profundo de humildad, sereis conducidos por el espíritu, y no estareis sujetos á la ley, es decir, á la letra de la ley: sino á la voluntad de aquel Señor que la ha dictado. Por tanto, estudiad atentamente las obras de la carne, á fin de detestarlas; y vosotros pecadores, esclavos infelices de la carne, considerad la terrible amenaza que el Apóstol os hace al acabar la enumeracion de sus obras. Todas ellas nos impiden la entrada en

el reyno de Dios; y principalmente esos pecados vergonzosos, vicio propiamente de la carne, los cuales no quisiera el Apóstol que se nombrasen entre los Christianos; pero como por desgracia es en el dia tan general la corrupcion, no parece que los Ministros de Jesu-Christo debemos guardar silencio, sino que por el contrario debemos tomar de la mano qualquiera ocasion que se nos presente para inspirar á los Christianos todo el ódio que merecen. Las obras de la carne, dice el Apóstol, estan patentes: como son fornicacion, impureza, deshonestidad, luxuria; y baxo estos quatro términos comprehende los malos deseos, los pensamientos obscenos, las palabras equívocas y picantes, las curiosidades sospechosas y peligrosas, las disipaciones funestas á la inocencia, y en una palabra, todas las acciones que nacen de un principio tan corrompido. El espíritu, hermanos míos, no tiene parte alguna en estas obras, porque todas ellas pertenecen á la carne; y para que nadie piense que se limitan únicamente á aquellas acciones que lisonjean los sentidos, el Apóstol comprehende des-

pues una multitud de desórdenes, en los cuales tiene el corazon al parecer la parte mas principal; pero que sin embargo considerándolos con toda atencion, dependen en todo de la carne. Por exemplo la idolatría. ¿Es posible que la ceguedad de los hombres haya llegado al punto de adorar unas divinidades insensibles, y de esperar la felicidad de un ídolo, que muchas veces era la obra de sus propias manos? ¡Ah! si el culto de semejantes deidades no hubiera lisonjeado los sentidos, si la carne y todos sus placeres no hubieran encontrado con este motivo la ocasion de extender su imperio, hubieran conocido inmediatamente su extravagancia, y sacudido su esclavitud; pero cada passion ha tenido su divinidad, cada crimen su altar, y los intereses de la carne han sido muy poderosos para perpetuar una religion que asegurase sus pretensiones sobre el corazon del hombre. De este principio nació el veneno, porque cuesta muy poco á un esclavo de la carne el deshacerse de un enemigo que se opone á sus deseos. De aquí las contiendas, porque no puede sufrirse la menor contradiccion quan-

do se trata de satisfacer un placer. De aquí las envidias, las discordias, los zelos, las iras, las riñas, porque quando se ama la carne, y todas sus fantasías, no se puede ver con ojo sereno que otro goce de los placeres de los sentidos. Si los goza á expensas de vuestras satisfacciones propias, ¿podreis contener el odio? No le haceis sentir todo el peso de vuestra ira si os arranca un placer de las manos? ¿No se le reprehende, no se le contradice, no se le insulta? De aquí proceden las querellas, y se buscan todos los medios posibles para salir con victoria: de aquí las enemistades y las artes de que se valen los enemigos para quitarse el crédito y la opinion: de aquí los homicidios: de aquí en fin las embriagueces y glotonerías, vicios en que para satisfacer por un momento el apetito desarreglado, se embrutece la razon, se apagan las luces del espíritu, y que enervando en el hombre las facultades de su alma, le hace capaz de todos los desórdenes que acabamos de nombrar. ¡Qué suerte, hermanos míos, tan desgraciada la de aquellos que hacen esclava su alma de sus cuerpos! Los que tales cosas hacen,

dice el Apóstol, no alcanzarán el reino de Dios. ¡Qué oposicion entre estos vicios y la voluntad de un Dios! ¡Qué ofensa tan grave á este Espíritu Soberano, la de seguir las impresiones de una carne hecha para obedecer! ¡Ay mayor vergüenza para el hombre que constituirse en este infeliz estado, quando el espíritu podría elevarle sobre su propia naturaleza!

Pero veamos quáles son los frutos del espíritu: el Apóstol pone la caridad á la cabeza de todas las virtudes, porque es la mas excelente, y el principio de todas las demas. Sí, hermanos míos, el espíritu produce la caridad. Dios mismo, que es este espíritu que obra en nosotros, es caridad por esencia, y así no puede comunicarse sin abrasar los corazones de aquel amor que está en él como en su centro; pero este fuego es muy diferente del de las pasiones que consume, destruye y atormenta. El fuego de la caridad proporciona una satisfaccion interior contraria en todo á la vana complacencia que produce el orgullo, y tambien muy opuesta á la ciega presuncion que se goza del mal que ha cometido. La ale-

gria que produce el espíritu es el testimonio de una conciencia pura, y al mismo tiempo engendra la paz: es decir, una dulce seguridad, que sin debilitar el temor que se debe á Dios, nos comunica una firme esperanza en sus misericordias. Esta paz es inalterable aunque nos veamos rodeados de toda suerte de trabajos y tribulaciones, porque la paciencia es uno de los frutos esenciales del espíritu. ¡Qué distinta suerte es la de los esclavos de la carne! ¡Si Dios dexa sentir sobre ellos su mano poderosa, se entregan á la desesperacion, se desatan en murmuraciones, y los esfuerzos que hacen para echar de sí las aflicciones, prueban bastante bien que no ven en ellas recurso alguno; pero un Christiano dócil al espíritu sufre siempre con humilde resignacion. Si quando está lleno de males y trabajos se queja, es con gemidos, y no con murmuraciones; y si solicita el consuelo, es con una humildad que le hace esperar los momentos de Dios, sufrir las dilaciones, adorar sus altos designios, y felicitarse aun de la duracion de sus penas quando pueden servir para su santificacion. Este sentimiento no proviene

de insensibilidad y de dureza, porque el espíritu produce en él la humildad; sino que es una disposicion generosa que le hace tan sensible á los males de sus hermanos, como parece insensible á los suyos propios; y tan solícito para procurarles abundantes socorros, como tardado para proveer á su propio consuelo. El Christiano que anda en espíritu es bueno, no de ese género de bondad que por pereza olvida sus obligaciones, y abandona sus justos derechos, sino de aquella que procura obligar á todos con sus obras, y que sabe templar la severidad y la exactitud con su condescendencia y miramiento. De esta manera imita á su Dios en una de sus mas amables perfecciones, qual es la longanimidad: espera como él los momentos de su sabiduría en los inferiores, no se desalienta, porque sean tardos en corresponder á los llamamientos de la gracia, y lleno de mansedumbre da calor á las semillas de virtud, y á los principios de penitencia que ella ha infundido en las almas. El carácter del que vive del espíritu es un carácter de fe; pero de una fe viva, que nunca duda; de una fe activa, que no adandona

ni desprecia ninguna obligacion, y que produce aquel sentimiento de modestia y de humildad, que todo lo atribuye á Dios, y nada á sí: que en el próximo ve todo el bien que hace, y el que puede hacer, y en sí mismo todas las flaquezas y miserias de que es capaz, y que por consecuencia le hace siempre estar alerta contra todos los escollos que le rodean, y en especial contra el enemigo interior que todos los dias nos ataca, y que tan rara vez se vence, como dice San Bernardo. El Christiano dócil al espíritu sostiene este combate por medio de su amor á la castidad, y exercitándose continuamente en esta virtud, se vale de ella, como arma la mas poderosa contra los esfuerzos del espíritu impuro. Los Christianos que obren de esta manera, no temán que el Apóstol les diga lo que á los que siguen las obras de la carne; á saber, que no alcanzarán el reyno de Dios, antes por el contrario, les dirá que contra estas cosas no hay ley, y que los que son de Christo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.

Felices pues aquellos que saben con-

tradedir su carne, castigarla y reducir la á esclavitud: felices los que la crucifican con todas sus pasiones, y que oponen á sus deseos desarreglados los deseos del espíritu: felices, digo, porque ellos pertenecen á Jesu-Christo, y obran por la impresion de su espíritu, el qual los santificará en la tierra, y los colmará de gloria en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 6. v. 24. 33.

En aquellos dias dixo Jesus á sus discípulos: Ninguno puede servir á dos señores: porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro: ó al uno sufrirá, y al otro despreciará. No podeis servir á Dios, y á las riquezas. Por tanto os digo, no andéis asanados para vuestra alma, qué comereis, ni para vuestro cuerpo, qué vestireis. ¿No es mas el alma, que la comida: y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni sie-

gan, ni allegan en troxes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho mas que ellas? ¿Y quién de vosotros discurrendo puede añadir un codo á su estatura? ¿Y por qué andais acongojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Ya digo, que ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de estos. Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así: ¿quánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No os acongojéis pues, diciendo: ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas: y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad pues primeramente el reino de Dios, y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas.

INSTRUCCION.

No es una parábola, hermanos míos, la que va á fixar nuestra atención en el Evangelio de este día, sino la verdad mas sólida de la moral christiana presentada con toda claridad. Si yo hubiera de explicar extensamente cada uno de los preceptos que nos da Jesu-Christo, debería emplear toda una serie de instrucciones; pero para no salirme de los límites que me he prescrito, me ceñiré á dar una idea general, la qual arrojará de sí abundantes consequencias para nuestra santificación. En efecto todas las verdades que contiene el Evangelio de este día se reducen en compendio á este solo punto: servir á Dios con preferencia á qualquiera otro objeto; depositar en él los cuidados temporales, como que son inferiores á los intereses de la salvacion, y esperar su socorro y sus gracias con sumisión y confianza. No se trata sino de hacer de estas verdades la aplicacion convenient-

te; y para ello espero vuestra atención, y principalmente la de los pobres que me escuchan, porque Jesu-Christo les va á enseñar sino los medios de salir de su indigencia, á lo ménos los de llevarla con paciencia, y sacar un fruto de sus trabajos.

Uno de los mayores abusos en que puede caer un Christiano acerca de la religion, es el vivir en un género de indiferencia y neutralidad. Considerada esta indiferencia, bien sea de parte de la fe ó de las costumbres, produce desórdenes muy funestos y peligrosos. La idea de la division no se reconoce de manera alguna en el Christiano, porque todo en él se reduce á la unidad de un principio y de un fin. Un solo Dios es el objeto de nuestras adoraciones; profesamos una misma fe, observamos una misma ley, escuchamos á una misma Iglesia, buscamos una misma patria; y esto es, hermanos míos, lo que ha distinguido siempre nuestra religion santa de todas las sectas que se han levantado contra ella, con el fin de oscurecerla y destruirla. Un Dios zeloso de su gloria es nuestro Señor y Maestro, y por tanto quiere rey-

nar solo sobre nuestro espíritu y nuestro corazon.

Aquellos Christianos, que por desgracia se han separado del gremio de la Iglesia, se atribuyen la ridicula y peligrosa libertad de seguir indiferentemente, ó sus errores ó nuestras máximas, y piensan que pueden calmar y tranquilizar sus remordimientos, diciendo, que unos y otros vamos á un mismo fin, aunque por rutas diferentes. Quán pernicioso sea esta libertad de conciencia, se dexa conocer en tantos y tan varios sistemas de errores como han adoptado; y por tanto, hermanos míos, si quereis estar libres de incurrir en su desgracia, debeis creer firmemente que solo pertenece á la Iglesia el determinar y arreglar los caminos que conducen á la vida, y que si nos apartamos de su doctrina, y dexamos de escucharla, daremos de necesidad en mil escollos. La Iglesia es una, como el Dios á quien adoramos; y por tanto no podemos romper su unidad sino separándonos de Dios, que es el principio de ella. Jesu-Christo mismo con el fin de fortalecernos en esta saludable creencia, nos advierte que ninguno puede

servir á dos señores. Pero lo que se dice de la fe ; no podrá convenir tambien á la doctrina de las costumbres? No dirige Jesu-Christo su palabra á esos Christianos ligeros é inconstantes de que abunda el Christianismo? Qué diferencia, hermanos míos, tan notable entre estos dos señores, Dios y el demonio! Cada uno de ellos tiene sus leyes, su culto, sus máximas; pero con una inmensa desproporcion. La sabiduría, la santidad, la verdad y la perfección infinita forman la esencia de Dios; pero la malicia, la corrupción y la mentira forman el carácter del demonio: de manera que un corazón que quisiera entregarse á esta vergonzosa división, se veria precisado á adoptar al mismo tiempo la verdad y la mentira, la luz y las tinieblas, la pureza y la corrupción. ¡Qué monstruosa mezcla!

¿Es posible, hermanos míos, que este desorden sea tan comun, y que la faz del Christianismo esté inundada de esos Christianos que queriendo servir á Dios, y acomodarse con su enemigo, manifiestan un exterior de indiferencia, con el fin de aparentar que

no sirven en particular á ninguno, quando por esto solo se hacen los esclaves del demonio? La Iglesia ; no llora todos los dias al ver rodeados nuestros altares de personas sucesivamente mundanas y recogidas? Si los escándalos no fuesen en alguna manera inevitables y necesarios, ; no atrancarian del campo del padre de familias esa semilla perniciosa que pierde y corrompe el buen grano? ;Qué pensaremos de esos Christianos religiosos por costumbre, que tienen distribuidas sus horas entre la modestia y la indecencia; que abrazan al parecer con alegría todas las obras mas edificantes y útiles; pero que no quieren privarse al mismo tiempo de sus diversiones y de los placeres mas peligrosos; y que se hacen, por decirlo así, todos para todos, pero en un sentido contrario enteramente al del Apóstol? Ellos son hipócritas con los justos para traerlos á su partido, y disipados con los pecadores para merecer su favor y sus gracias. Estos hombres eran ya conocidos en el tiempo del Profeta Samuel, quando de parte de Dios les decía estas palabras: ; hasta quando clau-

dicareis á dos partes? ¿No merece Dios, hermanos míos, fixar vuestro corazón? ¿No vale mas para vosotros que los pasatiempos del siglo? El servicio del mundo ¿es acaso mas suave y mas fácil que el de Dios? ¿Sus ventajas son mas sólidas? ¿Sus esperanzas mas fundadas? ¡Ah! servid pues al mundo con toda fidelidad, y detestad las prácticas y las obligaciones de la piedad christiana, porque la mortificación será inútil, mediante que no podeis servir á dos señores.

En efecto Jesu-Christo dice, que ó aborrecerá al uno, y amará al otro; ó al uno sufrirá, y al otro despreciará; porque no es posible permanecer por mucho tiempo en una especie de neutralidad. Así sucede con los Christianos que tienen divididos sus cuidados entre Dios y el mundo. Si ellos se dedican á la observancia de nuestras prácticas y ejercicios, es en las horas que no tienen dedicadas á sus placeres y á los afanes del mundo; pero quando no pueden combinarse las fiestas de la Iglesia con las fiestas del siglo, éstas llevan inmediatamente la preferencia.

La disipacion y el amor del placer no son las únicas pasiones que arrastran á los Christianos: todavia hay otra que reprueba Jesu-Christo en el Evangelio de este dia, y es el espíritu de codicia y de avaricia. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Las disposiciones que se requieren para servir á Dios, son muy opuestas á las que pide el Dios del interes: se sirve á Dios con el desprendimiento de los bienes percederos, con el olvido generoso de sí mismo, y con el desprecio constante de todas las cosas, que deben perecer con nosotros; pero para servir al demonio de la avaricia se requieren disposiciones muy diferentes: se ha de ver con envidia la fortuna de nuestros hermanos: esta envidia se ha de llamar una noble emulacion dirigida á aumentar la fortuna: los otros cuidados, aun el de la salvacion, se han de olvidar del todo: quando los medios legítimos no son suficientes para llegar al grado de fortuna que apetecemos, se ha de echar mano de otros, aunque sean los mas detestables: no debemos compadecernos de las miserias públicas: y para que una compasion

ruinosa no nos arranque de las manos las riquezas que poseemos con tanto gusto, debemos evitar hasta la vista de un objeto lastimoso, y no dar jamas oídos á los trabajos que padece nuestro próximo. Estas son pues las leyes fundamentales del interes y de la codicia. ¿Podrán acaso conformarse con las del Christianismo? Pero por desgracia, hermanos míos, vemos todos los dias muchos que se tienen por mas ilustrados que nosotros en esta materia, los quales contra la palabra formal de Jesu-Christo pretenden haber hallado el maravilloso secreto de unir la devocion con una sórdida economía. ¿Por ventura, dicen, deberemos para agradar á Dios, abandonar nuestros adelantamientos y el establecimiento de nuestra familia? ¿Acaso viviendo en una vergonzosa ociosidad, podremos esperar de la Providencia los socorros que comunmente no concede sino á la aplicacion y al trabajo? Los hijos, el comercio, el empleo, la clase en que nos hallamos no piden la mayor vigilancia y actividad? ¿Será justo seguir el exemplo de esas personas que por dexarse llevar de la prodigalidad y del desin-

teres, se han visto reducidas á perder sus caudales, y á sufrir todo género de miserias y trabajos?

Christianos, todos estos motivos que os parecen tan legítimos y plausibles, no son mas que pretextos para encubrir la avaricia. El desinteres que exige Jesu-Christo no consiste absolutamente en el olvido total de nuestras necesidades, ni en una perezosa ociosidad, sino en la confianza y resignacion á los designios de la Providencia que nos gobierna. Jesu-Christo nos dice, no andeis afanados para vuestra alma qué comereis, ni para vuestro cuerpo que vestireis; como si dixese, el temor de que os falte aun lo necesario, os preocupa de tal manera, que abandonais del todo la confianza en aquel Señor, que es el Autor de todo bien y el dispensador de todos los auxilios, sea en el orden de la gracia, ó en el de la naturaleza. En efecto estos son, hermanos míos, vuestros sentimientos. Si algunas veces en el tribunal de la penitencia, ó en conversaciones particulares, os decimos para templar vuestras murmuraciones no andeis afanados buscando que comereis y que vestireis, in-

mediatamente nos salis al encuentro, diciendo: que el que no padece habla con mucha facilidad de sumision y de paciencia; pero en este caso deberé yo deciros: hermanos míos, tened presente que quien os habla de esta manera, es aquel que no tuvo donde reclinar su cabeza, y que conviene obedecerle, como dice San Agustin, y no disputar. En efecto un Dios pobre, desnudo, es el que con sus lecciones y sus exemplos quiere formar pobres de corazon y de espíritu, y enseñarles á caminar sobre sus huellas. Este Señor, que sufrió en el mundo la desnudez universal, es quien os grita diciendo: no andeis afanados para comer y vestir. Pero ved la razon poderosa en que se funda su máxima: No es mas el alma que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? Esta reflexion es muy poderosa para calmar las inquietudes de los pobres que parecen mas abandonados. ¿Seria posible que Dios los hubiese criado para que fuesen victimas de su miseria? Christianos, si algunas veces no teneis el socorro tan pronto como deseais, imputadlo á vosotros mismos, sed mas sumisos y confiados, y vereis que pronto sentis los

efectos de su proteccion poderosa. Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en troxes, y vuestro Padre celestial las alimenta. Si este exemplo no es bastante poderoso para moveros, considerad los lirios del campo, los quales sin poner nada de su parte se encuentran vestidos con la mayor gallardia y hermosura. Asi nos habla Dios, hermanos míos, por medio de unas criaturas mudas é insensibles; y á la verdad, que si los pobres aprovechasen sus lecciones, no se entregarian con tanta frecuencia á la murmuracion, ni estarian tan perplexos sobre su suerte. Pero todavia hay otro motivo que debe mover mucho mas nuestra confianza. ¿No sois vosotros, dice Jesu-Christo, mucho mas que todas las criaturas? ¿Pensais que Dios no conoce, y vé todas vuestras necesidades? ¿Acaso le faltará el poder ó la voluntad para aliviarlas? ¿No teneis pruebas continuas y sensibles de este poder? ¿No habeis experimentado en otras ocasiones su liberalidad y su misericordia? ¡Ah, si creyerais que Dios os ama aun en las tentaciones y trabajos que os prepara para probaros, no

viviriais tan desconfiados!

La inutilidad de vuestros esfuerzos para procuraros el alivio y el consuelo de los trabajos, quando estais destinados por Dios á padecer, es tambien otro motivo de confianza. Jesu-Christo, dice, ¿Quién de vosotros discurrendo puede añadir un codo á su estatura? ¿Podeis persuadiros, Christianos, que las continuas quejas y murmuraciones indecentes contra la Providencia, son capaces de mudar el estado de vuestra fortuna? Consultad la experiencia, y ella os demostrará que por semejantes medios jamas habeis calmado, ni suavizado los trabajos. En efecto, hermanos míos, no hay un camino que no se cierre á un Christiano que padece con impaciencia. Dios cierra sus oídos á sus injustos clamores; los ricos se cansan de su importunidad, y si se atormenta para discurrir algunos medios y arbitrios eficaces, al cabo reconoce que todo es inútil, y que despues de tanto afan no ha podido cambiar su suerte.

Tambien teneis otro motivo poderoso de confianza en las palabras siguientes de Jesu-Christo. No os acon-

gojeis pues diciendo. ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? porque los gentiles se afanan por estas cosas. En efecto la desconfianza es el carácter de los infieles y de los paganos, y vosotros careceis como ellos de fe, de reconocimiento, y de amor quando manifestais vuestra impaciencia en los trabajos. Careceis de fe, desconociendo la Providencia del Dios que os gobierna: de reconocimiento, olvidando que por medio de su proteccion habeis subsistido hasta el dia, y de amor rehusando ser sayos por un motivo el mas precioso á sus ojos: en fin renunciáis como los infieles á la patria que os tiene preparada, y aunque os llama tantas veces para volveros á entrar en el camino perdido, no quereis escucharle.

La ciencia de Dios, y su atencion continua sobre sus criaturas es otro motivo de confianza. Nada sucede en el mundo sin una voluntad formal, ó una permission expresa de su Providencia; y así quando por un exceso de atrevimiento os preguntais á vosotros mismos si es posible que la atencion de Dios se extienda á tantas cosas; os di-

re con Jesu Christo : vuestro Padre sabe que teneis necesidad de todas ellas; y así debeis considerar que quando permite que los trabajos y miserias turben la paz de vuestros dias, tiene sin duda razones muy poderosas, y designios particulares de misericordia ácia vosotros: él conoce la utilidad de las aflicciones, y solo espera que las acepteis con sumision para disiparlas.

Pero sobre todo, hermanos míos, teneis un motivo muy grande de confianza, y es el que dice Jesu-Christo por estas palabras. Buscad pues primeramente el reyno de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas. ¿Pero la gracia de Dios remedia acaso la pobreza del cuerpo, como la del alma? Para no carecer de nada en la tierra, ¿basta vivir en el exercicio de las virtudes christianas? Es verdad que, segun el Profeta, ningun justo ha sido abandonado y reducido á la última miseria; pero tambien lo es que la pobreza se conforma muy bien con la justicia. Dios quiere, hermanos míos, que pidamos segun el orden que tiene prescripto para dispensar sus gracias. Los bienes de

la eternidad deben ser unicamente el objeto de nuestras oraciones, y por los de esta vida debemos descuidar en la atencion de Dios sobre nosotros. Si somos fieles y dóciles, accederá siempre á nuestras súplicas, porque contentándonos con lo que nos concede, no deseamos aquello que tiene por conveniente rehusarnos. ¿Qué razones tendrán que oponer los pobres á todos estos motivos? Ya Jesu-Christo ha respondido á todos sus pretextos, y ha dictado singularmente para ellos unas verdades que han de servir de regla para juzgarlos en el último dia. Si porque son pobres hacen de su pobreza una ocasion de murmuracion, si se atreven á pedir á Dios cuenta de la conducta de su Providencia, acusar su justicia de severidad excesiva, y desconocer los rasgos de su bondad que ha hecho brillar en las adversidades presentes, llevan consigo la señal mas cierta de reprobacion, la qual es mucho mas terrible, porque tambien les cierra el camino á todos los consuelos temporales.

No sucede de esta manera con los pobres que depositan en Dios el cui-

dado de su subsistencia y de su vida; y que hallándose rodeados de miserias y trabajos, los atribuyen á los designios de su misericordia, y viven contentos en qualquier estado que se hallen. Este es el carácter de los verdaderos hijos de Dios. ¿Pero os distinguís vosotros con este carácter? ¿Cuál fuera la satisfacción de los Ministros encargados de distribuir las limosnas que depositan los ricos en sus manos, si estuviérais animados de este espíritu de docilidad y resignación que es el alma de un Cristiano! ¿No nos miraríais entónces como el recurso de vuestros trabajos? ¿No aceptaríais con humildad santa todas las pruebas que Dios hiciese de vuestra paciencia?

Christianos, depositad en él vuestra confianza, ya que le perteneceis por tantos títulos: buscad el reyno de Dios y su justicia, y se saciarán vuestros deseos: entónces os miraremos como nuestra corona y nuestra gloria. ¡Ojalá que lleguéis á serlo en el tiempo, y por toda una eternidad! Así sea.

INDICE

De lo que contiene este tomo quinto.

<i>Domingo IV. despues de Pentecostes.</i>	pág. 3
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	4
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	16
<i>Domingo V. despues de Pentecostes.</i>	35
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	36
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	51
<i>Domingo VI. despues de Pentecostes.</i>	70
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	71
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	84
<i>Domingo VII. despues de Pentecostes.</i>	100
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	101
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	114
<i>Domingo VIII. despues de Pentecostes.</i>	131
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	132
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	146
<i>Domingo IX. despues de Pentecostes.</i>	167

<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	169
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	180
<i>Domingo X. despues de Pentecostes.</i>	198
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	199
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	213
<i>Domingo XI. despues de Pentecostes.</i>	231
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	232
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	243
<i>Domingo XII. despues de Pentecostes.</i>	262
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	263
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	275
<i>Domingo XIII. despues de Pentecostes.</i>	295
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	297
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	309
<i>Domingo XIV. despues de Pentecostes.</i>	327
<i>Instruccion sobre la Epístola.</i>	328
<i>Instruccion sobre el Evangelio.</i>	341

ERRATA.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>dice.</i>	<i>debe decir.</i>
28....	3.....	pudo.....	puedo.
139....	9.....	ó infinito..	e infinito.
191....	6.....	respectivo..	respetuoso.
195....	13.....	recusais... reusais.	
261....	15.....	inspiradme.	inspiradnos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY